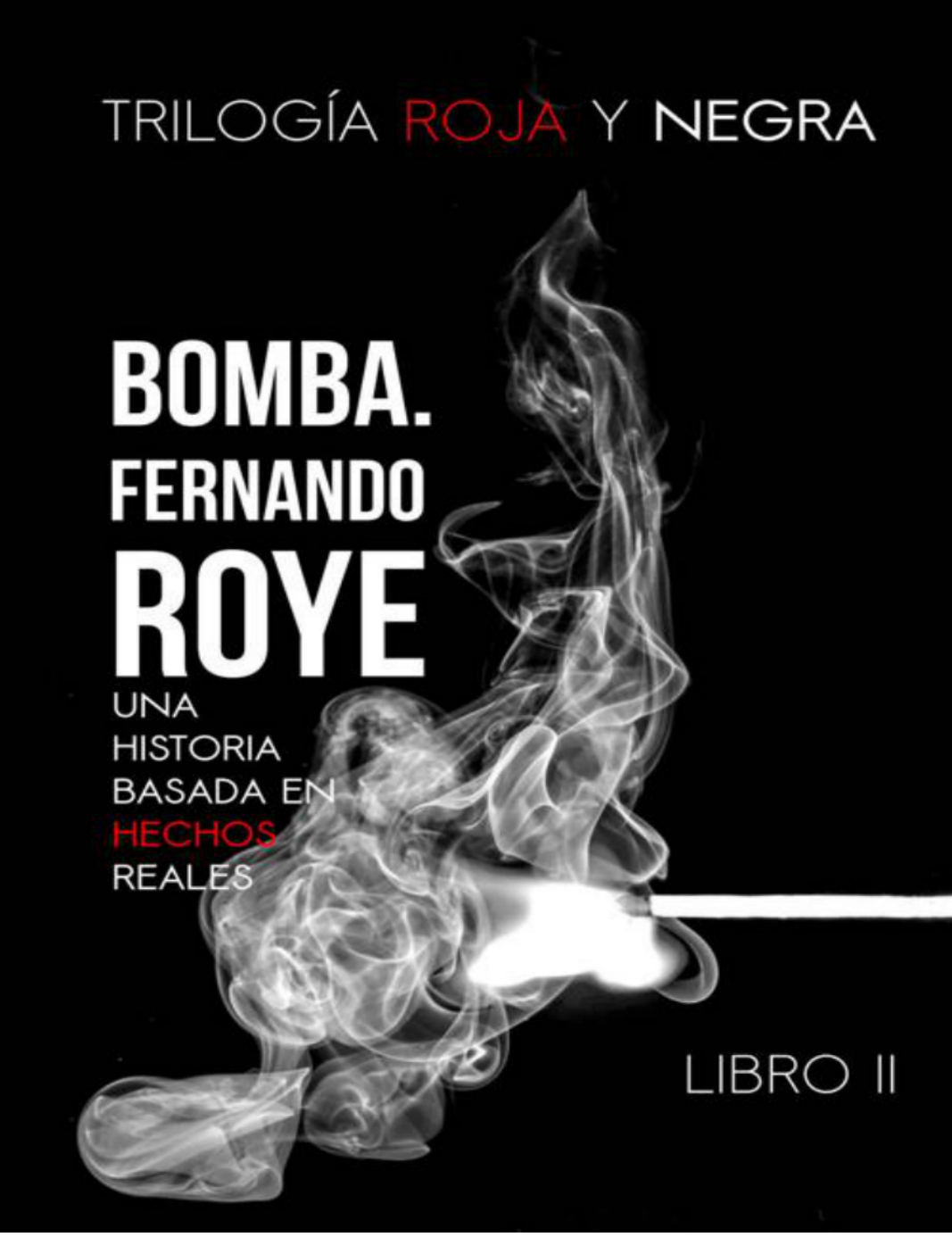
TRILOGÍA ROJA Y NEGRA

BOMBA.

FERNANDO ROYE

UNA HISTORIA BASADA EN HECHOS REALES



LIBRO II

Bomba.

Fernando Roye

© Fernando Roye, 2023

Diseño de la cubierta: Fernando Roye

Imagen de la cubierta: Libre de derechos de autor

Contacto con el autor: fernandoroye@gmail.com

Edición digital.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para W, de mi abecedario,
la letra que amo.

Contenido

- Capítulo 1: Explosión
  - I
  - II
  - III
- Capítulo 2: Las detenciones
  - I
  - II
  - III
- Capítulo 3: Los dos Pablos
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
- Capítulo 4: María y Adela
  - I
  - II
  - III
  - IV
- Capítulo 5: Las buenas acciones
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V
- Capítulo 6: El precio de la libertad
  - I
  - II
  - III
  - IV
  - V

- Capítulo 7: Llorarás por mí
  - I
  - II
  - III
- Epílogo
- Otros títulos de la trilogía

Esta historia está inspirada en hechos y personajes reales.

Algunos de los acontecimientos que se relatan ocurrieron tal como se describen.

Otros han sido creados con fines dramáticos.

«En el año 84 fueron condenados y ejecutados en garrote vil siete individuos pertenecientes a la *Mano negra*. La sentencia se llevó a cabo en Jerez, en la misma ciudad donde acaban de ser agarrotados siete anarquistas.

¿De qué sirvió aquel sacrificio?

¿Adónde está la ejemplaridad de la pena de muerte?»

La Campana de Gràcia

(13 de febrero de 1892)

Capítulo 1

Explosión

I

Las siete y media de la tarde del 9 de febrero de 1892. El sol se había puesto y la Plaza Real de Barcelona presentaba un aspecto animado cuando tuvo lugar la explosión. El ruido que produjo la detonación se dejó oír mucho más allá del distrito cuatro. Más allá de la calle del Marqués del Duero por el sur y el Parque de la Ciudadela por el norte.

Las luces del tendido eléctrico se apagaron. Una nube de humo y polvo se extendió por todas direcciones y, en pocos segundos, absorbió el plano rectangular de la plaza, buscando salida por las seis arterias que se abrían paso a partir de la misma.

Oscuridad. Caos. Estrépito de cristales rotos. De escaparates y balcones. El suelo quedó alfombrado de pequeños fragmentos de vidrio y cuerpos extraños.

La sorpresa inicial dio paso al pánico. La gente empezó a correr en estampida. Empujones, caídas, aplastamientos. Se cerraron negocios, almacenes. Se refugiaron los transeúntes en los portales. Los vecinos volvieron apresurados a sus hogares, temerosos de que pudiera repetirse una nueva explosión.

La consternación y la angustia se apoderaron del momento. Eran las siete y media de la noche.

José Clavero fue el primer agente de la autoridad en acudir. Era el guardia de punto de la Plaza Real, por lo que se encontraba a escasos metros del lugar.

Contempló el escenario que había dejado la bomba: hojas de palmera y corteza desparramadas por el suelo; olor a pólvora; gritos y gemidos de los heridos… A la luz de la luna, y desde cierta distancia, Clavero los contó. Una pareja emitiendo ayes. Una figura tambaleándose ciega bajo los soportales. Otro recostado en una columna. Tres lamentándose, próximos a la desembocadura del pasaje Colón. En el extremo más alejado, un bulto extendido en la tierra cuan largo era.

En ese momento, desde el otro lado de la plaza, llegó el guarda paseos que cuidaba de los parterres, Cipriano Ortiz y Angulo. Tocó el hombro de Clavero y encontró en su expresión a un hombre abismado

en un mar de horror.

—¡Auxiliemos a las víctimas, rápido! —le dijo, consiguiendo que saliera de su estupor.

A los primeros que reconocieron fueron al hombre y a la mujer joven que gritaba doliéndose. Él, cubierto de sangre, vestía con ropas de obrero. Ella no tenía más de veinte años y su brazo izquierdo había resultado gravemente herido.

Cipriano Ortiz y Angulo miró desalentado a su alrededor. José Clavero seguía sin recuperar el color en la cara. En concatenación a estos hechos, apareció el sub-cabo Vicente Gimenez, procedente de la calle Escudellers. Venía con aire resolutivo, dispuesto a ayudar. Rápidamente, organizó a los hombres.

Habían pasado menos de cinco minutos desde que se produjera la explosión y Clavero se encaminó con el joven obrero a la farmacia Colón. Cipriano llevó a la joven, que parecía en estado más grave, a la botica del Globo, dentro del ámbito de la plaza.

A la escena, se añadieron ciudadanos curiosos. También, llegaron los guardias municipales al mando del señor Aleu. Estos últimos formaron un cordón policial en torno al cuerpo tendido en el suelo, en ángulo con el café París y a los pies de uno de los numerosos bancos que había en la plaza. El cuerpo sin vida pertenecía a un varón de unos cuarenta años, vestido con harapos llenos de rotos y descosidos junto a una bolsa repleta de diarios viejos. Estaba decúbito supino, con un charco de sangre bajo su cabeza y los ojos abiertos y helados como los de una lechuza disecada. Se pensó desde el principio que era un trapero, y un vecino confirmó esta sospecha al afirmar que era un viejo conocido del barrio.

En total, trece personas fueron atendidas en las distintas farmacias de la zona. Mientras se llevaron a cabo estas diligencias, los policías y guardias civiles de a pie, que se habían personado en la plaza, inspeccionaron cada rincón del lugar en busca de más bombas y pistas, sirviéndose de lámparas de aceite. Agentes de la Benemérita a caballo se instalaron en los accesos, impidiendo el paso.

Los periodistas se colaron a cambio de generosas dádivas. A los políticos les abrían el paso, con reverencias.

El alcalde del barrio señor Pujol, también dueño de la chocolatería y requesonería de la calle de Quintana, a escasos metros del suceso, se interesó por las víctimas. El señor Maluquer, el señor Martorell y varios concejales más, por los daños materiales.

Pasadas las nueve de la noche, hizo aparición el inspector de la policía Daniel Freixa i Martí y, poco después, el juez de instrucción

Mariano García Bajo, acompañado del secretario Antonio Aguilar de los juzgados del distrito del Hospital. El inspector Freixa había reunido ya suficiente información para mantenerlos al corriente de lo que había sucedido:

—Alguien ha colocado una carga de dinamita dentro de los macizos de jardinería arreglados alrededor de la fuente.— Una rápida verificación de los hechos dio la razón al detective.

El juez García Bajo estudió el agujero de dos palmos de profundidad por tres de diámetro y los estragos que había causado en la palmera plantada en ese lugar. Todavía no se había restablecido la luz eléctrica de las farolas, realizadas años atrás por un joven Antoni Gaudí, pero se adivinaba a simple vista, y con ayuda de las linternas, los numerosos desperfectos ocasionados.

—¿Qué autoridad ha sido la primera en llegar? —preguntó.

—José Clavero, señoría. Él es el guardia de punto de la Plaza Real.

Freixa lo presentó al magistrado. Éste había estado esperando, en un segundo plano y con la cabeza descubierta, a que le llegara su turno.

García Bajo pidió a su secretario que apuntara las medidas exactas del agujero y se encaminó con Clavero al centro de la plaza.

A petición de él, el guardia le mostró el lugar en el que estaba cuando detonó la bomba.

—Quiero que me haga una relación, lo más detallada posible, de lo que vio minutos antes de que ocurriera el atentado.

—No estoy seguro de haber visto nada sospechoso, señor juez.

—Simplemente, recuerde. Estimulando la memoria puede que le vengan a la mente las imágenes. ¿Qué vio por última vez, antes de que estallara la bomba?

Clavero se pasó una mano sudorosa por la nuca.

—La joven con el brazo herido… —invocó en voz alta—. La vi cruzar la plaza como de costumbre. Se sentó en el banco donde la encontré luego lamentándose. Su novio llegó un poco más tarde. Me fijé en que él estaba encendiéndose un cigarrillo justo cuando sonó el petardo. Por un momento, asocié los dos hechos, mire usted si la mente es caprichosa...

—¿Fue testigo de algo que le despertara sospechas?

José Clavero jugueteó por un instante con la gorra entre sus manos.

—Un grupo de hombres exaltados atravesó la plaza a eso de las

cinco de la tarde. Cantaban consignas anarquistas y pedían justicia e indulto para los condenados a garrote vil de Jerez.

García Bajo hizo un gesto de asentimiento.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé… Cinco o seis. Pero no se detuvieron ni un segundo. Ni siquiera se acercaron al macizo de jardinería en el que estalló la bomba.

—¿Está seguro de eso?

—Sí; entraron procedentes de la calle Fernando VII, por el pasaje de Madoz, y salieron en perpendicular por la calle del Vidrio.

El guardia de punto facilitó algún que otro dato más, pero ninguno de importancia para el juez, que se despidió del hombre y caminó por la plaza para entrar en calor. Mientras andaba, topó con algo duro bajo sus talones. Se agachó y recogió de la tierra un trozo menudo de hierro. Metralla de la bomba.

El secretario del juez se reunió con él y juntos se aproximaron al cadáver del trapero que descansaba el sueño eterno junto a uno de los asientos de la plaza. Era la única víctima mortal que por el momento se había cobrado el atentado.

El detective Freixa había interrogado a sus hombres y sacado sus propias conclusiones:

—Se ha hallado un pedazo de hierro detrás del banco.

García Bajo pidió que se lo enseñaran. Un policía se agachó y otro acudió con la lámpara a iluminarlo. Un primer examen revelaba que este formaba parte de un todo más grande. Tenía forma trapezoidal y tres de los cuatro lados presentaban un relieve semejante al de los dientes de un cuchillo de cortar pan.

—El ropavejero —explicó el inspector Freixa— debió recibir un golpe fuerte en la región temporal derecha mientras estaba sentado; un golpe fatal que acabó con su vida. Así lo indica la herida de su cabeza y la trayectoria que siguió el fragmento encontrado después del impacto.

Cuando llegó el médico, éste no hizo más que corroborar la hipótesis del detective, conque García Bajo ordenó el levantamiento del cadáver, que fue conducido inmediatamente al dispensario de las Casas Consistoriales. Más tarde, pidió al señor Aleu que mediara para que sus hombres se incautaran de toda la metralla y trozos de hierro que habían quedado esparcidos como simientes por la plaza.

En los minutos que sucedieron, se recogieron varios pedazos de

hierro de forma plana en el cuadro de jardinería. Otros incrustados en las paredes de las casas que describían el perímetro de la plaza. Subidos en una escalera los guardias se las vieron y desearon para sacar uno de gran tamaño que se había clavado, igual que una saeta, en el marco de la ventana del entresuelo que quedaba justo por encima de la tienda del óptico señor Desmond. Entre los cristales hechos añicos de la farmacia del Globo, el café de París, la cristalería de Llopart y la tienda de bordados El Lápiz de Oro, se descubrieron clavos, tornillos y restos de metal. Asimismo, se hallaron fragmentos similares por los alrededores de los bancos y en la fuente de las Tres Gracias.

Después de esto, el juez García Bajo y su secretario, Antonio Aguilar, concluyeron que el objeto que estalló en la jardinera tenía que ser por fuerza grande. Una plancha de hierro cargado de metralla y dinamita.

II

Andrés Mayol recorrió con la mirada el establecimiento. Pocos clientes a esa hora en el café La Principal. Pidió una mesa cerca de la puerta y consultó el reloj de bolsillo. Eran apenas las seis y media de la tarde, llegaba puntual.

Se encendió un cigarrillo y aguardó tranquilo.

Antes de que el mozo se acercara a tomarle la nota, se abrió la puerta. En el café entró una pareja elegantemente ataviada. Se leyó en el rostro de Andrés una gran desilusión, pero justamente detrás de la pareja entró otro tipo más joven, vestido con el hábito negro de cura y con el alzacuellos blanco. Iba tocado con un gran sombrero de teja. La expresión de Andrés se iluminó. Rápidamente, se levantó de la silla y lo saludó:

—Pensaba que iba a ser el último en llegar.

—Esta vez, he roto yo con la tradición —contestó el cura—. ¿Llevas mucho esperando?

—¡Qué va! Acabo de entrar.

Los dos hombres se abrazaron con efusividad. Ambos tenían la misma edad, sin embargo, el hábito hacía parecer más mayor al segundo.

—Te queda muy bien esta indumentaria.

—¿Quién iba a decirlo, verdad? En nuestros juegos de infancia tu eras el misionero que se iba de expedición a África y vivía grandes aventuras mientras que yo era el novelista que las relataba.

—La vida da muchas vueltas.

Andrés no sonreía, pese a que estaba contento. Tenía el mentón picudo y se podía adivinar fácilmente que sus dientes estaban distribuidos de manera irregular por la boca. En cambio, el otro reía generosamente, gesto que embellecía todavía más su rostro de suaves y atractivas facciones.

Se sentaron y cada uno pidió un café.

—¿Fumas, Gabi? —le dijo Andrés, y ofreció un cigarrillo de su pitillera a su acompañante.

El cura lo tomó con renuencia.

—En el seminario lo teníamos prohibido, pero un día que fuimos de excursión al campo me fumé con unos amigos unos a escondidas. ¡Me sentaron terriblemente mal!

—¿El Altísimo te castigó?

—Lo único que sé es que desde entonces no me apetecen mucho. Sin embargo, hoy haré una excepción: celebro que estoy contigo, después de tantos años. Tengo entendido que ahora trabajas en un diario, ¿es así?

—Sí, estoy en *La Campana de Gràcia*.

—¿Sigues escribiendo aquella novela?

—Cuando el trabajo me lo permite. Ayer me pasé la mañana cubriendo la huelga de obreros en protesta por los sucesos de Jerez.

—¿Qué va a pasar en Jerez?

—¿Es que no lo sabes? —exclamó Andrés—. ¿Es que solo lees la hoja parroquial?

Gabriel negó con la cabeza, con una expresión divertida. No se ofendía, porqué tenía buen carácter.

—Dime que ha pasado en Jerez, querido amigo.

—Mañana ajusticiarán a garrote vil a siete personas.

A Gabriel se le ensombreció el gesto.

—Lo lamento... ¿Por qué los ajustician?

—Hace un mes que cientos de jornaleros y campesinos anarquistas irrumpieron de noche en la ciudad de Jerez, formando una revuelta. Mataron a dos hombres. Uno era dependiente de una empresa y otro escribiente y hermano de un político. Pero dejemos a un lado los dramas y dediquémonos a nosotros. ¿En qué parroquia estás? Me gustaría ir un domingo y verte en plena acción.

Gabriel sonrió y unos pequeños hoyuelos se marcaron en la comisura de sus labios.

—Estoy en la parroquia de Santo Domingo, pero paso la mayor parte del tiempo de misión en las cárceles, haciendo visitas a los presos.

—¿En las cárceles? —exclamó el periodista, sorprendido—. ¿Cómo es eso?

—Doy consuelo y esperanza a los que están cautivos. Les intento mostrar el buen camino.

—¡Vaya por Dios! ¿Y en serio no sabías nada de lo de Jerez?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—¡Mucho! Las cárceles están llenas de anarquistas y ellos no hablan de otra cosa.

—Los anarquistas son los más reticentes a hablar con un cura —le recordó Gabriel—. Además, solo llevo, como quien dice, dos días visitando las celdas.

—¿Y de qué conversas con los que sí aceptan tu compañía?

—Pues de lo que les aguarda afuera, de sus propósitos y sus arrepentimientos.

—¿No te causa limitación la edad? Quiero decir, ¿confían, de buena gana, sin reprimirse sus pensamientos más íntimos a un hombre de solo veintitrés años?

—¿Por qué no? Cuando estoy con ellos asumo la función que me toca. Dejo de ser ese muchacho imberbe que disfruta corriendo y leyendo novelas de Tolstói. No soy Gabriel, sino el padre Gabriel.

Continuaron charlando, pero esta vez de la familia. Gabriel se interesó por la hermana de Andrés, Anita. Estaba trabajando de empleada en una mercería. El cura le pidió que le diera recuerdos de su parte y el periodista dudó que fuera lo mejor. Después de todo, Anita había estado muy enamorada de Gabriel. Para ella había sido un

golpe muy duro su ingreso en el seminario.

Al cabo de una hora, más o menos, se despidieron. Gabriel se alejó a paso ligero hacia la Plaza Cataluña y Andrés se dirigió en dirección al puerto.

El periodista pasaba cerca del mercado de San José cuando se oyó un ruido muy fuerte. Las luces del tendido eléctrico titilaron, antes de apagarse, y la luna denunció una columna de humo trepando por encima de los tejados, proveniente del puerto.

III

Andrés corrió a contracorriente, siguiendo el sentido inverso de la gente que huía por miedo a una segunda detonación. Sin saberlo, estos le guiaron hasta el lugar de los hechos. En pasaje Madoz, se paró en seco. La explosión se había producido en la Plaza Real. El humo todavía permanecía en el aire, como una segunda piel, y el olor a pólvora golpeaba las narinas.

Andrés tuvo tiempo de reconocer dos bultos escurriéndose al otro lado de la plaza, por el pasaje Colón. Salvo siete personas, no había nadie más en la arena.

Se dejó conducir por su instinto de periodista. A oscuras recorrió los soportales. El umbral de una farmacia estaba lleno de vidrios y bajo sus pies sonaron los cristales hecho añicos: cric-crac.

En el interior, se oía movimiento. Andrés entró.

—¡Rápido! ¡Sujétela por el brazo! ¡No la suelte!

—¿Cómo sabré si lo hago bien?

Eran dos varones, pero no había rastro de ellos. Las voces se escuchaban sofocadas. Una vela, sobre el mostrador de la farmacia, daba una luz pobre al establecimiento.

—No pierda tiempo. Estos minutos son cruciales.

—¿Lo hago bien?

—Agárrela fuerte. Ahora vengo.

Una figura humana brotó al otro lado del mostrador. Andrés se asustó, aunque este no reparó en él. Desapareció, veloz, por la trastienda.

Andrés respiró hondo. Escuchaba vida por debajo del mueble en el que estaba la vela y la caja registradora. La silueta regresó, antes de lo esperado, y se agachó de nuevo, desapareciendo de su campo visual.

—Aquí no podemos hacer nada. Le voy a administrar un compuesto que contiene opio para calmarle el dolor, pero tendrá que llevarla a una casa de socorro. La de Atarazanas es la que está más cerca.

—Lo sé.

—Siga taponando la herida.

—Pierde mucha sangre.

—Lo sé.

Las voces se relevaban con nerviosismo tras el mostrador. Andrés no se atrevía a moverse del lado de la entrada. En un momento dado, pareció oírse el lamento de una mujer.

—Venga, yo le ayudaré a subirla.

—De acuerdo.

—A la de tres.

—Sí.

—Una, dos…

Al decir tres, se materializaron tres siluetas. Las de los extremos eran de hombre. La del centro, de líneas sinuosas, de mujer. Ellos sostenían a la mujer. En ese instante, fueron conscientes de que estaban siendo observados.

—¿Qué hace ahí parado? Acérquese a ayudarnos.

Andrés miró atrás y, luego, dio un salto hacia adelante. Conforme se acercaba se definían mejor las sombras. El de la derecha iba vestido con ropas de obrero; el de la izquierda era el boticario.

—Ayude a Cipriano a conducir a esta a mujer a la casa de socorro de Atarazanas.

Eso hizo. Sin despedirse, salieron a la noche, cruzaron la plaza en silencio, con la mujer echada a sus hombros, y bajaron la Rambla. De vez en cuando, ella gemía.

Cerca de la Puerta de la Paz, Andrés preguntó a Cipriano qué había pasado. Cipriano le dijo que habían colocado una bomba, que no sabía nada más. La sangre salía a borbotones de la herida que ella tenía en el brazo izquierdo, del lado del que Andrés estaba sujetándola.

El paseo de Colón estaba iluminado, pero Santa Mónica y las calles adyacentes estaban igual de solitarias y oscuras. A lo lejos, el reflejo de la luna se veía fragmentado sobre el mar.

En las puertas de la casa de socorro, la joven se desmayó. Habían realizado el recorrido en menos de cinco minutos y estaban exhaustos.

Los médicos y las enfermeras acudieron en tropel en su ayuda. El hombre que había conocido en la farmacia y él entraron. Dentro habían luces encendidas y más heridos en los pasillos. La joven fue conducida a una habitación con material quirúrgico. Andrés y el tipo se colaron detrás, pero al momento fueron expulsados: no podían estar allí, debían salir.

Andrés aún tuvo tiempo de ver su cara. Por primera vez, desde que ella se había cruzado en su camino, la observó fugazmente.

IV

Habían reunido a los policías en una sala grande del edificio del gobierno civil, cuyas paredes estaban ricamente pintadas de dorado y con motivos florales y de vendimia. No había muebles, solo una tarima de medio metro de altura en un extremo, en la cual dos hombres se habían subido para dirigirse al auditorio. Eran el jefe de vigilancia Daniel Freixa y el inspector Antoni Tresols.

En ese tiempo, Freixa se había ganado una buena reputación entre el círculo de policías, políticos, periodistas y el sector de la sociedad bien informado sobre la crónica de sucesos. Hacía poco había publicado un libro que le había reportado cierta fama y reconocimiento, *El mundo del crimen,* y sus éxitos policiales, que no habían sido pocos, le habían acabado de conferir la distinción de la que orgulloso hacía gala. Tenía ese aire aristocrático que solo algunos eran capaces de mantener en todo momento y un carácter virtuoso y flexible, apto para mezclarse tanto con la flor y nata de la sociedad como para bregar con el lumpen.

—Ha muerto un trapero. Después de todo, ha habido suerte, aunque me comunican que siguen llegando heridos a las casas de socorro. No quiero que descansen hasta que encuentren a los autores del atentado. Los ciudadanos no dormirán tranquilos hasta que se sepa que han sido apresados, y nosotros se los ofreceremos en bandeja de plata. No quiero que se repita un mes de mayo como el del año pasado. Llevábamos seis meses sin incidentes, desde la explosión en aquella fábrica de la calle Casanova; no podemos consentir que la situación se nos vaya de las manos.

Los pocos detectives del cuerpo de vigilancia estaban mezclados junto a una gran masa de agentes pertenecientes al cuerpo de seguridad, debidamente uniformados de azul y con gorra.

—Tenemos que encontrar a esos desalmados, por todas las víctimas de hoy y por las víctimas que pudieron haber caído. Saben que el petardo estaba al lado del Café París. No hace falta que les diga a quien iba dirigido el atentado... Por suerte, esta tarde no había ningún compañero ni en el café ni en las puertas del establecimiento, por lo que no tenemos que lamentar ninguna pérdida de los nuestros.

En el fondo de la sala, dos sombras conversaban con voz queda. Se

trataba de los detectives Fidel Nogués, alias el Novicio, y Vinicio Palacios, alias el Vinagret. El primero medía más de metro ochenta y era fuerte, con la mirada hundida y esquiva y una fea cicatriz en la comisura del labio que se lo deformaba, logrando que tuviera una apariencia de rana. El otro tenía la cabeza rapada y achatada y una poblada barba. Vestían traje marrón y Vinicio lucía, además, una corbata blanca sobre una camisa también blanca. Los dos habían visitado muchas veces el Café París, era un lugar de encuentro de la policía secreta, por lo que los terroristas habían querido atacarlos directamente a ellos.

—Nos ha ido de bien poco. Esta tarde te dije de ir al café —recordaba Vinicio a Nogués—. Suerte que tu me quitaste la idea.

Freixa terminó de hablar y Tresols lo sustituyó. Tenía una lista entre sus manos.

—La noche será larga. Vamos a detener a los anarquistas considerados más peligrosos. Se organizarán por grupos, dirigidos por dos inspectores. Cada grupo estará formado, a su vez, por seis agentes de uniforme. En total, treinta y dos efectivos organizados en cuatro. Galán y Cedrals —a la voz de sus nombres los dos inspectores levantaron la mano—, ustedes irán acompañados de los agentes Capdevila, Soto, Russiñol, Plaza, Pujol y Herrera. Tienen como objetivo detener a Emili Hugas, Tomás Ascheri, Sebastià Suñé y Lluís Climent. A la salida, les serán facilitados los datos. —Hizo una pausa —. El inspector Fidel Nogués…

El policía alto del fondo alzó dos dedos. Acto seguido, Tresols llamó al inspector Vinicio Palacios.

—Ustedes dos recibirán la ayuda de los agentes Martínez, Dalmau, Alonso, Ferrer, Sans y Uriburu. Las presas que deben cazar son las siguientes: Ettore Luigi Bernardini, Benoît Pitchot, Paolo Schicchi, Paul Bernard…

Capítulo 2

Las detenciones

I

Hernández y Mur irrumpieron con media docena de agentes en el círculo anarquista de la calle Carretas. Rompieron el mobiliario: sillas, mesas; también alguna nariz. La sangre de unos pocos dejó una lluvia escarlata en algunos tramos del suelo. Narciso Lajusticia, Bautista Bousalute y Francisco Os fueron apresados.

Lo mismo sucedía en el círculo de San Olegario, encargándose Torres y Gallego, en este caso, del operativo. Causaron numerables destrozos. Se llevaron a tres por delante, uno con el brazo roto.

El inspector Galán se dirigía a la calle Montserrat, donde tenía el domicilio uno de los comunistas anarquistas más conocidos y reputados del momento, Emili Hugas, cuando se topó en la calle de San Pablo con Marco Torres. Este era un albañil, clasificado por la policía como agitador, que el día anterior, a propósito de las protestas pidiendo el indulto a los de Jerez, se había escabullido de las autoridades al grito de alto. Marco Torres al ver a Galán salió disparado calle abajo. Galán hizo lo propio, y detrás de él tres policías más que lo acompañaban. Al final, lo arrestaron a la altura del Liceo. Galán lo tiró al suelo y le aplastó la cabeza con la rodilla.

En el trámite, el albañil dejó dos dientes.

Paralelamente, al otro lado de la ciudad, en el llano de Barcelona, Vinicio Palacios llamaba a una puerta con los nudillos. Fidel Nogués estaba en un segundo plano. Agarrado a la barandilla, echaba un vistazo al hueco de la escalera. Les sucedían cuatro agentes más, distribuidos entre el rellano y la propia escalera. Otros dos aguardaban en la calle, a la espera de instrucciones.

Al momento, apareció el rostro pálido de una mujer, enmarcado en el quicio de la puerta. Iba en camisón, despeinada, con el pelo duro e hirsuto. Tenía un aspecto enfermizo.

—¡Policía! —gritó Vinicio—. Sabemos que dentro está Paul Bernard. Déjenos entrar.

Y entró, sin más, empujando la puerta con todas sus fuerzas.

La mujer se echó a un lado, asustada. Detrás de él, se colaron los demás. Primero los policías uniformados, dos de ellos provistos de lámparas. El último en cerrar la comitiva era Fidel. Todos armados.

—¿Qué quieren? —articuló ella, a duras penas.

Pero los inspectores y agentes no se detuvieron a resolver sus dudas. Cruzaron el pasillo y, al final de este, se dividieron en dos grupos. Fidel y dos policías inspeccionaron la puerta que daba a la sucia cocina; Vinicio junto a los dos restantes desembocaron en el comedor. Allí se encontraron con Paul Bernard, afanándose en meter las faldas de la camisa dentro de los pantalones.

Vinicio dio un salto y se abalanzó sobre él. Paul acabó con la cabeza estrellada en un mesa que había detrás suyo.

Mientras tanto, Fidel pasó de largo hacia el dormitorio. Un niño lloraba, desconsoladamente, en la cama de matrimonio. Enfundó la pistola y lo cogió. No tendría más de seis meses de edad.

Cuando lo tuvo en sus brazos y se lo acercó a la cara, el bebé calló. Los ojos de Fidel perdieron la brutalidad de unos instantes atrás, incluso la cicatriz de la boca pareció suavizarse. Pronto, oyó que lo llamaban. Fidel retrocedió sobre sus pasos. En el comedor, Paul estaba sentado en una silla y dos agentes revisaban, por separado, dos escritorios de persiana.

—¿Qué has descubierto, Fidel?

Vinicio se hallaba de pie, junto al detenido. En la mesa redonda había un plato de comida sin acabar. Fidel le mostró el bebé.

—No sabía que tuvieras un hijo —dijo Vinicio a Paul.

—No es mío. Ese no es mi hijo.

Vinicio se encogió de hombros. De fondo, se escuchaba el trabajo que hacían los agentes registrando el apartamento.

—Tenía un cuchillo en el bolsillo —informó Vinicio a Fidel.

Este hizo caso omiso al detalle y dijo:

—Así que esta es la redacción de *El porvenir anarquista*.

Los labios de Paul Bernard perfilaron una sonrisa socarrona.

—¿Quiere que le enseñe mi trabajo? ¿Ha venido para eso?

—Ya he tenido ocasión de leer vuestras porquerías, no es necesario. Con tu panfleto, me limpio el culo.

De los labios de Fidel despuntó una sonrisa, que se asemejaba a una "S" tumbada. Atravesó el comedor y fue directo a la cocina. Con el pie, abrió la puerta entornada e irrumpió con el bebé en brazos. Dentro estaba la madre, que al verlo con el niño se abalanzó sobre él, pero los dos agentes que la vigilaban se lo impidieron.

—¿Es tuyo? —le preguntó Fidel.

La mujer dijo que sí, aterrorizada.

—¿Paul Bernard es su padre?

Ella meneó la cabeza en sentido negativo.

—¿Es hembra?

—No, varón.

—¿Y usted? ¿Cómo se llama?

—Adela —respondió con un hilo de voz.

Su cuerpo estaba perdiendo vigor. Los músculos del cuello se le aflojaron. Los agentes, que le sujetaban de sendos brazos, tuvieron que bascular su peso para que ella no cayera al suelo.

En la encimera de la cocina, había una jarra con agua. Fidel se cambió el bebé de mano, y con la izquierda tomó la jarra. Echó el contenido sobre la mujer. Adela se despertó de súbito. El camisón se le había pegado en la piel, evidenciando sus senos y las lentejas de sus pezones.

Fidel pidió a un agente que trajera una silla del comedor. Le hicieron sentarse en ella.

—Dudo de que Paul Bernard le haya puesto al corriente de la situación, señora —dijo Fidel—. Hará dos semanas lo detuvimos, ¿se lo contó? Hace tiempo que sospechamos de él y le estamos siguiendo la pista. Es un sujeto peligroso, por lo que no sé cómo se atreve a tenerlo bajo el mismo techo que su hijo.

—Él es un buen hombre —protestó con voz trémula.

—Sí, por supuesto. ¿Le ha explicado qué hace cuando no duerme aquí? Hemos descubierto que se aloja en cinco domicilios diferentes. En algunos recibe su correspondencia y certificados, sin embargo en otros recibe compañía de otras damas.

—Eso es mentira. Mi marido es un buen hombre —repuso con un hilo de voz.

—Vive en pecado con él. Haga el favor de no llamarlo su marido.

—Paul no le ha hecho daño a nadie.

—¿Es que no me escucha? Le estoy diciendo que se alojaba en cinco domicilios diferentes. Usted debía de saberlo, ya que él no volvía a dormir.

—¿Por qué se presentan en mi casa en medio de la noche? —dijo Adela, sollozando—. ¿Por qué no me dan a mi hijo?

—¿No le importa que Paul le engañe con otras mujeres?

—Duerme fuera porque tiene mucho trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de trabajo?

—Él es periodista y zapatero.

—Remienda zapatos, ¿no es eso?

—¡Él es un buen hombre!

—Le tiene sorbido el seso —sentenció Fidel. Y luego, dirigiéndose a uno de los dos agentes, dijo—: Busque una manta para el bebé, hace frío.

—¿Dónde?

—¿En dónde cree usted que se guardan las mantas?

—En el dormitorio.

Fidel gruñó por toda respuesta.

El policía se marchó. Solo quedaron él, la mujer, el otro agente y la criatura.

—Bernard se aprovecha de su debilidad. Conozco esa clase de personas. —Hizo una pausa, que marcó un punto de inflexión—. ¿Sabe qué? De joven estuve a punto de hacerme monje. Que cambiara de idea, se debió a que una mujer se cruzó en mi camino, la que tiempo después se convertiría en mi esposa. ¿Ha leído las sagradas escrituras?

Adela contestó que no. Estaba temblando: el pelo se le había quedado apelmazado por el efecto del agua.

—A Jesús, el espíritu de Dios, le hizo una prueba semejante a la que usted tiene que superar ahora. Dios condujo a Jesús al desierto para que el diablo lo tentara y él demostrara su fortaleza. Jesús pasó cuarenta días con sus cuarenta noches en ayunas, sin probar bocado. Transcurrido ese tiempo, se materializó el demonio y le persuadió de que transformará unas piedras en pan, dado que él poseía el don para hacerlo. Sin embargo, Jesús no lo hizo, se negó, ¿y sabe por qué? Porque sabía que de pan no solo vive el hombre, sino que se alimenta, igualmente, de todas las palabras que salen de la boca de Dios. Paul Bernard es el demonio. Es el que le ofrece el pan en forma de unión pecaminosa. Tiene que huir del demonio.

Se presentó el policía con la manta. Fidel envolvió al bebé con ella y lo arrulló.

—Este piso es suyo, ¿verdad? —dijo, a un tiempo.

—Era de mis padres.

—¿Qué les pasó?

—Murieron.

—¿Cree que a ellos les gustaría saber en que se ha convertido su vida?

—Ojalá estuviesen ellos aquí.

—No le debe nada a ese sinvergüenza, ¿me oye? —dijo Fidel—. Sea sincera, ¿Bernard ha salido a la calle esta tarde?

Algo de cristal o cerámica se estrelló en el suelo del comedor. Un instante después, se escuchó, del otro lado de la cocina, un objeto contundente golpear contra la pared contigua. Fidel le entregó el bebé al agente que tenía más cerca y acudió a ver qué ocurría.

Cuando llegó, se encontró a Vinicio empotrado contra un escritorio y a Paul estrangulándolo. Los otros dos policías recién asomaban por la puerta del dormitorio, aún estupefactos.

Fidel fue más rápido. Sacó su arma y golpeó al francés en la cabeza. Paul soltó a Vinicio, y entre todos lo redujeron.

—¡Qué haces, estúpido! —le gritó con el brazo en alto, señalando hacia la cocina—. Hay un bebé en la otra habitación. ¿Quieres acabar con un agujero en la frente, franchute?

Fidel pidió que lo esposaran y lanzó a Vinicio una mirada solapada.

—¿Estás bien?

Vinicio indicó que sí; luego, se levantó y empezó a dar patadas al detenido hasta dejarlo en el suelo ovillado. Una vez terminó, se arregló el nudo de la corbata.

Mientras, un policía se había acercado a Fidel.

—Hemos encontrado esto. Lo guardaba en el bolsillo de un pantalón que estaba en el armario.

Fidel Nogués cogió el pasquín que este le tendía y leyó en voz alta, aproximándose a la luz de la mesa:

—*Un nuevo y horroroso y cínico asesinato van a cometer los ladrones de nuestro trabajo, llevando al cadalso a cuatro obreros anarquistas de Jerez. ¡Ojo por ojo y diente por diente!* —Fidel despegó la vista del texto y miró fríamente a Paul, hecho un guiñapo en el piso—. Bonito lenguaje, desgraciado. ¿No sabes que esos obreros son asesinos? Mataron a dos hombres.

Fidel devolvió el papel al policía y regresó a la cocina. Adela lo

esperaba con una expresión de impotencia y angustia en la cara.

—¿Qué le han hecho? —imploró.

Tenía el rostro cubierto por una película de sudor y lágrimas. Moqueaba y babeaba.

—Sea inteligente y confiésenos qué ha hecho Bernard esta tarde.

—No lo sé.

—¿Ha estado en casa?

Adela no contestaba. Fidel acercó su ruda cara a la de ella, y en tono tranquilo añadió:

—¿Quiere perder al niño? Voy a insistir de nuevo: ¿ha estado Paul Bernard en su casa durante esta tarde?

Ella dijo que no. Un *no* a media voz

—Está bien, ¿cuándo se fue?

—A las siete.

—¿Y cuándo regresó?

—Hace poco —musitó.

—Bien. Buena chica.

Fidel le dio un cachete en la mejilla con su mano izquierda. Ella sufrió un espasmo.

—¿Sabe qué ha ido a hacer?

Adela respondió que no, sacudiendo la cabeza. Fue entonces cuando entró Vinicio en la cocina. Esgrimía una sonrisa triunfal.

II

—Dos bombas.

Las presentó Vinicio. Fidel se asomó a la mesa para verlas mejor: dos grandes bombas de plancha de hierro en forma de pera, cargadas y con la mecha puesta.

—Esto me gusta, Vinagret. ¿Qué dice el gabacho?

Vinicio Palacios dio una palmada que hizo vibrar el aire y soltó una carcajada.

—Que te lo cuente él. ¿Cómo es que tienes dos bombas en casa?

Paul Bernard estaba en un rincón de la habitación, encogido en el suelo y con los manos amarradas en la espalda. Tenía un ojo amoratado y sangre en la nariz.

—Me las encontré en la calle.

—¿No me digas? —dijo Fidel.

Una sonrisa endeble y vacía fue a pasearse por la cara del francés.

—¿Recoges todo lo que encuentras en la calle?

—Lo que creo que tiene valor.

Fidel se giró hacia Vinicio.

—En el diario este que editan, hay tres redactores más.

—Sí, Schicchi y Hugas.

—A Paolo Schicchi iremos ahora a hacerle una visita. ¿Quién se encarga de Emili Hugas?

—Cedrals y Galán.

—De acuerdo —dijo Fidel, sombríamente—. No hay que olvidar que el piso es también la sede del diario.

Vinicio se giró hacia Paul y apuntándolo con sus manos, como si sostuviera una bayoneta, dijo:

—Mucho me temo que aquí habrá cuadro.

Después de esto, fueron a hacer una visita al segundo redactor de *El porvenir anarquista*. Era el italiano Paolo Schicchi, que tenía una habitación alquilada en la calle Culebra. El propietario de la vivienda

les abrió la puerta y les indicó el camino.

Paolo estaba durmiendo. Lo despertaron y jugaron un rato con él al gato y al ratón, hasta que, finalmente, se dio cuenta de que estaba rodeado y que no tenía escapatoria.

—¿Qué has estado haciendo esta tarde, Paolo? —le preguntó Vinicio, cuando lo tuvieron inmovilizado en una silla.

Paolo escupió al suelo:

—Si llego a estar despierto, os hubiera costado cara mi detención. Pero ya nos veremos algún día.

Su cuerpo enclenque no resultaba nada amenazador; no llegaba a rellenar el pijama. Una barba abundante ocultaba gran parte de un rostro de facciones quebradizas.

—Será mejor que colabores. ¿Qué has hecho esta tarde?

—He estado leyendo.

—¿Qué has leído?

Paolo calló. Fidel intervino:

—¿Sabes dónde está la cafetería París? —Aguardó a que contestara —. ¿Cómo debo interpretar ese silencio? "Sí, lo sé pero no te lo voy a decir". "No, no tengo ni idea". "No me interesa en absoluto". —Otros tres segundos de espera—. Para tu información, soy un hombre muy paciente. Tengo más paciencia que Job. Como eres un anarquista ateo, no lo sabrás pero el santo Job tenía mucha paciencia, aguantó ciento y una calamidades, sin sucumbir. ¿Sabes dónde está la cafetería París?

Los ojos de Paolo dibujaron media circunferencia hasta situarse en la misma línea que los de Fidel. Así, le sostuvo la mirada durante un buen tiempo, sin contestar. Fidel lo abofeteó.

—¿Sabes dónde está la cafetería París?

Como no abría la boca, le propinó otro guantazo. La cabeza de Paolo giraba a cada restallado.

—¿Cómo se puede ser tan terco?

Vinicio se adelantó y Fidel dio un paso atrás. En la habitación solo estaban ellos tres. Al otro lado de la puerta cerrada, dos agentes hacían guardia. Estos oían, sin inmutarse, los golpes que se producían en el interior.

—Aunque no hables —dijo Vinicio—, nosotros sabemos todo de ti.

—¿Vosotros sois los que hace cuatro meses me seguís? Ya lo pagaréis.

Vinicio le agarró del cuello y lo empujó de la silla. Paolo cayó a plomo, esposado. Desde el suelo, en plano horizontal, vio como el policía alto, de orejas grandes, cicatriz en la boca y mirada siniestra sacaba una navaja del bolsillo. Con ella, rajó la cama y empezó a vaciarla. La estancia se llenó, por momentos, de lana. Lana y más lana, cubriendo el piso.

—Este garibaldi tiene mejor colchón que yo.

—*Bastardo figlio di puttana* —dijo el italiano.

Vinicio le cerró la boca de un puntapié.

—Si vas a hablar para soltar ordinarieces, te agradecería que callaras.

Fidel levantó el colchón y miró debajo. Luego, inspeccionó un armario lleno de buenos trajes. Registraba los bolsillos de las chaquetas y los pantalones, para después arrojarlos al suelo, junto a las nubes de lana. Había un cajón repleto de proclamas anarquistas.

Entretanto, Vinicio continuaba:

—Naciste en el seno de una familia acomodada, en Sicilia. Tu padre es abogado. Estudiaste en la Universidad de Bolonia, derecho. Ingresaste en el ejército, donde conseguiste la graduación de subteniente en el cuerpo de artillería, habida cuenta del título académico que poseías. Pero te mezclaste en una conspiración, por lo que tuviste que desertar a los pocos meses, emprendiendo una huida que te llevó a Suiza. Allí fundaste el diario anarquista, *Pensiero e Dinamita*. En sus páginas, animabas a la violencia como medio legítimo para conseguir mejores condiciones laborales para los obreros. ¿Quieres que siga? Vale, no contestes. Lo haré con gusto. Fue en Suiza, también, donde conociste a Paul Bernard y, ¡casualidad!, los dos terminasteis en Barcelona. Lástima que aquí solo venga la escoria de toda Europa. Ahora, os dedicáis a escribir porquerías en un libelo llamado *El porvernir anarquista*. La redacción está en la calle de Córcega, número 280, piso tercero, segunda puerta. ¿Que cómo lo sé? Acabamos visitar las instalaciones.

Fidel volvió del fondo de la habitación, dando zancadas para esquivar el caos que se había formado en el suelo. Tomó la silla que estaba libre y la colocó sobre Paolo. La cabeza del italiano quedó atrapada entre las cuatro patas de madera y una traviesa lateral.

—Debes conocer la cafetería de París. —Fidel se sentó en la silla. El mimbre del asiento cedió un poco bajo su peso y Paolo gruñó de espanto—. Alguna vez habrás estado en la Plaza Real. La cafetería de París hace ángulo con uno de los bancos que hay en esa plaza. Hay una persona que ha muerto hoy junto a ese banco. Han puesto una

bomba en un parterre y la cafetería de París se halla a pocos metros.

La traviesa presionaba el cuello de Paolo. El anarquista se estaba tiñendo de rojo; estaba ahogándose.

—La cafetería de la que te hablo —prosiguió el inspector— es un lugar habitual de reunión de la policía secreta, de modo que no hay que ser muy listo para saber a por quien iban hoy, ¿no?

Paolo no contestó, tan solo movió las piernas y se agitó como una serpiente, preparada para escupir el veneno.

Fidel se levantó de súbito, apartó la silla y cogió a Paolo en volandas.

—Ya que no quieres hablar aquí —le dijo—, te llevaremos a un sitio donde quizás te apetezca conversar.

III

Por la mañana, la luz se encargó de exhibir las cicatrices que la bomba había dejado en la plaza: los cristales rotos de los escaparates, la sangre de las víctimas tatuada en las losas y la huella de la metralla en los marcos de las puertas, ventanas y columnas de los soportales que circunscribían todo el perímetro.

No muy lejos de allí, a pocos metros del lugar, en la Rambla del Medio, se encontraba la *Llibreria Espanyola*. En el interior de la librería, estanterías hechas a medida albergaban literatura de ficción, ensayo y poesía; un pie de lectura acogía un tomo abierto por sus páginas centrales y un hombre leía embebido, junto al mostrador, el diario de la mañana.

Detrás del tipo, se hallaba una puerta de cristal que daba acceso a un despacho con un escritorio, cuatro sillas y un par de armarios archivadores. Las paredes estaban revestidas con un zócalo de madera de medio metro de altura y en un lateral había colgados tres cuadros con las portadas de una misma revista con fechas diferentes:

LA CAMPANA DE GRACIA

DONARA AL MENOS UNA BATALLADA CADA SEMANA

Ese día, en el despacho, se habían congregado siete personas. La mesa la presidían dos hombres, y entre los asistentes se encontraba Andrés Mayol, algo pálido y ojeroso.

Encima del escritorio, había un retrato de un hombre anciano, con barba a lo Charles Dickens y cejas erizadas, que coincidía en la descripción con uno de los dos tipos que dirigía la conversación.

—Los hechos de esta noche —decía— nos obligan a cambiar nuestras prioridades. Hablaremos de los ejecutados de hoy, sí, pero en menor medida. No obstante, quiero mantener la portada que tenía en mente. Sabréis tan bien como yo que mañana, once de febrero, es un día importante.

El hombre del retrato miró a sus interlocutores de un modo inquisitivo. Nadie se pronunció.

—Once de febrero. ¿Es que no lo recordáis? —dijo—. ¡Diecinueve años desde que se proclamara la República! —Luego, asestó un codazo a su acompañante—. Díselo tú, Josep.

Josep se enderezó en la silla y, con ojos soñolientos, llamó a uno de los hombres:

—Apel·les, presta atención. Innocenci quiere en primera portada a la Primera República personificada. Que la mires y te den ganas de abrazarla, ¿has entendido? Ha pensado que debajo de ella habrías de dibujar los problemas de hoy.

—Sé más claro —dijo el viejo que había tenido la idea, es decir, Innocenci, en tono reprobatorio—. Debe de haber un vagabundo, que represente a nuestro país, sentado sobre el tratado de Alemania.

—Un vagabundo —repitió el ilustrador, tomando notas en un bloc.

—Sí, un vagabundo —dijo Innocenci con la frente arrugada—. Un pordiosero vestido como un pordiosero: camisa hecha jirones, pantalones rasgados, descalzo…

—Comprendo.

—Y en el centro, el déficit.

—¿El déficit?

—Sí, el déficit.

—No lo entiendo.

—Es lo que ocurre cuando los gastos son mayores que los ingresos.

—Sé lo que es el déficit, señor. Sin embargo, no entiendo cómo quiere que lo ilustre. ¿Desea que escriba la palabra *déficit*, en grande?

—No, hombre, no. Pensaba, más bien, en sugerirlo.

Andrés aprovechó la discusión para sacar la pitillera del bolsillo y sustraer de ella un cigarrillo.

—Igual que hemos personificado a la República y a España, quiero que hagamos otro tanto con el concepto "déficit".

—Vale, pero… ¿cómo lo hacemos?

—¿Tengo que decidirlo yo todo? ¿Os tengo que sacar siempre las castañas del fuego?

Andrés notó el roce de un movimiento justo detrás de él. Se giró a tiempo de ver como un compañero, apoyado con la espalda en un mueble archivador, alzaba la mano para pedir el turno de palabra.

—¿Qué tal una serpiente? —dijo.

Innocenci interrogó con la mirada al ilustrador, aguardando a que él diera su aprobación.

—¿Por qué una serpiente —titubeó, al cabo, el joven.

—La serpiente es un animal que está siempre al acecho, igual que el déficit.

El ilustrador asintió no muy convencido.

—Podemos intentarlo... Una serpiente gigante que apareciese con un cartel explicativo. Un rótulo con la palabra déficit.

—Perfecto —dijo el hombre del retrato.

—¿Algo más, señor? —preguntó Apel·les.

—¡Claro que sí! Dibuja al típico banquero. La antítesis del pordiosero: gordo, trajeado, sombrero de copa y barriga. Eso siempre funciona.

—¿Puro?

—Puro, desde luego que sí. Y llevándose el dinero a espuertas, en sacos con el signo del dólar grabado en la tela. El titular, bien grande: *¿De verdad no la añoráis?* —Fijó la vista al vacío y luego suspiró—. Si no es así, algo por el estilo.

Hubo un silencio. Josep prosiguió:

—Bien, una vez está clara la portada, vayamos al siguiente tema.

Andrés oyó su nombre.

—¿Tienes el nombre de los detenidos de esta noche?

—Sí, señor. Me ha costado el sueño, pero los tengo todos.

—¿Cómo está la víctima que auxiliaste?

—Ha perdido el brazo izquierdo. Su estado es grave.

—Lo he leído… Es una buena historia. Publicaremos la crónica. Quiero que le hagas seguimiento. Es la típica historia con la que disfrutan los lectores de nuestro semanario, sobre todo, el público femenino.

—No se apure. Está mañana, he conocido a su hermana.

—Vaya, ¿qué has averiguado?

—Ella se llama Luisa. El nombre de la joven del brazo, ya lo sabrá por mi crónica, es María Rosa. Pero seguro que esto lo desconocen: proceden de Francia, por parte de madre. Exactamente, del sur. De Aviñón, me dijo. Al parecer, sus abuelos fueron de los que tuvieron que huir en tiempos de Napoleón porque…

Innocenci le interrumpió:

—No sé de qué puede servirnos esa información.

Andrés dio una chupada a su cigarrillo.

—Fue una suerte que te cogiera cerca y supieras reaccionar tan rápido —agregó Josep, conciliador—. Te felicito.

Repartieron los demás temas para el número del próximo sábado: la huelga de hacía dos días, la conmemoración de la primera república, los ejecutados de Jerez, la historia de amor entre un archiduque y una baronesa… Transcurrida una hora, la reunión se disolvió.

Una vez en la calle, el ilustrador, Apel·les, asaltó a Andrés:

—Innocenci es un cretino. No le hagas caso. Se la tiene jurada a todos.

—Gracias, Apel·les, pero no me importa lo que diga el viejo.

—Pobre chica… Tan joven y con un brazo menos. ¿Es verdad, como he leído, que es tan guapa?

—Decir guapa, sería quedarse corto.

Apel·les tocó el ala de su bombín a modo de saludo, al pasar por el lado de una señora, en la acera.

—¿Cómo es? —dijo, volviéndose hacia su compañero.

Andrés dio una calada a su cigarrillo y soltó el aire.

—Un ángel —dijo a través del humo—. Sus ojos son dos abrevaderos para el alma, y tiene una boca que está hecha para besar. Es tan pura que te duele el corazón solo de mirarla.

Apel·les dejó de andar, obligando a Andrés a detener la marcha.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente.

—¡Caramba! —Sonrió—. Podrías escribir una novela con su historia.

Andrés negó con la cabeza.

—Imposible, amigo. Yo no sería capaz de dejarla sin brazo.

Dicho esto, continuó su camino.

Capítulo 3

Los dos Pablos

I

A Fidel le despertaron los gritos de un niño que vendía periódicos en la calle.

—¡Conozcan la desgraciada historia de la joven mutilada! —voceaba—. ¡Un trapero muerto en el atentado de la Plaza Real!

Fidel se sentó en el borde de la cama, ya vestido y con las zapatos puestos. Tenía el primer botón de la camisa desabrochado, sin la corbata de lazo. Juntó los dos brazos y los estiró por encima de la cabeza. Después, se levantó, perezosamente, con las estrías de las persianas echadas reflejándose en su largo cuerpo.

En el comedor, y cocina a un mismo tiempo, había una mujer de edad madura sentada en una mecedora y pegada a la puerta acristalada del balcón. Estaba cosiendo a mano un pantalón. Al escuchar a Fidel irrumpir, alzó la vista de la labor.

—Pobre mujer, ¿te has enterado?

—Me han despertado, sí.

—Y ese hombre… ¡Qué mal habría hecho en su vida!

Fidel se fue a la cocina y se sirvió, de un cántaro a un vaso, leche fría.

—¿Has estado trabajando esta noche? —preguntó ella.

Él bebió y, más tarde, contestó:

—Así es, esposa.

Un bigote espumoso de leche quedó pintado en su tosca cara. La mujer abandonó la costura en su regazo y lo miró con preocupación.

—¿Te has encargado tú de lo del petardo de la Plaza Real?

—Somos ocho inspectores más.

Rígida, la esposa de Fidel oteó la calle desde la mecedora.

—No te quiero preguntar nada. Me da miedo.

—Entonces, no lo hagas.

—Es tan espantoso que alguien busque hacer daño a otra persona… No tiene sentido. ¿A por quién iban?

—María, has dicho que nada de preguntas.

Fidel acabó, de un segundo trago, el vaso de leche. Luego, lo dejó dentro de un lebrillo de cobre.

—Esta noche tuve a un bebé entre mis manos —dijo, caminando hacia su mujer y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

María se llevó, horrorizada, tres dedos a la boca.

—¡No me digas que tiene algo que ver con ese asunto tan terrible de la bomba!

Él no contestó de inmediato.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿de quién es el pequeño?

—Has dicho que no me quieres preguntar nada, ¿recuerdas?

Fidel se volvió al dormitorio. Con un aguamanil, se limpió la cara y las manos. Luego, regresó al comedor, dio un beso en la frente a su mujer y salió a la calle, con la ropa de la noche anterior. Eran las doce del mediodía y solo había dormido un par de horas.

El apartamento de Vinicio, en el que vivía con su esposa y sus cuatro hijas, estaba a unos diez minutos del suyo. El edificio, de tres plantas, se aguantaba a duras penas. Cuando Fidel llegó, su compañero ya estaba despierto, esperándolo con un diario en la mesa.

—¿Te has enterado? No solo ha muerto el trapero —y golpeó el diario con una mano, como para subrayar el descubrimiento—: Una mujer... Más bien, una joven de la edad de mis hijas ha perdido el brazo. Eso cambia las cosas...

Vinicio había adoptado una expresión torturada que deformaba la comisura de sus labios. Fidel le agarró de los hombros y lo zarandeó.

—¿Qué cambia? Recuerda que esos malditos bastardos podrían habernos matado a ti o a mí.

—Esa pobre chica...

—Hemos detenido a unos cuantos anarquistas y tenemos a los dos Pablos. Ese par pagará por lo que ha hecho.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Confía en mí.

Vinicio asintió en silencio. Tenía el cuello magullado por el ataque que había sufrido la víspera, a manos de Paul Bernard.

—Ahora —le dijo Fidel—, acudamos a la cita. Nos están esperando.

II

La superficie pulida de la mesa mostraba emborronadas las siluetas de las personas allá reunidas. El gobernador civil, Nicolás Ojesto, acababa de ofrecer su caja de habanos a sus invitados, los inspectores Fidel Nogués, Vinicio Palacios y Daniel Freixa, el jefe de vigilancia.

—Vuestro supervisor me ha hablado muy bien de ustedes —les estaba diciendo Ojesto a Fidel y Vinicio—. Tengo entendido que han encontrado dos bombas en casa de un detenido.

Vinicio cogió un cigarro. Fidel rehusó.

—En realidad, es la redacción de un periódico anarquista —aclaró el primero.

—¿Qué periódico?

—*El porvenir anarquista* —contestó, alcanzando al vuelo la caja de cerillas que Ojesto le lanzaba.

—No lo conozco.

—No es nada conocido, señor. A decir verdad, solo han publicado dos números.

Vinicio procedió a encender el puro. Tenía mejor color de cara que cuando Fidel lo había visitado aquella mañana en su apartamento. Ojesto, el gobernador civil, preguntó a Freixa acerca de los detenidos del periódico y principales sospechosos del atentado de la Plaza Real.

—El primero es Paul Bernard —dijo el detective jefe—, un francés mujeriego que, algún día, fue zapatero. Ahora se dedica a bucear entre las piernas de toda clase de señoras y señoritas. De hecho, el domicilio en el que se le apresó es de una de sus conquistas, a la cual convenció para que le dejara instalar allí la redacción de su diario y la que se refiere como su esposa, pero no están casados. El segundo es italiano y se llama Paolo Schicchi. Este tiene estudios y proviene de una familia burguesa siciliana. Su padre también era o es anarquista. El último es un viejo conocido de la policía, Emili Hugas. Ya estuvo en la cárcel el pasado mes de mayo.

—Interesante —murmuró el gobernador civil.

—A los tres los teníamos bajo vigilancia —agregó Daniel Freixa—. Mis inspectores llevaban tiempo anotando sus costumbres.

—¿Y anoche? ¿Anoche estaban sometidos a vigilancia?

Freixa soltó el aire por la nariz.

—No podemos estar las veinticuatro horas encima de nuestros sospechosos. Necesitaríamos más efectivos.

La mirada que le lanzó Ojesto fue dura.

—En fin, ¿cuál es la hipótesis que manejan a estas alturas de la investigación?

—Creemos que los dos extranjeros actuaron coordinadamente con el muerto.

Ojesto se quedó un poco sorprendido:

—¿De qué muerto están hablando?

—El trapero que murió en la explosión.

—¿Están seguros de que el trapero participó en el atentado?

—Al hacer la exploración, el médico forense ha encontrado información contradictoria. No llevaba con él ningún documento identificativo, pero sí otro tipo de datos.

El gobernador civil le sostuvo la mirada cinco buenos segundos. Su rostro parecía esculpido en mármol.

—¿Y bien?

Fidel respondió:

—Puede que no fuera lo que suponíamos, señor.

—¿Por qué?

—Debajo de los harapos, han descubierto que vestía con camiseta interior y calzoncillos de punto.

—Naturalmente —continuó Freixa—, son prendas proscritas a alguien que se dedica al miserable oficio de recoger trapos y papeles en la calle.

Ojesto asintió pensativo. Vinicio sacudió la ceniza del cigarro bajo la mesa.

—También hallaron en los bolsillos de la chaqueta dos pastillas de jabón, un peine y cuatro lápices bien afilados de la marca Faber y de distinta dureza, 1, 2, 3 y 4, de los que habitualmente se usan para labores científicas o artísticas, además de pañuelos de grasa que despedían un fuerte olor a máquinas. —Vinicio se detuvo para fumar —. Todo ello hace pensar que trabajara en una imprenta, igual que Bernard y Schicchi.

Ojesto no pudo reprimir una risita:

—Vamos por buen camino, sí señor. Quiero que averigüen quien era el trapero.

III

La berlina, tirada por caballos, trepó el camino que conducía al castillo de Montjuic, la sólida fortaleza formada por tres baluartes que se alzaba sobre el cielo de Barcelona, en la actualidad convertida en Cárceles Nacionales. Viajaban, en el interior, el juez Mariano García Bajo junto al nuevo secretario que le habían asignado, el señor Vidal.

El coche alcanzó la cima y cruzó el puente de entrada que llevaba al patio de armas. Antes, el foso que rodeaba el perímetro de la plaza les guiñó el ojo desde las profundidades.

—Haremos un breve receso a la hora de comer —dijo el juez al cochero, una vez en tierra.

En el otro extremo del patio, les esperaba el teniente Portas. Cambiaron saludos y pasaron dentro.

—Estarán acompañados por un cabo y dos guardias. Cualquier cosa que necesiten solo tienen que pedírsela a ellos.

—¿Han logrado alguna confesión?

—Nada en particular. Al menos, nada en relación a lo del petardo. ¿Se encargará usted de la instrucción?

Habían entrado en una sala desnuda, pertrechada únicamente con una mesa de madera y tres sillas. El techo era abovedado y las paredes habían adquirido el color de la miseria. El secretario ayudó al juez a desprenderse de la capa y del sombrero de copa, mientras este respondía al teniente en tono irónico:

—Han creado un juzgado especial para la ocasión, de modo que ahora soy el juez especial.

El teniente Portas sacó a relucir media sonrisa. Acto continuo, llamó al cabo y le dio instrucciones:

—Que el juez especial y su secretario estén bien atendidos.

—Sí, señor.

García Bajo pidió al cabo que les dieran diez minutos de margen y que luego fueran a buscar al primer interrogado de la mañana, que sería Paul Bernard.

Al mismo tiempo, el secretario Vidal iba extendiendo documentos

por la mesa. García Bajo se colocó un monóculo en el ojo izquierdo y repasó los papeles, bajo el haz de luz que penetraba por la ventana enrejada que había a su espalda.

—¿Dónde están los sumarios que nos han enviado de Universidad?

Vidal se los entregó. García Bajo los leyó mentalmente.

Paul Bernard llegó encadenado y empujado por dos guardias civiles. Tenía los ojos amoratados y el labio hinchado. No dio los buenos días; lo amarraron con grilletes en la silla y le tiraron de los cabellos para que mirara al juez.

García Bajo empezó con las formalidades:

—Nombre.

—Paul.

—Nombre completo.

—Paul Bernard.

—Edad.

—Treinta y uno.

—Lugar de nacimiento.

—Lyon.

—Oficio.

—Zapatero.

—Señor secretario —dijo el juez, elevando la voz—, tome nota de la siguiente descripción. Altura: metro setenta y cinco. Peso: unos setenta. Hombros anchos y complexión atlética. Ojos color gris, nariz roma y boca mediana. Mentón fuerte; orejas pequeñas. —Por un instante, calló—. No hay marcas en la cara. Rostro cuadrado. Pelo abundante de un color rubio trigo.

Paul Bernard hizo ademán de alargar la mano, pero la cadena que le sujetaba la muñeca se lo impidió.

—¿Qué quieres? —le preguntó García Bajo.

—Me pica la nariz.

—Tendrás que aguantarte.

García Bajo echó un vistazo a sus numerosos papeles.

—Estás acusado por un delito de provocación al delito de sedición. Hace unas semanas estuviste repartiendo proclamas anarquistas en una avenida. También se te acusa de coacciones por intentar que los obreros de una fábrica de calzado no acudieran a sus puestos de

trabajo e hicieran huelga. Y hará unos meses atentaste contra dos agentes de la autoridad, provocando lesiones a… —buscó un momento — la señora Margarita Geribas, ataques cometidos entre la calle Aribau y Diputación…

—¿Algo más?

La voz de Paul parecía emerger de unas catacumbas. García Bajo enderezó las orejas.

—Hace dos noches, en un registro en su domicilio, hallaron dos bombas de pera.

—Expliqué a la policía que las había encontrado en la calle.

—Se dará cuenta de que su coartada no resulta nada creíble.

—No es mi problema, señor.

García Bajo sonrió e hizo un gesto con la mano abarcando el espacio.

—Es evidente que sí lo es.

En los dos minutos que les sucedieron, mantuvieron sus bocas selladas. Transcurrido ese tiempo, García Bajo reanudó la conversación.

—¿Era la primera vez que tenía una bomba entre sus manos?

—¿Por qué lo duda?

—Está aquí para responder, en ningún caso para formular preguntas al juez instructor —le avisó.

Paul levantó otra vez la mano con la intención de rascarse la nariz, y otra vez la cadena le recordó donde estaba.

—Cuando recogí las bombas no sabía qué cosas eran. Pensé que quizás tendrían algo de valor.

—¿Pegaste a un inspector?

Paul bufó, mirando con aire impaciente al techo.

—Fue en legítima defensa. Él me sacudió primero. Apuesto a que su perro fiel obvió esa parte.

—En el bolsillo de tu abrigo, los agentes encontraron un puñal florentino.

—Era para cortar carne —la sonrisa que esbozó quedó deformada por su labio inflamado.

—¿Te das cuenta de la gravedad de los hechos?

Paul rectificó.

—Perdone. Lo llevo para protegerme, por si tengo un altercado. Barcelona puede llegar a ser una ciudad peligrosa, a la altura de *Marseille*.

—¿Qué haces en Barcelona?

—Dirijo un periódico.

—¿Cómo se llama?

—El porvenir anarquista. Es un periódico con proyección internacional. Está editado en tres idiomas; yo me encargo de la parte francesa, *évidemment* —dijo, observando al secretario como escribía.

—¿Quiénes forman parte de la redacción?

—Emili, Paolo y yo.

—¿Cómo conociste a Emili Hugas?

—Él estuvo viviendo en la villa de Gracia. Fuimos vecinos; tenemos intereses comunes.

—¿El anarcocomunismo?

Paul disintió con un movimiento de cabeza.

—Emili, a parte de ser un tipógrafo excelente, es un sastre extraordinario. Y yo soy… ¿cómo se dice aquí? Vanidoso.

García Bajo ignoró este último comentario.

—¿Tienes problemas con la justicia de tu país?

Paul dijo que sí y aclaró:

—La justicia de mi país es injusta, como la de España. Ese el problema que tengo con la justicia de mi país.

—Me consta —prosiguió el juez, ignorando el comentario— que te arrestaron una vez, estando ya en Barcelona, por indicación del consulado de Francia.

—Me soltaron por falta de pruebas. No tenían nada contra mí.

—De manera que no es cierto que huyas de la justicia de tu país.

—En absoluto.

—¿No has formado parte, en ningún momento, de un grupo de anarquistas terroristas conocido como *Los Vagabundos*?

Paul arrugó el entrecejo y se echó a reír.

—Nunca —repuso, más serio.

—¿Por qué has pernoctado en diferentes domicilios en los últimos tres meses?

Desapareció cualquier rastro de sonrisa en su cara. No obstante, enseguida se recuperó.

—Tengo amigas. No creo que sea un delito.

—Presumes demasiado de tus vicios.

—*Je ne comprends pas.*

—¿Recibías algún tipo de correspondencia en estos domicilios?

—No sé de qué domicilios me habla.

El juez García Bajo le hizo una relación detallada de las viviendas. Nombre de la calle, piso, puerta y propietario. Paul bajó la cabeza y tiró de la mano todo lo que pudo. Estiró la muñeca lo suficiente para rozarse la punta de la nariz con el dedo meñique.

—A mí no me escriben cartas, señor juez —fue la respuesta que dio a la pregunta.

—¿Dónde estaba en el momento que se cometió el atentado de la Plaza Real?

—Paseando.

A la hora y media de indagatoria, García Bajo pidió que se lo llevaran.

Paolo Schicchi fue el siguiente. Se mostró mucho más comedido que su compañero. Su piel presentaba un color blanco anómalo, detrás de su desaliñada barba.

Tosía con bastante frecuencia.

Pese a las rogativas del magistrado, apenas sí contestó a las preguntas más básicas: nombre, apellido, lugar de nacimiento, profesión…

—¿Dónde estaba el pasado nueve de febrero sobre las siete de la tarde, hora en la que se produjo el atentado?

—En la taberna Gran Gracia, puede comprobarlo cuando quiera. Estaba con mi amiga Maria Margales y otros muchos colegas.

—¿Sabías que Paul Bernard guardaba dos bombas en la redacción del periódico?

—Paul sabe lo que se hace —dijo.

No añadió mucho más. Al cabo de treinta minutos, habían acabado.

—Gracias por no servirme de nada. Ya pueden arrojarte a tu celda.

El cabo mandó a los dos guardias que lo prendieran. Paolo ofreció resistencia. Antes de que cruzaran la puerta, el detenido pidió

desesperado que dejaran decirle algo más al señor juez. García Bajo se inclinó sobre la mesa, intrigado.

—De acuerdo. Esperen.

Los guardias obedecieron. Paolo se aclaró la garganta.

—Me ha preguntado antes por el atentado en esa plaza. Yo sé quien fue la responsable. La conozco.

—¿Ah, sí? ¿Es una mujer?

—Sin duda, la más hermosa de todas.

—¿Dónde vive?

—Esa cuestión es más difícil de responder.

—¿No tiene domicilio fijo?

—Digamos que se va con todos los hombres que la abrazan.

—¿Tiene muchos amantes? —sugirió el juez.

—No es de nadie, y a la vez de todos. No puede poseer ni la pueden poseer completamente.

García Bajo chasqueó la lengua con gesto impaciente.

—Al menos, recordará su nombre.

—Sí. —Paolo sonrió complacido—. Se llama Libertad.

El juez no pudo disimular su decepción. Tomó el monóculo y fingió estudiar los sumarios, no sin antes hacer una seña a los guardias para que se lo llevaran. Paolo continuó hablando:

—Cuando los siervos descubran que son libres, cuando todos los débiles que hay en la faz de la tierra desobedezcan a sus amos, dejarán de caer bombas. Mientras, habrá que remover conciencias; habrá que derribar muros; habrá que hacer poderosos a los súbditos para que se den cuenta de que todos somos iguales. La burguesía debe oír este clamor: ¡no nos detendremos! Puede que hoy caiga yo, pero mañana vendrá otro. La lucha no termina aquí. ¡Ni oprimidos ni opresores! ¡Libertad para todos los seres humanos! ¡Libertad!

Las voces se extinguieron por el pasillo, aunque el eco de sus palabras permaneció en el aire durante varios minutos.

IV

El cura avanzaba cabizbajo por el pasillo húmedo de la cárcel mientras los reclusos se acercaban a la puertas enrejadas. Algunos alargaban la mano para tirarle de la sotana, otros lo escupían y la mayoría lo insultaba. Finalmente, se detuvo ante una puerta. En esta ocasión, su ocupante no mostró reacción alguna: ni positiva ni negativa.

El padre Gabriel esperó, paciente, a que el carcelero llegara por su espalda y abriera el cerrojo. Una vez en el interior de la celda, dejó que echara la llave y se dirigió a un banco de piedra, donde se sentó. Paul Bernard estaba al otro lado del cubículo, ovillado en un rincón y envuelto en una capa de oscuridad.

—¿Qué quiere, hermano? —le dijo Gabriel.

Bernard aguardó unos segundos, antes de contestar.

—Vamos a dejarlo claro: no soy tu hermano. No tenemos nada en común. Puede que tu disfraz sirva a otros, pero no a mí.

Gabriel titubeó:

—Lo siento, pero he entendido que quería hablar conmigo.

Bernard se levantó del suelo y se le aproximó:

—Así es. Quiero hablar contigo, siempre y cuando no me llames hermano.

—Entonces, no lo haré —contestó Gabriel con el rostro acerado.

No estaba acostumbrado a tratar con gente que presentara ese nivel de hostilidad, pero *a peores pruebas tuvo que enfrentarse el Señor*, se decía para infundirse valor. Desde que había empezado a acudir a la prisión aquel era el pan de cada día. Por otro lado, estaban los abusos y torturas que sufrían los reclusos. De algún modo aquello explicaba, en parte, el carácter agresivo y taciturno que mostraban y, en definitiva, era el motivo por el que Gabriel sentía que tenía que desarrollar su misión en aquel lugar. *Ellos también son criaturas del Todopoderoso*, contestaba a quienes se extrañaban por cómo empleaba su tiempo.

Paul Bernard era una de aquellas criaturas y había sido brutalmente vejada y golpeada. Su cara parecía una máscara de dolor.

—Voy a ir rápido. Eres la única persona con la que me dejan hablar —sostuvo.

—¿Por qué?

—¿Sabes de qué me acusan?

Gabriel asintió en silencio.

—Entonces, no hará falta que conteste... —repuso Paul, huraño—. Lo que quería decirte es que no puedo confiarme a nadie más. ¡Menuda paradoja! ¡Un anarquista como yo solo puede confiarse a un cura!

—¿Quieres confesarte? —aventuró Gabriel.

Paul Bernard sonrió. Era una sonrisa grotesca, tal y como se reflejaba en su rostro amoratado e hinchado. Se sentó al lado de Gabriel, conservando las distancias en todo momento.

—No me has entendido... ¡He dicho que quiero confiarme, no confesarme!

—Ah —balbució Gabriel—. ¿Qué quieres confiarme?

—El cuidado de una persona.

—¿Esa persona consentirá?

—Ella no es como yo..., quiero decir que no tiene las mismas convicciones que yo ni guarda la misma opinión sobre los curas que yo. Digamos que tolera mejor las sotanas. Hablo de mi pareja. Se llama Adela y está embarazada. Voy a ser padre.

Gabriel encajó la noticia con cierta sorpresa.

—Necesito que la ayudes —dijo Paul Bernard—. Ya sabes..., quiero que le prestes un poco de eso que llaman caridad cristiana. A parte de estar embarazada tiene un bebé y está sola en la ciudad.

Gabriel volvió a mover la cabeza en sentido afirmativo. Sin pretenderlo, sus labios habían dibujado una tenue sonrisa, lo suficiente para que Paul Bernard la percibiera.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—No es nada malo. Simplemente..., me sorprende que me pidas ayuda, solo es eso. Me resulta raro que no tengas amigos a los que confiarte y acudas a mí. Al fin y al cabo, debo representar lo peor para ti: el enemigo a batir, según tus ideas políticas.

—Creo haberlo dicho antes —gruñó Bernard—. No me siento cómodo pidiéndote este favor.

—En ese caso no me lo pidas. Por otro lado, exijo que me trates de

usted, y yo haré lo mismo contigo.

La coraza de Paul Bernard se resquebrajó un poco. Por un momento, se sintió inseguro, al contrario de Gabriel que parecía súbitamente henchido de coraje y resolución.

—De acuerdo —dijo el anarquista—. Acepto hablarle de usted. Olvidaré esa sotana que lleva y la cruz que cuelga de su cuello.

—Entonces, ¿quiere que le ayude? —retomó Gabriel, en tono apaciguador.

—Sí... Los pocos amigos de verdad que tengo en la ciudad están apresados como yo; debe saber que llevo apenas dos años en este país, y menos de uno en Barcelona. Por añadidura, no puedo confiarle a Adela a otros que presumiblemente se hacen llamar mis amigos. Entiéndame, ella es demasiado hermosa —evocó con una sonrisa—. Tiene unos ojos de un negro aterciopelado y un cuerpo de infarto. Cualquier hombre estaría dispuesta a ayudarla, pero no sin intenciones. En cambio, usted...

—¿Yo qué? —insistió Gabriel.

—Usted es cura y..., además, católico. ¿No lo tienen prohibido? Ya me entiende...

—Le entiendo —afirmó Gabriel.

—Hubiera preferido que fuera más viejo. Me imaginaba que el cura que iba a venir sería una momia, un cadáver andante.

—Convendrá conmigo que es mejor, para sus propósitos, que yo no sea un cadáver —comentó Gabriel beatíficamente.

—Sí, pero hubiera sido un acierto que fuera algo más mayor y feo, ¡que tuviera un defecto!

—Tengo muchos defectos —confesó Gabriel casi riendo.

—Sí, por supuesto. El mayor de todos es que es cura.

—¿Pero en qué quedamos? —preguntó Gabriel en tono jocoso—. Hace poco decía que eso, lejos de ser un defecto, era una virtud.

Paul Bernard sonrió. Particularmente, ese cura le estaba cayendo simpático.

—¿Me ayudará?

—Lo haré —confirmó Gabriel—. Sin embargo, me gustaría saber si se arrepiente por lo que ha hecho.

Paul Bernard se levantó del banco, como galvanizado por aquella cuestión.

—¿Se refiere a la bomba? No puedo arrepentirme de nada de lo que no he hecho.

—¿Usted no ha participado en el atentado?

El tono de Paul Bernard iba creciendo en belicosidad. Sus manos se agitaban crispadas en el aire.

—¿Cree que voy a contestarle que sí? Llevan días dándome una paliza tras otra y no han logrado que diga lo que se proponen. ¿Acaso ellos le han pedido que me interrogue?

—¡No! —exclamó Gabriel.

—¡Júrelo!

Gabriel respondió lo más firme que pudo:

—No.

—Entonces, ¿a qué viene esa pregunta nada inocente?

—No pretendía insinuar su implicación en los hechos. Únicamente, quería conocer su... naturaleza.

—¿Mi naturaleza? *¡Je suis innocent!* —Bernard se detuvo e intentó tranquilizarse—. Nunca pondría una bomba en una plaza en la que puede haber gente de la clase obrera. ¿Cree que no sé hacer una guerra? Se lo vuelvo a decir, cura: yo no he colocado la bomba.

Permanecieron callados unos segundos. Al cabo, Gabriel preguntó:

—¿Eso es todo? ¿Puedo ayudarle en algo más?

—Es suficiente por hoy, ¿no cree? Adela es una mujer fuerte, pero no le irá mal su ayuda. Este invierno está siendo duro.

—¿Quiere que le deje algún recado de su parte?

—Dígale que estoy bien y que no se preocupe por mí. Me reuniré con ella en cuanto estos señores tan amables se cansen de mi compañía. Si necesita dinero, dígale que puede vender algunos muebles de la redacción.

A continuación, le dio las señas de su domicilio.

—¿Lo recordará?

Gabriel lo miró de soslayo, al tiempo que intentaba endurecer la voz:

—Puede que para usted sea un maldito cura, pero no soy idiota.

Paul Bernard sonrió y Gabriel llamó al carcelero para que le abrieran la celda.

—En serio, haré lo que esté en mi mano para ayudar a Adela —

fueron sus últimas palabras, a modo de despedida.

V

Los ropavejeros, mendigos y traperos fueron desfilando, uno a uno, ante el hoyo. Se paraban un segundo al borde y se asomaban al fondo del agujero con sus caras filosas y tristes, donde yacía el muerto.

Absolutamente, nadie lo identificó.

Hasta el Cementerio Nuevo, llegó un fotógrafo con el que había contactado la policía. Necesitó media hora para sacar sus cachivaches del coche y otra media para instalarse frente a la tumba. Al ver el fiambre y sentir el miasma que desprendía el cuerpo, el tipo frunció el ceño.

—No esperaba que estuviera en tan mal estado. ¡Qué espectáculo tan desagradable! Tu compañero me dijo, cuando estuvo en mi estudio, que creíais que era francés o inglés. Yo aquí no puedo reconocer ni tan siquiera a un ser humano.

Fidel y Vinicio, que vigilaban la fosa, no contestaron y el fotógrafo, de muy malas maneras, se vio forzado a realizar su trabajo sin hacer, en adelante, más comentarios.

Mientras éste hacía su trabajo, Vinicio se llevó a Fidel a un aparte.

—Todo esto me parece una tontería, una pérdida de tiempo. ¿Qué demonios estamos haciendo?

—Hay que seguir con las instrucciones que nos han dado. Tanto el juez como el gobernador quieren que se haga, ¿quiénes somos nosotros para contradecirlos?

—¿Y qué hay de Freixa? ¿Qué dice el jefe?

—Él les sigue el juego, como nosotros.

—Esto no pinta bien. Y la prensa no para de hablar del tema. ¿Has leído *La campana de Gràcia*? Hay un artículo que firma un tal Andrés Mayol donde explica con pelos y señales todo lo del supuesto trapero.

Fidel estaba de acuerdo. Había algo en el silencio de los cementerios que lo ponía nervioso; no quería pasar más rato en aquel lugar.

—Paul y Paolo han puesto la bomba, no hay más que hablar. Lo demás es una pérdida de tiempo.

—Pero esos tipos son duros, no confiesan de ninguna de las maneras. Llevamos cuatro días apretándoles las tuercas y, por más que insistimos, no firman una confesión.

Fidel cabeceó unos segundos:

—Entonces, tendremos que encontrar el modo de que lo hagan.

Capítulo 4

María y Adela

I

La bomba estalla en la Plaza Real.

Durante la madrugada del 9 al 10 de febrero, las enfermeras habían estado entrando repetidas veces a la habitación de aquella joven que había perdido el brazo, llamada María Rosa, para comprobar su constantes vitales y administrarle los medicamentos que requería.

Por la mañana, revisaron que no hubiera sangre fresca en la venda que comprimía la herida del brazo amputado y curaron las heridas superficiales que tenía en vientre y muslo. Constataron, en general, que su estado de salud no hubiese empeorado.

A las nueve, una de ellas, pecosa y rubicunda, dejó la bandeja con el desayuno sobre la cama.

—Come un poco, mi niña. Te sentará bien.

Pero a la hora, la retiraron sin que ella hubiese probado bocado. Tenía los ojos clavados en el techo, inexpresivos y brillantes como cuentas de vidrio.

Más o menos, por aquel entonces, fueron llegando los primeros visitantes. Lo hacían acompañados en pareja o en grupos pequeños de tres o de cuatro. Llevaban consigo ramos de flores; lucían buenos abrigos, sombreros de copa, barbas cuidadas, ropa planchada. Daba la impresión de que la joven no conocía a ninguno de ellos. Pasaban y, tan rápido como aparecían, se esfumaban, llenando con sus flores la habitación, depositándolas a los lados de la cama y a los pies de la misma.

—Es un placer conocerla, María Rosa.

—Es usted un ejemplo de fortaleza.

—No tema, las instituciones están de su parte. Le haremos justicia, María Rosa.

A eso de las doce, la joven recibió una visita muy diferente a todas las demás. Al contrario de las otras, esta venía sola y era una mujer. Por otro lado, daba la impresión de que, de verdad, compartía su dolor y estaba emocionaba. En sus ojos brillaba una constelación de lucecitas y en su piel se imprimían arrugas de sufrimiento.

En los ojos de María Rosa hubo un destello de reconocimiento, pero lejos de celebrar la llegada o saludarla permaneció más emboscada en su silencio. La recién ingresada la cogió de la única mano que ahora tenía, la derecha, y se la acarició de tal modo que se diría que amasaba sus dedos, como si de alguna forma tratara de comunicarse con ella con un lenguaje más preciso y efectivo que el de las palabras.

Palabras. Palabras que, por otra parte, no salían de su boca, que morían en su garganta antes de nacer o que alumbraban débiles, tanto que ni se oían ni tenían forma. No había palabras. La mujer no encontraba las palabras. Por eso apretaba su mano, por eso no quería soltarla. Las lágrimas no fueron más que la constatación de aquella impotencia indefectible.

—En cuanto me he enterado, he venido —consiguió expresar, pasados unos minutos, de un modo casi líquido.

Y María Rosa la observó con sus labios incoloros temblequeando, con una mirada penetrante que se deshacía a cada momento, que vibraba.

Se arrastraron por el suelo enlosado unos segundos que parecieron eternos.

—He ido a la tienda de papeles pintados —dijo la recién llegada, al fin—. Tu jefe, ese horrible hombre, me quería echar de muy malos modos, el muy grosero. Le he dicho que era tu hermana y, entonces, ha tenido algo más de conmiseración. ¿Cómo te encuentras?

María Rosa bajó los párpados. Una lágrima gorda se desprendió de la comisura de uno de sus ojos.

—Víctor me habló anoche de la explosión —continuó la hermana —. De corrido. No teníamos ni idea de que te hubieras visto afectada. Esta mañana ha venido una vecina. Me ha dicho que una de las heridas se llamaba María Rosa Cardona. *¿Por casualidad, no será tu hermana?* Me he quedado helada hasta los tobillos. —Se interrumpió por espacio de medio minuto. María Rosa seguía con los ojos cerrados —. Luisa relájate, me he dicho, y he salido a aclararlo todo. Tenía la esperanza de que no fueras tú, naturalmente. Y tu jefe… Tu jefe es un ser abominable. Que si tengo mucho trabajo, que si no puedo atenderte, que si ya tengo suficiente con que tu hermana no haya podido venir, que si ya me han estado molestando toda la mañana tipos preguntándome por ella. Un hombre que estaba allí, y que he supuesto era un cliente, se ha compadecido de mí y me ha acompañado afuera. Estaba al corriente de tu historia, había leído el periódico y sabía bien donde estabas. De manera que me ha traído hasta la puerta.

Luisa calló y esperó a que su hermana se pronunciara. Ya no acariciaba tanto su mano. Y se le veía más recobrada.

—Podría haber sido peor, María —opinó, al cabo—. Tienes mal aspecto, aunque no es nada que no pueda solucionarse con un poco de amor. Cuando los médicos digan que estás bien, te vendrás con nosotros al piso. No te preocupes por el espacio, ya nos apañaremos. Los niños pueden dormir con nosotros y tu en la habitación de ellos. —Acarició sus cabellos y apartó los mechones de la frente—. Podrías haber muerto.

María Rosa abrió los ojos y rompió su silencio con una voz del tamaño de un garbanzo.

—Si estuvieses en mi lugar, no dirías esas cosas.

—Cariño… —repuso Luisa, paciente—. Eres mi hermana pequeña, cómo no te iba a entender. Te repondrás, no lo dudes, y seguirás con tu vida. ¿Cómo se llama ese joven que tanto te gusta?

Algo de lo dicho provocó una reacción defensiva en la joven, que cegó, de nuevo, su mirada.

—Llora, si lo necesitas —le aconsejó Luisa.

—No.

—A pesar de que ahora te sientas triste y no creas en un mañana, lo habrá y tu dolor formará parte del pasado.

María Rosa abrió los ojos anegados. Se mordió el labio. Quería decir algo, pero cada vez que lo intentaba se estrechaba aún más el lazo que apretaba su delgado cuello.

En un momento dado, Luisa miró descuidadamente a su hermana, atisbando una anomalía en su cuerpo. Se volvió para observarla con atención.

¡Sí, estaba allí! El diámetro de sus pupilas indicaron que lo había visto, por vez primera. Sin decir nada, Luisa rodeó la cama. Cuando el hemisferio izquierdo de su cuerpo estuvo en línea con el de ella, ahogó un grito inarticulado en su mano.

—Ahora entiendo la cara de mi vecina y la de aquel anciano —dijo, entonces.

El cristo que colgaba de la pared, tallado en madera, también parecía triste.

—Quiero irme de aquí —dijo María Rosa.

Luisa tardó en darse cuenta de que estaban hablando con ella.

—Nos iremos. Cuando estés bien.

—No puedo esperar.

—Claro que puedes, mi vida.

—Me ahogo aquí —dijo, elevando la vista hacia el techo, con la voz constreñida en la nuez.

Luisa se acercó a ella por el lado del brazo mutilado. Un vacío doloroso ocupaba aquella parte.

Donde antes había habido huesos, venas y sangre, ahora nada. Donde había habido músculos trenzados entre sí y articulaciones bajo una piel de centeno, sana y blanca, ahora un recuerdo transparente. Ni codo, ni antebrazo, ni manos, ni dedos. Todo destruido. Desbaratado. Tan solo un muñón escondido tras unas vendas, abrumado ante la idea de asumir aquella nueva realidad.

Luisa quiso tocarla, pero a medio camino encogió la mano, galvanizada por el horror.

—Llévate todas esas flores —dijo María Rosa—, no las quiero.

—¿Quién te las ha traído?

—No los conozco. No las quiero.

—De acuerdo, me las llevaré.

Luisa luchaba por contener sus lágrimas.

—Estoy contigo, hermanita. No te dejaré ni un segundo sola.

—No seas boba. Tienes que cuidar de tus hijos y de tu marido.

—Iré a visitar a la tía Justa. Estaremos contigo.

María Rosa tragó saliva. Tenía la boca seca y los labios pálidos agrietados.

—El chico que me gusta se llama Ramón —dijo con una voz débil, parando a cada momento—. Ramón Angelats. Estaba conmigo en la plaza. Averigua cómo se encuentra.

—Lo haré, si es eso lo que deseas.

—Sí, lo deseo —contestó María Rosa—. Si está vivo…, si está vivo, evita que me vea.

II

Luisa salió desorientada de la habitación en la que estaba ingresada su hermana. Si bien sabía que estaba en un hospital, no recordaba ni el pasillo ni las salas que había cruzado antes de visitarla a ella. Necesitó unos minutos para recuperarse y ser capaz de avanzar hacia la salida.

Una vez en la calle, un hombre joven, de la edad de María Rosa, la abordó por la espalda. Luisa estaba a punto de llorar, y si no lo hacía era porqué quería evitar hacerlo a la vista de todo el mundo.

—¿Ha estado con María Rosa?

Luisa examinó a aquel individuo con los ojos vidriosos. Era un poco más alto que ella y, para lo que eran sus cánones, vestía de un modo elegante, aunque desaliñado. Tenía la mandíbula superior salida y la mirada esquiva de las personas introvertidas y a la vez apasionadas. Concluyó que debía ser Ramón Angelats, el pretendiente de su hermana. ¿De quién, si no, podría tratarse? Además, se veía que tenía la ropa manchada de sangre; él también había estado la víspera en la plaza.

—¿Eres Ramón?

—Entonces, ¿has hablado con ella? —preguntó él con un tono de voz encendido.

—Sí. ¡Soy su hermana!

—¿Cómo se encuentra?

—Bien... —Luisa ahogó sus palabras al fondo de la garganta—. En realidad,.... no sé si haría bien diciéndotelo.

—¿Cómo te llamas?

—Luisa.

—Luisa —dijo el joven—, quiero saberlo todo.

Parecía tan buena persona, se decía Luisa. *El pobre parece tan enamorado de mi hermana...* Le entraron, de nuevo, ganas de llorar y desahogarse.

—Ha perdido el brazo —confesó y permitió que él la abrazara un instante.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas sobre tu hermana?

Aquel interrogante dejó a Luisa desconcertada. Había sonado demasiado frío y distante en los labios de una persona que acababa de enterarse de que su prometida había sufrido tan graves daños.

—¿Qué clase de preguntas?

—Preguntas acerca de tu hermana.

Luisa sorbió los mocos y miró al joven con dureza.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

El hombre paseó los ojos por la soleada acera. Era un signo de crueldad que luciera una mañana tan cálida y buena después de lo que había pasado con su hermana. Lo mismo le parecía la actitud de aquel tipo, tan desafecto al encajar una noticia de tales dimensiones.

—¿Quién eres? —le repitió.

—Me llamo Andrés Mayol. Soy periodista del semanario *La campana de Gracia*.

—¿Eres un periodista?

De los ojos de Luisa, saltaban chispas de fuego. Estaba, enormemente, disgustada: con Andrés y consigo misma. ¿Como había podido ser tan ingenua y haberle revelado tanta información de buenas a primeras a un desconocido? Sentía un cúmulo de emociones mezclándose en su estómago y creía que iba a perder la consciencia.

—Eres un canalla —consiguió reunir aquel pensamiento y decirlo, antes de caer al suelo.

Andrés la sujetó e impidió que se golpeara contra la acera. Una pareja acudió a ayudarlos, pero Andrés les dijo que no hacía falta. Al momento, Luisa recobró el sentido.

—Tendrías que habérmelo dicho.

Andrés intentó disculparse.

—Lo siento. Me he expresado mal... Soy periodista, pero en ese momento no me dirigía a ti como uno de la profesión. Quiero decir que, realmente, me preocupaba por tu hermana. Anoche fui uno de los que la trajo al hospital.

Luisa cambió el semblante al escuchar aquella revelación. Su mala conciencia se debilitó y empezó a mirar a aquella frágil silueta con cierta simpatía.

—¿De verdad la salvaste?

—No sé si la salvé —aventuró Andrés.

—Por lo menos sigue viva —comentó Luisa a media voz—. Sin embargo, ¿cómo puedo estar segura de que no me mientes?

—Esta sangre pertenece a tu hermana —le indicó Andrés, señalándose la chaqueta ensangrentada.

—No es prueba suficiente. Toda la sangre es igual.

—No estoy herido, no es mía.

—Pero podría ser de cualquiera.

Andrés se quedó en blanco.

—Alguna enfermera te lo podría corroborar —replicó al instante—. Además, como prueba de amistad y a modo de disculpa sincera, podría conducirte hasta Ramón Angelats.

A Luisa aquello último la sedujo.

Media hora más tarde, Andrés Mayol se descubría la cabeza al ingresar en una modesta vivienda de la calle Graciamat. El dintel estaba demasiado bajo, por lo que tuvo que encogerse. Detrás suyo, venía Luisa Cardona.

—¿Cómo está su hijo? —preguntó al anciano que les recibió.

—Todavía duerme.

El gesto de Andrés denotaba empatía.

—Le presento al padre de Ramón Angelats —dijo el periodista a Luisa—. Ella es la hermana de la prometida de su hijo —explicó a continuación al viejo.

Los dos se saludaron. El padre de Ramón fue el primero en intentar tejer una conversación:

—Ramón y su hermana se habían sentado en un banco de la plaza, unos instantes antes de estallar la bomba. Un guardia condujo a Ramón, lo más rápido que pudo, a una farmacia cercana en la que fue atendido de sus heridas y, de allí, lo trajeron a casa. —El hombre hizo una pausa—. ¿Y su hermana? ¿Cómo se encuentra?

—Está recuperándose —contestó Luisa y miró a Andrés, como buscando un bastón en el que agarrarse.

—Ella ha sufrido una grave herida —dijo el periodista.

—Le han amputado el brazo —continuó Luisa.

El viejo intentó no mudar la expresión, pero pudo notarse un vaivén de emociones atravesando su cara llena de arrugas.

—Ramón me ha hablado bastante de ella, de María Rosa. Ha pasado mala noche, no dejaba de repetir su nombre —informó el

padre, consumido por la preocupación. Sus ojos indicaban que él tampoco había dormido bien. Los tenía hundidos en una cara masacrada por el cansancio. Andrés y Luisa también estaban al límite de sus energías—. Siento que nos hayamos conocido así.

—¿Él está mejor de sus lesiones? —preguntó Andrés.

El señor Angelats alzó los hombros.

—Se ha librado de una buena. Después de todo tenemos que dar gracias a Dios, pero mi mujer no hace más que llorar y lamentarse.

—Naturalmente —comentó Andrés.

El recibidor estaba conectado con el comedor y la cocina, sendas dependencias unidas en una sola pieza. El dormitorio de Ramón Angelats se hallaba en el otro extremo de la habitación. La puerta estaba entornada y a través de ella les llegaban los sonidos de alguien sollozando.

—¿Dónde está su otro hijo? —preguntó al padre, por miedo a importunarlo con una nueva pregunta acerca del que estaba herido detrás de aquella puerta, sobre un jergón.

—Ha ido a disculparse ante su patrono. Hoy Ramón tenía que presentarse en el puerto con su hermano. Llegaba un buque cargado de algodón, procedente de Estados Unidos, que iban a descargar.

—Entiendo.

Andrés había conocido al hermano, también, la noche anterior. No había cesado de desempeñar su labor periodística desde hacía horas.

—Lo que más temo es que quede afectado a raíz de este accidente —dijo el padre.

—Ahora no se preocupe por eso. Concéntrese en procurarle los cuidados que necesita para que se recupere.

—¿Y si queda impedido?

—Los que le atendieron en la farmacia dijeron que la herida no revestía gravedad.

—Pero está en un lugar muy delicado.

—Le ha alcanzado la cintura —explicó Andrés a Luisa.

—Sé que hubiera sido peor una mano o un pie, pero en fin... —el padre se dio cuenta de que había sido desconsiderado al hacer aquel comentario en presencia de la hermana de María Rosa—. Tienen que atrapar a esos bandidos.

Aquel hombre tenía el aspecto debilitado por los muchos años de

fatiga y, por añadidura, ahora le tocaba someterse a aquel desafortunado incidente.

—Esta mañana se han acercado algunos vecinos para darnos ánimos. Y ahora usted —dijo dirigiéndose a Luisa—, con su visita, nos colma de dicha. Ramón quería presentarnos a María Rosa formalmente. Sé que su padre no vive aquí, que, en Barcelona, solo la tiene usted y a una tía.

El señor Angelats hacía esfuerzos por no echarse a llorar y Luisa estaba a punto de sucumbir con él. Andrés Mayol experimentó una insoportable y súbita sensación de incomodidad.

—Todo volverá a la calma. Tranquilícese.

—Él era un muchacho sano, con toda la vida por delante, igual que María Rosa. Tendría que haberme ocurrido eso mismo a mí y no a ellos… La vida es injusta, señor mío. Muy injusta. Al menos, encontraré la paz si la policía atrapa a esos canallas.

—Anoche, la policía detuvo a unos cuantos sospechosos. Es solo cuestión de tiempo que todo se esclarezca.

El padre levantó los ojos humedecidos y con ribetes rojizos. Apretaba los labios en una mueca dolorosa. Andrés se vio forzado a desviar la mirada. La tristeza le sacudía el esternón, fuertemente. Le daba unas coces insoportables en el pecho.

—¿Quién anda ahí?

La voz era débil y procedía del dormitorio. Ramón Angelats se había despertado. Andrés se volvió hacia Luisa.

—¿Quieres conocerlo ahora?

Luisa interrogó al padre con la mirada.

—Adelante. Pase y dígale que María Rosa sigue con vida.

—Ella no quiere que él sepa toda la verdad. Solo me pidió que averiguara cómo se encontraba.

Nadie contestó. Por fin, Luisa se animó a entrar al dormitorio.

La madre estaba a los pies de la cama, rezando. Ni siquiera levantó la vista cuando Luisa cruzó la puerta. En cambio, Ramón la miraba fijamente. El joven tenía mal aspecto, pero no tanto como para desmerecer su natural belleza.

—¡María! ¡Eres tú!

Luisa se cubrió el rostro con la mano.

—No, yo no soy María.

—No me engañes —parecía que la fiebre consumiera a Ramón y delirara.

La madre dejó de rezar y se acercó a su hijo mientras reprobaba a Luisa con la mirada. Luisa retrocedió sobre sus pasos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Andrés en cuanto la vio aparecer, nuevamente, ante sus ojos.

Luisa no respondió. Se dirigió como una exhalación hacia la salida. Andrés se despidió del señor Angelats y fue tras ella.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntarle, una vez la alcanzó en la escalera.

—No puedo soportarlo —confesó—. Es todo tan sórdido y cruel...

Andrés asintió en silencio.

—La policía tiene que atrapar a quien ha hecho esto a mi hermana.

Luisa le dio la espalda tan pronto como dijo eso y bajó rápido los escalones. La oscuridad de la escalera la engulló de inmediato. Entretanto, Andrés se quedó apoyado en la pared, pensativo.

III

Sofocado, Gabriel se abanicó el rostro con su sombrero de teja al llegar al rellano del tercer piso. Esperó unos segundos a recobrar la respiración, antes de golpear la puerta con los nudillos y aguardó paciente unos minutos a que le abrieran. Como no hubo respuesta, lo volvió a intentar, hasta que quedó convencido de que no había nadie del otro lado.

Bajó a la calle y se detuvo frente a la portería, valorando qué debía hacer a continuación. Miró a un lado y a otro de la acera hasta que el rostro se le iluminó cuando vio una lechería en la esquina. Fue hacia allí a paso vivo y se encontró que en su interior había el dueño que despachaba a una clienta con tres hijos pequeños. Gabriel no tenía excesiva prisa, conque esperó a que acabara con ellos. Su presencia no había pasado inadvertida, pero todos hicieron ver que su visita no resultaba llamativa.

—¿En qué le puedo ayudar? —dijo el tipo, después de que se fuera la mujer y los niños.

—Estoy buscando a una señora.

—¿A mi señora?

Gabriel sonrió un tanto apurado.

—No, no..., no es su señora. Por lo que sé, se trata de una chica joven.

El hombre, que parecía duro de oído, se puso a gritar con la cabeza orientada hacia la trastienda:

—¡Niñas! ¡Salid un momento! ¡Un cura pregunta por vosotras!

A Gabriel le estaba costando salir de su asombro. Agitó las manos con nerviosismo, tratando de articular palabra, sin embargo no pudo evitar que las hijas del lechero acudieran prestas a la orden de su padre. Eran dos jóvenes de un poco menos de su edad: una alta y delgaducha y la otra fornida y baja. Traían el rostro descompuesto, pero al ver a Gabriel sus facciones parecieron serenarse. Era como si hubieran quedado embelesadas ante la visión de aquel atractivo hombre de la iglesia.

—Lo siento, señoritas —trató de explicar él—. Ha habido una

confusión. En realidad, yo preguntaba por una vecina que vive en el 280 de esta misma calle.

Estaba claro que aquello había decepcionado a las hijas del lechero. El padre también estaba contrariado, aunque era un pesar de otra clase.

—Haberlo dicho... ¿Cómo se llama?

—Se llama Adela.

El hombre lo miró con ojos interrogativos.

—¿Adela? ¿La pareja del anarquista que detuvieron hace unas noches?

—Eso es.

Gabriel tuvo que lidiar con la mirada hostil que le lanzaban el tipo y sus dos hijas. No obstante, se esforzó porque su sonrisa afable no desfalleciera.

—Pues debe estar en el negocio de usted —le dijo el lechero.

—¿En mi negocio? ¿Qué negocio?

—Adela va cada mañana a la parroquia de San Juan, a pedir limosna. Allá la encontrará.

Gabriel les dio las gracias y se encaminó hacia la iglesia.

El día había amanecido algo soleado y ello había animado a la gente a salir de sus hogares. En la plaza, frente a la parroquia que había sido levantada hacía solo unos pocos años, había unos cuantos puestos de venta ambulante de fruta, verdura, paños y otras fruslerías. Todo, en su conjunto, contribuía a hacer más cálida la atmósfera invernal de mediados de febrero.

Es cierto que Paul Bernard le había descrito sucintamente a Adela, pero ¿sería capaz de reconocerla? Al fin y al cabo, se suponía que el encuentro iba a tener lugar en su domicilio y no en plena calle. Por otro lado, ¿por qué había aceptado el encargo? Los tipos como Bernard querían la liquidación completa de los que eran como Gabriel, transmisores de la palabra de Dios. Entonces, ¿qué sentido tenía ayudarlo? Definitivamente, se trataba de una cuestión de caridad, virtud teologal de la que Gabriel se sentía, en especial, dotado, de entrega y amor al prójimo, más allá de quien éste fuera. Además, con todo ello, creía auxiliarla más a ella que a él. Sobre todo, al bebé que estaba gestando y al que ya había traído al mundo. Fue éste último, la criatura de seis meses en brazos de la madre, la que sirvió de referencia a Gabriel para identificarla de entre las personas que se congregaban a las puertas de la iglesia pidiendo limosna.

—¿Adela? No se asuste. Soy el padre Gabriel. Vengo de parte de Paul.

Cuando pronunció el nombre de su pareja los ojos negros de Adela parecieron encenderse. Se diría que el niño también percibió la carga emocional de su madre, puesto que se puso a llorar al instante.

—¿Le resulta inoportuna mi presencia? —le preguntó Gabriel—. Si no quiere saber nada de él, me marcharé. No tengo un interés particular en esta misión.

—No, por favor —exclamó Adela, reteniéndolo del brazo.

Gabriel asintió con la cabeza. La mujer tenía un aspecto demacrado y frágil. La piel, que debía lucir fresca y tersa en otras circunstancias de acuerdo a la edad, estaba visiblemente deteriorada.

—¿Come bien? —le interrogó Gabriel.

—Lo que puedo.

—En ese caso, venga conmigo. Es fundamental que se alimente en condiciones. Si la madre no está bien nutrida, difícilmente podrá criar a sus hijos. Y usted lleva a un segundo en camino.

Si acaso dudaba de las intenciones de aquel cura desconocido y de la veracidad de lo que le contaba, aquello acabó de disiparlas. Nadie, salvo Paul, sabía que estaba encinta. Ni siquiera se podía adivinar, porque su tripa todavía no la delataba.

Atravesaron la plaza y se pararon ante un puesto de aves. Gabriel metió la mano en un bolsillo de la sotana y sacó el dinero suficiente para pagar el precio de un pollo y media docena de huevos.

—Quiero que no pierda tiempo y coma esta misma mañana. Luego, duerma un poco, se le ve exhausta.

—Gracias —dijo Adela, conmovida por el gesto benevolente que aquel cura había tenido con ella.

Bernard albergaba opiniones tan negativas respecto a los curas y a la institución de la Iglesia, que no comprendía cómo había podido llegar a hacer amistad con uno, a tal punto que éste acudiera a ayudarla. ¿Dónde se habrían conocido?

—¿Cómo sabía donde estaba?

—Paul me ha hablado de usted en la cárcel. Visito a los presos.

—¿Paul aceptó hablar con un cura?

A Gabriel se le escapó una inocente sonrisa.

—Sí. Está preocupada por usted y por los niños.

De forma instintiva, Adela se llevó una mano al vientre.

—¿Cómo se encuentra él?

—Bien... Confía en que pronto estará fuera, en la calle. Mientras tanto, me ha pedido que les visite y me asegure de que no necesitan nada. ¿Tienen ahorros guardados?

—Poco.

—Paul me dijo que podían vender los muebles de la redacción para conseguir algo de dinero.

—Él no ha hecho nada. Sé que es inocente.

Gabriel sonrió para sus adentros, con un acceso de ternura. Tal vez, Adela se había pensado que él tenía algún tipo de potestad e influencia en el caso.

—Si es así, ya verá como, en breve, se soluciona todo.

—¿No cree usted lo mismo? ¿Que es inocente?

Gabriel se sintió acorralado ante aquella inesperada pregunta.

—Yo, en fin...

—Conversó con él, ¿verdad? Debió darse cuenta de que no es esa clase de persona que atenta contra gente inocente.

—No pierda la esperanza, Adela.

—Pero ya lleva muchos días fuera, ¡casi una semana! ¿Podría hacer algo para sacarlo de prisión?

—Soy solo un pobre cura...

—Por favor, seguro que a usted le hacen más caso que a mí. Hable con la policía e interceda por él.

Los ojos negros e intensos de aquella mujer le enternecieron el corazón, proclive ya, por naturaleza, a solidarizarse con las causas desdichadas. Gabriel no necesitaba mucho más para aceptar la súplica.

—De acuerdo. De algún modo lo intentaré. Y si necesita algo, recuerde que puede encontrarme en la parroquia de Santo Domingo.

IV

—Tienes visita.

María Rosa abrió los ojos. Los tenía rojos y acuosos. Delante de ella había un joven delgado de estatura media.

—Buenos días —se presentó—. Soy Andrés Mayol.

María Rosa, desde la cama, lo examinó con esmero. Mandíbula prominente, nariz recta, ojos separados de mirada intensa, como dos espejos negros en los que una se podía reflejar. Vestía con arreglo pero no podía escapar de la impresión que proyectaba: no estaba cómodo con el traje o puede que no estuviera cómodo con la situación.

—No lo conozco.

—Yo sí —intervino la hermana, a un lado—. Se me olvidó hablarte de él. Fue uno de los dos señores que te auxiliaron y te trajeron a la casa de socorro.

María Rosa bajó la vista con una mueca que lo mismo hubiera servido para expresar desprecio, cansancio o aburrimiento. Luisa se disculpó:

—Está cansada de recibir visitas, solo quiere descansar.

—Entiendo —dijo Andrés cabizbajo—. Por eso no pensaba estar mucho tiempo... En realidad, ya me voy. No pretendo molestar. Mi único propósito era hacerle entrega de este modesto *bouquet*.

Andrés blandió un pequeño ramo de violetas por encima de la cama. María Rosa no las había visto hasta entonces, ya que habían estado fuera de su campo de visión. No obstante, no mostró el más mínimo interés ni agradecimiento hacia el detalle. Luisa se adelantó con embarazo y las cogió.

—Ya me encargo yo. Las dejaré, provisionalmente, sobre la mesita.

Un rápido examen a la estancia mostraba como ya no quedaba rastro de las flores del primer día ni de los que sucedieron a este.

—Son preciosas —agregó Luisa—. Es usted muy amable. No lo sabrás, porque no te lo he dicho: Andrés permaneció aquí, contigo, durante la primera noche en que ocurrió todo.

—Bueno, estuve en el pasillo —aclaró el joven—. No me dejaron entrar en la habitación.

—Y él fue quien me ayudó a encontrar a Ramón —prosiguió Luisa.

María Rosa se mordió los labios. Por el contrario, Andrés abrió la boca, dispuesto a aclarar algo, aunque finalmente desistió. En el movimiento dejó asomar una franja de dientes afilados y feos.

—María está muy desilusionada —decía la hermana—. Ramón no ha venido a visitarla ni nadie de su familia ha acudido a traerle noticias suyas.

Andrés inclinó la cabeza.

—¿Usted tampoco ha vuelto al apartamento?

—¿Cómo voy volver? —exclamó Luisa—. Su madre poco menos que quería matarme con la mirada.

María Rosa acomodó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. En la expresión de su rostro podía leerse que no estaba cómoda con aquel tema de conversación. Su hermana Luisa agarró a Andrés del brazo y lo llevó al pasillo.

—A estas alturas es normal creer que Ramón ya se ha enterado de que ella ha quedado manca. María está convencida de que él la ha rechazado.

El periodista hizo un movimiento de asentimiento con el mentón y dijo:

—Antes de sacar conclusiones, es aconsejable reunir más información.

Las caras largas de los padres de Ramón presagiaban algo malo para Andrés, a quien habían arrinconado en la mesa del comedor nada más salir del dormitorio del chico. Esta vez no había habido sonrisas ni ofrecimientos de ningún tipo.

—No se crea que no sabemos a lo que ha venido —empezó diciendo el padre—. Mi mujer ha puesto la oreja detrás de la puerta y lo ha oído todo.

Andrés se fijó en la madre, tan aficionada a llorar. De hecho estaba a un tris de hacerlo. Con la punta de un pañuelo, estaba presionando el rabillo del ojo.

—Ojalá no sea cierto —decía el padre, tosiendo—. He rezado para que no sea cierto y hacía tanto que no rezaba que casi no recordaba las oraciones.

En ese instante, la madre se deshizo en llantos.

—Mire el disgusto que le ha dado —continuaba el señor Angelats —. No nos recuperamos de una, que ahora nos viene esto encima.

—Lo siento —dijo Andrés—. Yo solo he venido a transmitir un simple mensaje.

—¿Un simple mensaje? —repitió el padre— ¿Es que no se da cuenta? Está empujando al chico a tomar decisiones precipitadas.

La voz del padre de Ramón se mezclaba con los hipidos y aspavientos de la madre. Era difícil seguirlo a él sin no perderse en el intento.

—Esta mañana se ha pasado por casa el secretario de la alcaldía acompañado de dos señores más. Nos han comunicado que están dispuestos a ayudarnos, que no van a dejarnos solos, que se hacen cargo de las dificultades por las que estamos atravesando. Tenían una cantidad preparada para nosotros, para estos primeros días, ¿sabe? Estamos muy agradecidos. Todos se están portando muy bien con nuestro hijo, así que no lo estropee. Tenemos que centrarnos en su recuperación, en nada más. Voy a pedirle que se marche y que no vuelva más por aquí.

La puerta del dormitorio se abrió en aquel momento. La figura macilenta, casi espectral de Ramón se apoyó en el quicio.

—¿Qué está pasando? ¿Qué son esos gritos?

Los padres y Andrés lo miraron en silencio. Ninguno osaba a despegar los labios.

—¿Por casualidad, estáis criticando a este buen amigo o a María? —dijo el joven a sus padres con una voz débil pero contundente.

El señor Angelats avanzó unos pasos hacia su hijo, con una actitud mucho más pacífica que la que había adoptado para hablar con el periodista de *La Campana de Gràcia*.

—Tienes que olvidarte de esa joven. Ha resultado gravemente herida del atentado. Piénsalo bien, vas a arruinar tu vida.

Por unos segundos, padre e hijo se sostuvieron, intensamente, las miradas.

—Andrés —llamó Ramón al periodista por su nombre, sin apartar la vista de su progenitor—, ¿recuerda lo que le he dicho antes de que abandonara mi habitación?

—Desde luego —afirmó el aludido.

—En ese caso, quiero que le añada algo más a mi mensaje y vaya a contárselo hoy mismo a María.

La madre, presagiando lo que era, rompió a llorar por quinta vez consecutiva.

El humo de la locomotora se alzaba en el cielo y se disipaba en el aire húmedo y frío de Barcelona. Había llegado un nuevo tren procedente de la línea del litoral a la estación del puerto, situada al lado de la plaza de toros El Torín y al inicio del Paseo del Cementerio. Entre los que lo recibieron se encontraba Luisa.

Siempre que un nuevo tren llegaba ocurría la misma escena en el andén: los mozos de cuerda (no tan mozos algunos de ellos) se abalanzaban a los estribos de los vagones y se ofrecían a llevar los equipajes, los pasajeros se apeaban de sus cabinas con la sensación del explorador que arriba a tierras extrañas, los familiares corrían por los andenes en busca de sus parientes y los trabajadores de la estación se despertaban bruscamente de algo parecido a un estado de letargo. Inmediatamente después, los viajeros salían en tromba a la calle, dividiéndose en tres grupos. Los menesterosos se alejaban a pie de la estación, los ricos tomaban carruajes y un grupo bastante numeroso se dirigía a los lugares donde hacía parada el tranvía o el ómnibus de turno que les llevara a su destino final.

Aquella mañana, Luisa, la hermana de María Rosa, abandonó la estación acompañada de dos hombres: uno era su marido y el otro, el recién llegado en tren, su padre. Se subieron a un tranvía de sangre —como les llamaban a los que eran tirados por caballos— y allí charlaron, por primera vez, sentados.

—Podría haber venido Flor. Se prodiga más bien poco.

—¿Para qué, si no la aceptáis?

—Era un buen momento para que comenzara a integrarse en la familia.

—¿Y quién se queda con el niño, eh?

—¿No conocéis a nadie que os lo pueda cuidar?

—Es muy pequeño.

—¡Haberlo traído!

—El pequeño tiene una salud un tanto delicada —se justificó el padre de María Rosa y Luisa.

—Se comprende —intervino el marido, que estaba de pie, haciéndose cargo de la maleta del suegro.

—Cállate, Víctor —le dijo Luisa.

A través de la ventanilla del tranvía, desfilaba el paisaje. Estaban rodeando el Parque de la Ciudadela. Un niño, con una cometa y endomingado, los saludó a su paso desde la acera.

—Han dejado esto muy bien. Sí, señor —dijo el padre—. Deberían hacer cada año una exposición universal.

El señor que estaba en el asiento de delante giró la cabeza, un segundo, y le miró con acritud. El padre de Luisa iba a responder a su insolencia, pero la hija lo detuvo, poniendo una mano en su brazo.

—A María le gustará verte —añadió.

—¿Eso crees?

—¡Claro! ¿Cuántos días te quedarás con nosotros?

—Mañana regreso.

—¿Tan pronto?

—Hazte cargo. Tengo a tu hermanastro enfermo.

El yerno se animó a meter baza en la conversación por segunda vez consecutiva:

—Ha sido una desgracia muy grande, señor Cardona. Le conté el atentado a su hija el mismo martes, cuando se produjo. Yo estaba regresando del trabajo en el momento que tuvo lugar la explosión. En la calle, no hacían otra cosa que hablar de ello. Decían que había un muerto, un tipo que había recibido un golpe en la cabeza. ¿Verdad que te lo dije?

Luisa volvió la cara al exterior. El señor Cardona se aclaró la garganta.

—En el ochenta y ocho se celebró la Exposición Universal que cambió esta ciudad para siempre —gruñó, mirando la nuca del que tenía delante—. Ese año fui a la plaza del Torín para ver con mi difunta esposa, que en paz descanse, la proeza de un hombre llamado Joan Budoy. Capitán Budoy, lo llamaban. Era un aeronauta que estaba dispuesto a elevarse por el cielo de Barcelona haciendo acrobacias y cabriolas atado a una cuerda y esta, a su vez, a un globo aerostático. A Elise le encantaba todo lo relacionado con la aeronáutica. ¿Sabéis cómo acabó? El capitán Budoy cayó al vacío y se golpeó la cabeza. Murió. Lo peor de todo son los golpes en la cabeza.

—Sí, pero su hija también ha estado al borde de la muerte —aseguró el joven.

—¡Calla, Víctor! —gritó Luisa, esta vez, irritada.

—¿Por qué me mandas a callar? ¡Es verdad! ¡Nos lo explicaron los médicos! No ha sido la única, eso es cierto. Está el hombre al que una esquirla de vidrio le atravesó el cuello o aquel que recibió un impacto de metralla cerca del ojo. Sin embargo, el hecho de que María Rosa recibiera el golpe en el brazo…

—¡Te puedes callar de una vez! —exclamó Luisa.

Una mujer bajita, ataviada con un sombrero enorme y verde y hasta el momento impertérrita, se volvió hacia ellos:

—¿Son ustedes familiares de esa pobrecita?

Al padre le sobrecogió ver a su hija postrada en la cama. Pálida como un sudario. Flotando en el camisón. Ojerosa. Algo de aquella debilidad se había propagado por la habitación, alcanzándole a él también.

—Padre —balbuceó ella.

Los ojos del viejo nadaban en lágrimas que no se atrevían a saltar.

—Voy a dejaros a solas para que charléis —se disculpó Luisa.

Y empujó al marido con ella al pasillo.

La conversación tardó en producirse. El señor Cardona se quitó el sombrero y, tras titubear, lo dejó sobre la mesita. Luego se acercó a una silla, la cogió a pulso y la llevó junto a la cama para sentarse al lado de ella, por el costado del brazo mutilado.

Debieron pasar unos buenos quince minutos en silencio, sin cambios de postura. Ella dirigiendo miradas alternadas a él y él evitándolas. Al final, María Rosa dijo:

—Estar tantos días aquí, encadenada a esta cama, te da que pensar.

—Yo también he pensado —agregó el padre, frotándose con la palma de la mano derecha la frente y moviendo el pie izquierdo con nerviosismo—. Nunca pretendí herirte. Y siento que las cosas transcurrieran de ese modo.

María Rosa bajó los párpados y con ellos sus pestañas, negras y largas como patas de insecto.

—¿Te duele? —preguntó él.

—Me dan muchos medicamentos.

—¿Y de comer? ¿Te dan de comer?

—Sí.

—Me he acordado durante el viaje en tren... debí traerte ese libro que mamá te leía de pequeña y que tanto te gustaba.

—*Viaje a la luna*.

—Eso es.

Los labios de María Rosa dibujaron una sonrisa.

—Creo que me gustaba porque sentía que ella era feliz mientras me lo leía.

—Sí… Elise siempre soñó con el día en que los hombres pudieran subir a la luna.

—Tal vez sea donde esté ella ahora —dijo María Rosa con voz cansada.

El viejo miró hacia la ventana.

—Voy a dormir un poco —le avisó ella.

—Sí, hija, claro.

Al cabo de un rato, se oyó su respiración relajada y suave. El viejo se levantó y se asomó a la ventana.

El mar de invierno, con reflejos de metal. Gaviotas que abren sus alas al cielo y barcos que parece que pendan de un hilo en la raya del horizonte. Andrés revisó el paisaje con su reflejo plasmado en la ventana y luego se apartó de ella.

—No albergaba muchas esperanzas de que me recibiera.

—No puedo negarme. ¿Dónde voy, si no? —contestó María Rosa.

—He tardado unos pocos días en venir porqué estaba enfermo y no la quería contagiar.

En realidad, Andrés se debatía entre dos duras decisiones: decirle a María Rosa el mensaje que Ramón le había dado para ella o callárselo y, así, disputarse el corazón de ella.

—Quiero pedirle disculpas —se adelantó ella—. El otro día fui muy grosera con usted y no se lo merece. A fin de cuentas, contribuyó a salvarme la vida.

Andrés quitó hierro al asunto, dando una palmada en el aire.

—He traído otro ramo de violetas. Como dijo que las anteriores eran tan bonitas, no me resistí a volver a repetir el regalo.

—Fue mi hermana Luisa quien dijo que eran bonitas. Y, tal vez, lo sean, no lo niego... pero, por favor, no me regale más flores.

Andrés estaba parado a los pies de la cama. Llevaba una corbata roja a lunares y una chaqueta larga y estrecha. Las flores y su extrema delgadez le conferían un aspecto lúgubre.

—¿Por qué no quiere flores?

—Si quiere que seamos amigos —le aconsejó ella—, será mejor que no las vuelva a traer.

—¿Le producen alergia?

—Algo peor.

Andrés la observó intrigado, de modo que ella se vio en el compromiso de aclarárselo.

—Mi madre falleció y mi padre se volvió a casar con una mujer llamada Flor. Creo que, desde entonces, les tengo manía, aunque tendré que aprender a superarlo.

—¿Quiere llevarse mejor con ella?

—No. En realidad, no es por eso. Hace dos días vinieron unos señores del ayuntamiento. Diría que se han presentado una docena de

veces. Prometieron entregarme una parada de venta de flores en el parque de la Ciudadela en cuanto yo estuviera mejor y pudiera hacer una vida normal. Tuve que fingir alegría. Una vida normal... ¿Qué es para ellos una vida normal?

Andrés dejó que la pregunta se respondiera sola, o simplemente que nunca se resolviera. Guardó el *bouquet* en el bolsillo de su chaqueta y sacó un cigarrillo de la pitillera dorada que ocultaba en uno interior.

—Perdóname —dijo ella—. Si algo he descubierto estando aquí, en esta cama, es que tengo múltiples caras. La que se impone más es la dormilona, aunque ahora mismo se ha revelado la cínica.

Andrés prendió una cerilla y aproximó la llama a la punta del cigarrillo. El papel y el tabaco se encendieron todos a una.

—¿Su padre es francés?

—¿Por qué lo pregunta?

—Su hermana me explicó el día que la conocí que estaban bastante solas en la ciudad: ella tiene hijos y marido, pero salvo una tía, toda su familia vive fuera. Me dijo que una parte de esta provenía de Francia.

—Mi madre... —contestó María Rosa, y rectificó al momento—: La familia de mi madre era francesa. Ella nació aquí, aunque después se marcharon, cuando era niña. Deme uno.

—¿Un qué?

—Un cigarrillo.

—¿Ha perdido la cabeza? ¿Qué va a hacer con un cigarrillo?

—¿A que no lo adivina?

—Me temo que sí, por eso lo digo…

—¿Quiere ser mi amigo o no?

Andrés caminó hacia ella tropezando con sus propios pasos. Acto seguido le alargó un pitillo y se lo encendió entre sus rosados y carnosos labios.

María Rosa tosió a la primera calada. Luego se restableció y fumó con un poco más de pericia.

—Es todo demasiado complejo —describió ella, echando una columna de humo al techo—. No me acostumbro a esta nueva situación. ¿Cómo podría hacerlo? Está cambiando todo tan rápido… Corre a la velocidad de los sueños, y sin embargo es real.

—Me gustaría escribir sobre usted.

María Rosa mostró sorpresa ante aquella confesión:

—¿Qué quiere decir? ¿Es también escritor?

—Sí, bueno… Una afición.

—Pues no deseo servirle de inspiración.

Un silencio incómodo y abrasivo se extendió por la estancia. Andrés torció el gesto.

—La verdad es que no tengo apenas tiempo para consagrarme a la literatura. El diario me consume muchas horas.

—Luisa me leyó su artículo. Le agradezco que no contara todos los detalles de mi vida.

—Tampoco es que sepa demasiados —añadió Andrés, alzando una de las comisuras de los labios y enseñando, sesgados, un colmillo montado sobre un incisivo—. Creo que solo sé uno que usted aún no sabe.

Ahora era María Rosa la que estaba sorprendida.

—¿Qué sabe que yo no sé?

—Estuve hablando con Ramón hará poco. Me dijo que todavía la amaba y que desea casarse con usted en cuanto se recuperen de la convalecencia.

María Rosa sonrió como no lo había hecho en mucho tiempo.

Capítulo 5

Las buenas acciones

I

Gabriel penetró las puertas de la comisaría con la incomodidad metida en los huesos. Había tardado unos buenos diez minutos en decidirse a dar el paso y ahora que lo había conseguido tenía ganas de girar sobre sus talones y echar a correr. ¡Demasiado tarde! Los policías que habían en el vestíbulo habían reparado en él, y uno de ellos se le acercó.

—¿En qué podemos ayudarle, padre?

Gabriel parecía envarado, con una postura rígida y hermética que no era normal en él. Cada célula de su cuerpo estaba lejos de allí.

—Necesito hablar con los detectives que llevan la investigación del atentado de la Plaza Real.

Si la sola sola visión del cura era suficiente para que aquellos policías dejaran de hacer sus menesteres, el hecho de nombrar la Plaza Real y la palabra atentado terminaron de arrebatarlos.

—¿Por qué exactamente?

—Eso me gustaría aclararlo con los responsables.

Gabriel había tratado de sonar inflexible con el anuncio de aquella condición, aunque lo cierto es que resultaban intimidatorias aquellas miradas agolpadas en torno a él; cinco pares de ojos se le habían echado encima. Siempre que se veía envuelto en una situación como esa procuraba que la sotana que vestía hablara por él. Ésta emanaba cierta autoridad que de algún modo le pertenecía, y con ese pensamiento se reconfortaba y se fortalecía.

Por fin, el policía, el único que hasta el momento había abierto la boca, habló:

—¿Y si los detectives se molestan? ¿cómo puedo saber si es importante eso que quiere decirles?

—Correré el riesgo.

—Usted sí, pero yo no estoy seguro de hacerlo... Por otro lado, es posible que no estén.

—No se preocupe. En ese caso, esperaré todo lo que haga falta hasta que lleguen.

Gabriel dirigió la mirada hacia una fila de sillas colocadas contra la pared de su derecha. Los demás policías no le contestaron, conque hizo lo que les había avanzado, es decir, sentarse a esperar.

Al cabo de, aproximadamente, tres horas, un segundo agente lo vino a buscar con un anuncio: los responsables de la investigación del atentado de la Plaza Real estaban dispuestos a hablar con él

Daniel Freixa, el Holmes español como algunos lo recordarían tiempo después, aguardaba en el primera planta de la comisaría a que llegara el joven cura del que le habían hablada y que llevaba horas esperando en recepción, viendo desfilar ante sus ojos a delincuentes y prostitutas. Junto a él se encontraban Fidel Nogués y Vinicio Palacios, uno y otro de brazos cruzados y expectantes. Los tres sentados alrededor de la mesa de roble del despacho, ribeteada con vistosos dorados.

Pronto, se aclararon sus dudas, puesto que Gabriel llegó acompañado del agente de policía uniformado.

Freixa lo saludó y lo invitó a que se sentara, señalándole un sillón orejero que estaba vacío. Gabriel obedeció sin titubear y dio las gracias. Parecía que estaba delante de un político o un diplomático, más que de un hombre de la ley.

—Nos han dicho que deseaba hablar con nosotros del atentado de la Plaza Real.

Gabriel se despejó la garganta y, nuevamente, dejó que la sotana intercediera por él.

—¿Son ustedes quienes llevan el caso?

Salvo Freixa, el cual lucía un aspecto impecable, los otros dos le parecían personajes siniestros. Vinicio, el de la cabeza pelada, se refugiaba tras un silencio hosco y avinagrado, mientras que Fidel acogía en los labios una mueca retorcida, acentuada por la herida en la comisura. El jefe de inspectores del cuerpo de vigilancia miró a sus dos detectives antes de asentir.

—Así es, somos los responsables de la investigación. ¿Por qué nos busca?

—He dado mi palabra a alguien de que vendría a dialogar con ustedes. Sé que han puesto en libertad provisional a algunos presos que consideraban sospechosos del cruel atentado perpetrado el nueve de febrero en la Plaza Real. Ha pasado más de una semana y otros detenidos siguen en prisión sin que existan suficientes pruebas que los delaten. —Hizo una pausa de unos segundos—. Vengo a hablarles de Paul Bernard, a quien conozco de mis visitas a la cárcel nacional.

Algunos días acudo al presidio para prestar consuelo a los que allí se hallan. Recientemente, conocí también a su mujer. La pobre está enferma de catarro bronquial y tiene un hijo muy pequeño.

Freixa saltó de la silla con tal ímpetu que detuvo el discurso de Gabriel.

—¿Qué va a pedirnos? Deje de dar tantos rodeos y vaya directo al asunto.

El joven lo observó aturdido y el policía pasó del enfado a la disculpa en apenas una fracción de segundo.

—Pensábamos que iba a facilitarnos alguna pista, por eso lo hemos recibido, pero todo indica que no es así.

—Nada me gustaría más que darles alguna pista. Sin embargo, tengo que insistir en la inocencia de Paul Bernard. Su mujer me jura que él es inocente y yo estoy convencido de que dice la verdad. Sí, tiene fuertes ideas anarquistas y sé que no dudaría en matarme a mí, como hombre de la Iglesia que soy, o a ustedes, como brazo armado del Estado. Lo haría, si tuviera la menor oportunidad. Y no obstante, ¿por qué poner en peligro la vida de personas que él considera inocentes víctimas? En el atentado ha muerto un pobre trapero y ha quedado herida gente humilde, trabajadora.

—Yo también soy trabajador —sostuvo Freixa, que continuaba de pie.

—Claro —convino Gabriel—, pero usted representa aquello que él quiere exterminar. En cambio, las personas que murieron en el atentado no se encuentran entre sus objetivos.

—A eso se les llama daños colaterales... ¿cuál es su nombre?

—Gabriel.

—Son daños colaterales, Gabriel. ¿O acaso no sabe que cerca del lugar en el que detonó la bomba, en la esquina, hay una cafetería a la que vamos la policía?

—¿Paul lo sabía? —preguntó el joven cura en un tono de voz inesperado.

Fidel, el policía de la cicatriz en la boca, desde la silla en la que había estado guardando silencio durante todo ese rato, contestó:

—*Me temo que, así como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestras mentes sean desviadas de la sencillez y pureza*... Supongo que conoce este pasaje de la Biblia, pertenece a la segunda epístola a los corintios.

La voz, ronca y profunda, que procedía de aquella boca tan

deformada por la cicatriz que albergaba, conmovió a Gabriel que no logró reaccionar.

Freixa sonrió:

—Vaya, creo que le ha salido competencia. El detective Nogués es un gran aficionado a la biblia. —Dicho esto, rodeó la mesa hasta acercarse lo más que pudo a Gabriel—. Quítese la venda de los ojos. Paul Bernard es un criminal. Encontramos explosivos en su domicilio, ni siquiera se esforzó en sostener una coartada: ¡dijo que la noche del atentado estaba paseando! Por desgracia, después de los sucesos de Jerez era de esperar una represalia de esa magnitud por parte de los anarquistas como él. En fin, no tenemos más tiempo para usted. Me temo que tendrá que disculparnos.

Gabriel se irguió un tanto aturdido. Lo había intentado y no lo había conseguido. Confiaba en la inocencia de Paul Bernard, y a las luces de los argumentos de la policía era casi una cuestión de fe.

—De acuerdo —dijo—. Gracias por atenderme.

Cuando se fue Daniel Freixa se dirigió a sus hombres.

—Presiento que ese joven cura nos va a traer problemas.

II

El juez García Bajo se hallaba de visita en la penitenciaria de Montjuic cuando se enteró de que Gabriel estaba también allí y lo mandó llamar. Fue así como el joven cura fue llevado de inmediato a los aposentos que utilizaban las autoridades para celebrar sus reuniones.

Aquella pieza, en particular, tenía un aire mucho más dignificado que el resto de la fortaleza, aunque no por ello lograba escapar de la austeridad y decadencia que rezumaban todas las paredes del edificio.

—Me he enterado por el jefe de vigilancia que ha hecho migas con uno de los autores del atentado de la Plaza Real.

Después del breve saludo, Gabriel tuvo que vérselas con aquella acusación, lanzada a bocajarro.

—Disculpe que se lo diga así, pero... es muy atrevida tal afirmación, usía.

—Entonces, ¿no es cierto que se ha erigido como el defensor de Paul Bernard y que, recientemente, fue a la comisaría con ese fin?

—Fui conducido hasta allí por un sentimiento de conmiseración hacia una esposa que sufre por un marido que a mi juicio es inocente.

—¿Qué aberración es esa? —exclamó el juez escandalizado y, acto seguido, empezó a pasear por la estancia cual león enjaulado.

En cierto modo, Gabriel se sentía su presa, un indefenso cordero a punto de ser acechado.

—A menudo —dijo el juez—, presumo de ser una persona que hace gala de un temperamento moderado, pero, créame, hace tiempo que no oigo una majadería de tal calibre, que provoca que pierda los estribos.

Gabriel se formó una réplica en su cerebro, aunque ésta no alcanzó a materializarse.

—Paul Bernard es un vulgar asesino —continuó el magistrado—. No solo es el responsable de la bomba que detonó en la Plaza Real, sino que sobre él caen otros delitos, como el de sedición, el de coacciones, el de agresión y atentado a la autoridad. ¿Cómo puede decir que es inocente y no caérsele la cara de vergüenza?

—No ha sido mi intención. A fe mía que el no ha participado en el caso de la Plaza Real.

—¿Y qué se lo indica?

—El tipo de víctimas que se cobró el atentado.

—¿Y bien?

—Su señoría ya lo sabe... Aquella mujer que perdió el brazo y su novio, por ejemplo. Por lo que tengo entendido, ella era costurera o algo similar y él trabajaba en el puerto. En fin, están en las antípodas del estereotipo de burgués o de las llamadas clases privilegiadas con las que quiere acabar el anarquismo.

—Usted es una de ellas —lo acusó García Bajo.

—Lo sé, y eso no me impide, mirar de frente a los hechos. Verá —Gabriel dio un paso al frente, como arrebatado por una fiebre inusitada—, cuanto más averiguo acerca del caso, más me obsesiona. Paul Bernard escribía verdaderos panfletos incendiarios en su diario, *El porvenir anarquista*, pero en ningún momento habló de atacar a toda costa, aun a riesgo de matar a individuos que pertenezcan a la capa humilde de la población.

—¿En serio, ha leído esa basura?

Gabriel asintió con un ligero movimiento de cabeza, sin sentirse insultado.

—¡Cómo es posible! Pensaba que habíamos requisado todos los números.

—Me imagino que siempre se escapa alguno —dijo Gabriel un tanto apurado—. También he tenido la oportunidad de hablar con él, como ya sabe... Y a pesar de que sea algo engreído, por decirlo suavemente, se ha revelado como una persona inteligente y de ideas claras.

—¿De qué hablan?

—De todo un poco... De su infancia, de sus primeros trabajos, de su anterior paso por la cárcel...

—Estuve hace un par de años en la cárcel, por defender mis convicciones. Pero logré escapar a Suiza, donde trabajé en un periódico. Firmaba mis artículos con el nombre de P. Venganza.

Paul Bernard sonrió como pudo, tirado en el suelo y con las ropas roídas y ensangrentadas. Tenía la cara surcada de verdugones que se la deformaban.

—En Suiza las cosas se torcieron y, finalmente, decidí trasladarme con un amigo al llano barcelonés.

Mientras decía esto, Gabriel lo observaba de pie y apoyado en la pared, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¿Y por qué a Barcelona?

—Este es el paraíso del anarquismo. ¿No ve lo bien que vivo?

—Es paradójico —señaló Gabriel— que haga uso del término "paraíso" con las connotaciones cristianas que encierra.

—No se apropie de los conceptos, haga el favor. —Paul Bernard arrastraba las palabras, a medias por el cansancio a medias por las palizas que le propinaban en prisión—. El paraíso lo habitaban el hombre y la mujer primitivos, antes de que todo se corrompiera; en un tiempo en que no había mandos, ni especialización, ni propiedad... Todos eran libres y colaboraban los unos con los otros. Luego, las religiones acudieron al pasado y se adueñaron de ese "paraíso" para situar sus fábulas.

Gabriel dibujó una sonrisa en su rostro, olvidando por un instante toda la sordidez que le rodeaba.

—¿Le fue fácil instalarse en Barcelona?

—Sí, es una ciudad muy acogedora, llena de maleantes como yo —dijo, confiando en que aquel maldito cura, que a su pesar tanto le agradaba, cazara la ironía—. Enseguida, conocí a un compañero de desventuras, otro *Paul*. En este caso, Paolo Schicchi, y junto a Emili Hugas fundamos el periódico.

—También los detuvieron a ellos —murmuró Gabriel.

—Sí, esos asquerosos policías creen haber limpiado la ciudad. El primer día éramos más de cincuenta entre estos muros.

—¿Cree que Paolo está envuelto en el atentado?

—Tengo entendido que Paolo estaba con Maria, su compañera. Paolo es muy enamoradizo, compone sonetos.

Bernard emitió un risa breve y desfallecida. Luego, preguntó:

—¿Lo ha conocido?

—¿A quién? ¿A Paolo?

—¡Claro!

—No ha pedido hablar conmigo, así como usted, querido Paul, sí lo ha hecho.

—Como no... yo lo he hecho por fuerza mayor —evocó el francés—.

Paolo es el más ardiente de los anarquistas, pero, a su vez, proviene de buena sangre, por así decirlo... Su padre conspiró contra los borbones cuando se levantaron en armas los de Garibaldi. ¡Hasta tuvo un alto cargo en el comité revolucionario! Una vez, Paolo me lo dijo en una conversación... se le escapó. Por supuesto, esto no es algo de lo que se pueda presumir en nuestros círculos... ¡Incluso, Paolo, estudió derecho en la universidad de su país! ¿Y qué soy yo? Un simple zapatero que junta letras para escribir artículos con el deseo de despertar a la masa adormecida.

En ese punto, Gabriel se había apartado de la pared y miraba cabizbajo a la puerta enrejada. Sus ojos estaban llenos de ensoñaciones.

—Paul, ¿y qué me dice de usted? ¿Tiene algo que ver con el atentado de la plaza?

—¡Maldita sea, creo que ya se lo dije! Si hubiera puesta esa bomba, lo hubiera hecho en otro lugar.

—¿Cómo cuál?

—Un desfile militar o una procesión, ¡qué sé yo! —las pupilas de Bernard brillaron en la oscuridad.

No se entretuvo, Gabriel, en dar cuerda a la provocación, si es que acaso lo era.

—Sin embargo, la policía cree que el autor del atentado iba a por ellos. La bomba estalló en una jardinera que estaba al lado de una cafetería que frecuentan los detectives.

—¿A mí que me cuenta? ¡Yo no fui!

—Entonces, ¿qué hizo esa tarde?

—¿Me está interrogando?

—¡Solo quiero saber qué hizo! No para de decir que usted no fue, pero no dice que es lo que hizo. ¡He ido a ver a Adela y le he prestado mi ayuda! Creo que merezco saber la verdad.

Paul Bernard lo examinó callado durante unos segundos.

—Precisamente, estaba en casa de otra mujer —terminó confesando.

—¿Y por qué no se lo dijo a la policía? Ellos insisten en que no tiene coartada.

—¿Cree que eso cambiaría las cosas? ¡No sea ingenuo!

—Podría intentarlo.

—Era mi amante, ¿no lo entiende? Dirán que esta compinchada. Por si fuera poco, le prometí a Adela que dejaría de ver a mis amigas. No quiero que ella me repudie. ¿Qué pasaría con mi hijo? Fui un niño huérfano y no quiero que el mío lo sea, antes incluso de nacer.

—¿Y si, por su testarudez, nunca lo ve?

—Por caridad, ¡no diga eso, padre! Pensaba que era cura y que creía en todo ese cuento de la trascendencia.

III

Durante los años que había estado en el seminario había tenido que renunciar a muchas cosas. Amigos, familia, placeres mundanos... Pero de lo que, de veras, más se acordaba y, a un tiempo, más añoraba era del ejercicio físico que cada día acometía en su anterior vida secular. Era un recuerdo que se imponía en la memoria y que le causaba un estremecimiento muscular cada mañana, ya que era el momento en el que habitualmente salía a correr.

Por eso, ahora que había acabado sus estudios, no había jornada que perdonara el entrenamiento ni nadie ni nada que se lo impidiese. Gabriel se sentía libre corriendo. Cuando las suelas de sus zapatos rozaban el suelo y el aire acariciaba su rostro era como si estuviese volando y se desvaneciese la realidad que lo circundaba.

Antes de seminarista, había querido ser atleta y, antes de eso, escritor como se encargó de hacerle recordar su amigo Andrés, en el encuentro de la cafetería de unas semanas atrás, precisamente el día del atentado. *Los caminos del señor son inescrutables*, intentaba no olvidar.

Un copioso sudor bañaba su cara y su torso en el momento que atravesó el interior de la parroquia de Santo Domingo. Rápidamente, se aseó y desayunó unas tostadas. Más tarde, subió al tejado del templo para arreglar los desperfectos que había dejado en la cubierta una reciente tormenta.

Estaba en las alturas, haciendo la mezcla del concreto, bajo un cielo azul de nubes barrocas, cuando el hermano Ricardo, de una edad similar a la suya, le gritó desde la torre del campanario.

—¡Gabriel, alguien pregunta por ti!

El aludido, primero, buscó con torpeza la fuente de aquellas voces y, luego, al encontrarla contestó:

—¿Quién es?

—Una mujer que dice llamarse Adela.

Fue escuchar el nombre y experimentar el impulso de bajar lo más rápido posible. Tuvo que ir con cuidado de que el deseo no acabara con él rodando por el tejado y con los sesos desparramados por el suelo.

Poco después, el hermano Ricardo y él se cruzaron en las escaleras estrechas y elípticas del campanario. Ésta vez la pregunta se la formularon a Gabriel:

—¿Quién es?

—La esposa de uno de los presos que visito.

—¿Y qué quiere?

—Eso es lo que me pregunto yo. Si me permites... —lo apartó y descendió, velozmente, los escalones.

La mujer de Paul Bernard estaba con su bebé en brazos casi en la misma puerta del templo, sin aventurarse a pasar más allá de la entrada. La luz de la calle la iluminaba en diagonal, como una madonna caravaggiesca. Al ver a Gabriel asomar entre la penumbra una sonrisa de alivio asomó en sus ojos.

—Menos mal que le encuentro. No estaba segura de dar con usted. ¿Cómo está Paul? ¿Ha conseguido algún avance para su puesta en libertad?

Gabriel no sabía cómo decirle que no había nada que hacer, que Paul Bernard estaba sentenciado mucho antes de nacer.

—No pierda cuidado por él. Ahora tiene que preocuparse por sus hijos: el que tiene entre sus brazos y el que está de camino.

—No sé si lo voy a lograr sola...

Gabriel notó que empezaban a flaquearle las fuerzas de las piernas y que iba a caer al suelo. La agarró por el brazo y la ayudó a sentarse en un banco de la iglesia, próximo a la pila bautismal. Ella se lamentó:

—¿Cómo voy a conseguir sobrevivir sin él? Esos hombres quieren acabar con nosotros.

—¿Qué hombres quieren acabar con vosotros?

—La policía. En especial, ese policía horrible... No para de visitarnos y de decirme que me va a quitar a mi hijo, que Paul es un asesino.

—¿Un policía? ¿Está segura de lo que dice?

—Fue uno de los que vinieron aquella noche a detener a Paul. Tengo miedo...

—No puede ser. Eso es abuso de la autoridad —dijo Gabriel.

Un rastro de duda ensombreció, de súbito, su joven y moreno rostro. Había tenido una idea:

—Iremos a la comisaría y, eso que cuenta, lo pondremos en

conocimiento del jefe del cuerpo de vigilancia, el cual está al mando de la investigación. Lo conozco.

—Si no ha podido hacer nada por Paul, ¿cómo se supone que lo hará por nosotros?

—¡No diga eso! No se deje arrastrar por la desesperación.

Hizo el gesto de levantarla y llevarla con él, pero fue inútil. Adela se aferró al banco con todo el peso de su cuerpo.

—¡No quiero ir! ¿Y si me cruzo con ese detective? Ni siquiera me atrevo a regresar a casa. ¿Puedo quedarme aquí, a pasar la noche con usted?

Gabriel dejó vagar su mirada, asombrado por la pregunta. Un poco más lejos, detrás de una de las columnas que sostenían la alta bóveda de la nave central y que servían para separar los espacios, se hallaba medio oculto el padre Ricardo, observándolos.

—No puede ser... ¿Qué irían a decir los demás? Un cura, cohabitando con una señora y su hijo...

Adela imploró nuevamente:

—Por favor, no permita que ese policía me encuentre. Le tengo miedo.

En cuanto abrió la puerta y vio en el umbral a su amigo Gabriel y a aquella joven madre, la cara de Andrés sufrió un ligero estremecimiento.

—¿Podemos pasar? —le interrogó éste, aunque se trataba de una mera fórmula de cortesía, puesto que cruzó el umbral sin esperar, siquiera, la respuesta.

Adela siguió la estela del cura, con la pequeña criatura protegida entre sus brazos, y explorando todo cuanto alcanzaba con la mirada.

El apartamento de Gabriel era un ático abuhardillado en una estrecha y tortuosa calle del barrio gótico, a unos minutos a pie de la iglesia de Santa María del Mar. Contaba con una pieza que hacía las veces de dormitorio, salón y cocina, y una ventana, en el techo inclinado, que se abría al cielo de la ciudad. En ese momento, el sol calentaba la estancia, pero tenía pinta de ser un lugar bastante frío e inhóspito. Por lo demás, restaba todo lo limpio que se podía esperar de su morador, más entregado a su oficio y a las musas que a la tarea ardua de higienizar el espacio. Los libros sin leer se amontonaban en los rincones, al igual que los legajos con textos inacabados, llenos de

tachones y manchas de tinta.

Gabriel echó un vistazo al desorden de la cocina y, al dirigirse a la cama, que estaba en la zona de más baja altura de la vivienda, se golpeó en la cabeza con una viga. Se apartó una tela de araña, que se le había colocado sobre el ala del sombrero cual tétrico velo, y presentó a Adela a su amigo.

—Es la esposa de Paul Bernard, uno de los presos por el atentado en la Plaza Real.

Las facciones de Andrés todavía se vieron más alteradas que en la recién llegada de sus dos visitantes y el bebé.

—¿Has dicho Paul Bernard? —sus ojos se llenaron de una viva hostilidad—. ¿Qué hace ella aquí?

—Es una larga historia... ¿Recuerdas que te dije que hacía visitas a las cárceles? Conocí a Bernard estando en la de Montjuic. Necesitaba hablar conmigo de algo que le preocupaba profundamente.

—¿Un anarquista hablando con un cura?

—Todos somos hijos del Señor.

Andrés tomó a su amigo del brazo y lo llevó fuera, sin importarle en lo más mínimo parecer descortés ante los ojos de aquella dama.

Una vez en el rellano de la zona comunitaria, se despachó a gusto con él:

—¿Estás loco?, ¿cómo se te ocurre envolverte en este asunto?

—Yo no elijo la senda que para mi tiene reservada Dios.

—Deja ya toda esa monserga de frases beatas y oraculares. El marido de esa mujer es un asesino.

—A Jesús también...

Andrés hizo un gesto imperioso con el que pretendía silenciar a su amigo y se llevó las manos a las sienes, con una expresión de profundo cansancio.

—No puedes presentarte en mi casa con semejante compañía.

—Bernard es inocente. ¡Lo sé!

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él —Gabriel bajó la voz—. Tiene una coartada. La noche de los hechos estuvo con otra mujer.

—¡Claro! ¿Qué te va a contar él? ¿Lo has contrastado?

El interpelado arrugó la frente, dando testimonio de la respuesta

negativa. Hasta a Andrés le pareció simpático el gesto, de lo entrañable que era.

—En realidad, no —se aventuró a contestar—. Pero me ha dado su nombre y señas de donde trabaja.

IV

Andrés no se cansó de recriminar a su amigo por no haber tirado de ese hilo.

—Es lo primero que debe hacer un periodista —le había dicho—. Hay que contrastar las versiones y ampliar las fuentes.

Solo que olvidaba que Gabriel no era periodista, sino un cura novicio, con una predisposición a ayudar que excedía los límites.

Andrés había accedido a echarle una mano, siempre y cuando la versión de Paul Bernard coincidiera con la realidad, de modo que no tenían más remedio que visitar a la amante del francés. De acuerdo a esto, Adela no podía enterarse de sus propósitos, ya que el simple hecho de revelarlos habría contravenido a los deseos expresos de Bernard, por no decir que hubiera sido una crueldad por su parte. Así que debían mantenerla alejada.

Andrés, que no quería dejarla en casa de un colega del periódico por temor a que le robaran la exclusiva, propuso llevarla a un restaurante que conocía en Canaletas y en el que se comía bien. Además no era excesivamente caro. Luego, se encaminaron al trabajo de la amante, subido en una calesa, para ahorrar tiempo y evitar, así, que las gestiones se convirtieran en algo tedioso.

Andrés temblaba de impaciencia, mientras que a Gabriel le roían sentimientos de contrariedad y duda ante la pregunta de si aquello que estaban haciendo era lo correcto. Después de un rato, el coche se paró frente a las puertas de una lavandería, donde se suponía que estaba, como empleada, la amante de Bernard.

—Tal vez sea mejor que lo meditemos con más calma —sostuvo Gabriel.

Sin embargo, jamás supo si Andrés había escuchado su súplica, debido a que éste, enseguida, penetró las puertas del establecimiento.

El negocio tenía unas puertas de doble hoja con cristales opacos que ocultaban el interior. Se trataba de una gran nave repleta de grandes tinajas de madera y enormes cilindros donde escurrían la ropa. Una vez dentro, se veían, por lo pronto, más de diez trabajadores, enfrascados en sus tareas, la mayoría de los cuales eran mujeres. El ruido era tremendo y flotaba, en el ambiente, un fuerte

aroma a jabón de Marsella. Había tanta humedad que uno sentía ahogarse.

Pronto, el encargado reparó en la extraña pareja que había irrumpido y se acercó a la puerta. Preguntó qué deseaban, sin dejar de prestar atención a la sotana y a la corbata de lazo que adornaba el delgado cuello de Andrés y que desencajaba con el resto del desaliñado conjunto.

—Estamos buscando a una señorita que trabaja aquí —contestó el periodista, más acostumbrado que su amigo a husmear en los cubos de basura.

—¿A quién exactamente y por qué?

Andrés se giró hacia Gabriel que se había mantenido un paso atrás, en la retaguardia.

—Su nombre —le susurró Andrés con cierta urgencia.

El aludido titubeó un segundo, antes de responder:

—Isabel.

—¿Isabel? —repitió el encargado—. Hay dos empleadas que se llaman así. ¿No conoce el apellido?

Gabriel negó con la cabeza y el encargado ordenó a un subalterno, que le acompañaba, que las fuera a buscar.

Al poco rato de espera y tras unas cuantas miradas recelosas, llegaron las dos mujeres que se llamaban Isabel. Una era desdentada y casi anciana y la otra joven y con un halo de ingenuidad que le hacía parecer insegura.

—Debe ser la de la derecha —juzgó entre dientes Andrés, señalando a esta última.

Gabriel coincidió con su amigo y dijo en voz alta para que ella lo escuchara:

—Venimos de parte de Paul.

Efectivamente, al oír el nombre, el rostro de la chica joven se contrajo en un llanto que logró reprimir, no sin esfuerzo. Andrés actuó con rapidez y se dirigió al encargado:

—Déjenos conversar con ella. Tenemos una noticia importante que darle. Le prometemos que no tardaremos mucho.

—¿Dónde se creen que están? Esto es un negocio. Para hablar hay otros sitios; no puedo permitirme perder dinero.

Andrés sacó un duro del bolsillo y, a regañadientes, se lo dio al

tipo. La mirada que, acto seguido, le lanzó a Gabriel fue fulminante.

Estando en la calle, se sinceraron con Isabel:

—Conocemos a Paul Bernard —dijo Gabriel—. Supongo que sabe que se halla en la cárcel, ¿verdad? —La chica asintió entre hipidos—. ¿Sabe de qué se le acusa?

Negó con la cabeza y, aun así, probó una respuesta:

—Me imagino que por las cosas que escribe en su periódico acerca de la policía.

Gabriel y Andrés se intercambiaron sendas miradas. Éste último tomó el testigo de la conversación.

—Estamos tratando de averiguar qué hizo Paul la noche de su detención. Queremos ayudarlo.

—Entonces, yo puedo hacerlo —exclamó la joven, enardecida—. ¡Paul Bernard estuvo parte de la noche conmigo, hasta las once!

Ya a solas, en el interior de la calesa, Gabriel y Andrés reflexionaban sobre los siguientes pasos a dar.

—Ya has visto, yo tenía razón: Paul Bernard es inocente.

—Inocente no sé... Pero digamos que le otorgaré el beneficio de la duda.

—Adela tiene miedo de regresar a casa. Dice que la policía no deja de acosarla. ¿Podría quedarse unos días contigo?

—¿En mi apartamento? ¡Estás loco! Ya has visto que es demasiado pequeño… Además, jamás me lo perdonaría. No sé si te acuerdas, pero la tarde del atentado fue el día de nuestro reencuentro. Al salir de la cafetería, me dirigía al puerto paseando cuando, de pronto, se produjo la explosión... Sin dudarlo, corrí a la plaza y allí auxilié a una joven que, más tarde, perdió el brazo. ¿Has leído algo acerca de la noticia del atentado? ¿Sabes quién era?

—¡Claro! La chica que perdió el brazo... Se llama María Rosa, ¿verdad? No se habla de otra cosa en la calle. Se ha convertido en la comidilla de la ciudad.

—El caso es que nos hemos hecho amigos, y concibo como una traición prestar refugio, en mi casa, a la mujer de Bernard.

—¿Aunque sea inocente y no tenga nada que ver con el atentado?

—A pesar de ello —Andrés hizo una pausa—. Pero tampoco puedo

renunciar a una buena exclusiva. Esa mujer es una mina para una crónica.

—¿Estás hablando en serio? Te estoy pidiendo que la protejas, no que la expongas a los medios; ante la opinión pública, como se hace con el pescado en la lonja.

—Sé lo que me pides y no pretendo ponerla en peligro. Si escribiera su historia, lo haría juiciosamente, cuando pasara la tempestad.

—¿Entonces?

—Entonces, déjame el asunto a mí. Se me ocurre una idea.

V

El padre de Andrés estaba hundido en una mecedora, con los ojos medio cerrados y las manos cruzadas en el vientre, ajeno a lo que allá se cocía. En sus rasgos se reconocían los lazos de parentesco entre ambos, solo que el hombre había desarrollado una demencia o algo así, a juzgar por su expresión ausente. A su lado se encontraba la hija y hermana de Andrés, Anita, sentada en un silla y próxima a la mesa redonda que ocupaba el centro de la estancia. Si uno seguía la línea de la circunferencia, se topaba, en la otra punta, con el periodista, el amigo cura y la mujer con el bebé.

Andrés fue el primero en atreverse a profanar aquel silencio sepulcral que sobrevolaba la habitación y parecía asfixiar a los allí reunidos.

—Es una amiga de Gabriel —necesitó aclarar—. Queremos que se aloje en casa unos días.

—¿Aquí? ¿En nuestra casa? —exclamó Anita.

Anita era cinco años más joven que su hermano. Poseía la misma nariz aguileña que él, pero, por lo demás, no se le asemejaba en nada. Desde pequeña, se había manifestado en ella un enamoramiento idealizado hacia Gabriel que, con el tiempo y a medida que fue creciendo, fue transformándose en verdadera atracción física. Pero, cuando éste ingresó en el seminario, años después, el desengaño y el aborrecimiento se dieron paso, carcomiendo la imagen que de él guardaba, hasta creer que lo había reducido a nada más que serrín. Se engañaba. Ahora que lo veía, acompañado de aquella mujer, se daba cuenta de que no era así. Los celos le atormentaban.

—¿Quién es?

—Ya te lo he dicho, Anita. Es una amiga de Gabi.

—¿Qué clase de amiga?

No podía ignorarse que la mirada que dirigía tanto a Adela como a Gabriel estaba cargada de suspicacia. Éste último, por alusiones, decidió intervenir:

—Es una feligresa que requiere de nuestra hospitalidad. Su marido está en prisión por asuntos políticos.

Andrés miró a su amigo con cierta desavenencia y Anita continuó con el interrogatorio. Nada le importaba que la propia Adela estuviese presente y los escuchara hablar de ella.

—¿Qué hizo su esposo?

—En realidad, no se ha demostrado que hiciera nada…

Gabriel se sentía incómodo ocultando la parte en la que la policía había descubierto explosivos en el apartamento de Adela, pero a pesar de sus reparos, consiguió resistir a la tentación de ser sincero.

—No lo entiendo —esgrimió Adela—. Entonces, ¿por qué está en prisión?

—La policía y los jueces son personas, también se equivocan.

—Es posible… Sin embargo, el hecho de ayudarla a ella, ¿en qué posición nos deja a nosotros? No nos reportará problemas.

—Lo único que nos tiene que causar temor es el juicio del Altísimo.

—Aun así…

Seguían cruzando aquellas dudas, informaciones y advertencias sin molestarse en el efecto que estaban causando en Adela. Por fin, ella se levantó, dispuesta a marcharse. Andrés reaccionó rápido y la detuvo, agarrándola del brazo.

—Te quedas aquí. No hay más que hablar. Así podrás ayudar a mi hermana a cuidar de mi padre.

El señor Mayol continuaba en la mecedora, quieto, sordo y ciego como un vegetal. Entretanto, Anita examinaba con cuidado el rostro del niño y miraba en silencio al cura y a la madre, solapadamente. Como tratando de esclarecer si había parecido físico entre los tres.

Capítulo 6

El precio de la libertad

I

No cabía duda: el señor Schicchi había tenido días mejores. No solo por el desagradable hecho de que su hijo estuviera en la cárcel, malo de por sí, sino por el cúmulo de cosas que acompañaban a esa circunstancia, entre la que destacaba, por encima de todas, el que se hallara encerrado en una prisión extranjera. Esto último había supuesto un impedimento importante, por no decir un dispendio que había malogrado la economía de los Schicchi. Y es que no podían desdeñarse los gastos que la detención de Paolo, su hijo, habían generado.

En primer lugar, había tenido que contratar a un abogado con conocimientos del sistema judicial español que les asesorase oportunamente. Les costó lo suyo encontrarlo, y eso que el señor Shicchi tenía muchos colegas, y, cuando lo hicieron, se dieron cuenta de que, en verdad, había resultado una pérdida de tiempo, puesto que nunca iban a lograr los efectos esperados desde Italia ni éste tendría la misma familiaridad de la legislación vigente que uno natural de España. Así que, a esto, se añadieron los gastos del viaje a Barcelona, que se podían resumir en los siguientes conceptos: un pasaje de primera clase en barco, una habitación de hotel en la ciudad condal, un traductor y un abogado, esta vez catalán… Y, por último (y no menos importante), algunas dádivas para conseguir hablar con uno de los carceleros que custodiaban a su hijo. La entrevista con éste último se estaba produciendo en el bufete del abogado, a plena luz del día, y con la asistencia del traductor, de origen suizo, el cual tenía un buen dominio del italiano y el castellano. Resultó ser que el traductor se movía en los ambientes de Paolo, de hecho era amigo de Maria Margales, la chica con la que salía su hijo (su novia, su amante o cómo diablos quisieran llamarse entre ellos). Ella también había querido estar presente en la reunión, así que casi se podía considerar que eran una multitud congregados en esa habitación, dadas las dimensiones de la misma.

—Bien —dijo el abogado—, creo que ha llegado la hora de que exploremos la mejor manera, a nuestro alcance, de sacar al joven Paolo de la cárcel. He hecho una visita a los juzgados y, por lo que parece, están dispuestos a llevar la investigación hasta las últimas consecuencias. No obstante, sobre él no recaen las mayores sospechas.

Está claro que no pudo encontrarse en la plaza la noche del atentado, ya que estaba, con Maria y otros compañeros, en un establecimiento. Por otro lado, en su apartamento no se hallaron bombas, como sí ocurrió en la vivienda de su colega de redacción... —El abogado tuvo que consultar sus notas para pronunciar el nombre que buscaba—. Paul Bernard. De todos modos, el piso en el que residía Bernard hacia las veces de sede de *El Porvenir Anarquista*, y aquí es donde tenemos la raíz del problema. En resumidas cuentas, es por donde podrían involucrar a Paolo. Ahora bien, delante nuestro hay una llave que, tal vez, serviría para abrir la celda de nuestro joven. —El suizo, amigo de Paolo, estaba dándose prisa en traducir al oído del señor Schicchi todo la soflama que pronunciaba el abogado, sin perder detalle. En ese punto del relato, el letrado había dirigido una mirada altamente significativa al carcelero—. No sería la primera vez que se arreglan estos asuntos del modo que vamos a tratar de hacer —previno con astucia—. Con esto, quiero decir que evitemos escenas ensayadas sobre el honor y la integridad profesional.

El día anterior, el señor Schicchi y el abogado habían preparado bien aquella reunión, conque ambos sabían más o menos lo que venía en cada momento. Y ahora había llegado el turno de él. Arqueó la espalda y se aclaró la garganta, diciendo en italiano:

—Mi hijo es inocente. —Y aguardó a que el traductor cabalgara tras sus palabras, que iba pronunciándolas poco a poco, pero seguras—. Esto se demostrará más pronto que tarde, aunque quizás para él no sea suficiente. Me dicen que su salud está en peligro en la cárcel; ésta se resiente con facilidad, puesto que mi hijo tiene problemas de antes que ingresara en prisión. A esto se le añade un corazón débil, de resultas de un disparo que recibió en Sicilia, de parte del padre de una joven de la que mi hijo se enamoró. —El señor Schicchi sonreía, amargamente, al tiempo que sus ojos se desviaban por un segundo hacia Maria Margales—. Ese es el problema de mi hijo, que es demasiado pasional. Sin embargo, es buen chico. En fin, estoy dispuesto a pagar bien por la libertad de mi hijo. Necesito saber cuál es el precio.

El abogado esperó a que su cliente terminara para posar su circunspecta y calculadora mirada sobre el carcelero, de tez cetrina y ojos biliosos.

—¿Qué nos dice? —preguntó, una vez había llevado la tensión hasta los límites necesarios que su curtida experiencia conocía para alcanzar el éxito.

El interpelado contestó:

—Que salen y entran muchos hombres por las puertas de esa

prisión para tener cuenta cabal del número.

—Así que nos ayudará...

—Depende de la cantidad que hayan pensado en darme.

Maria Margales dijo:

—Hemos reunido algo de dinero entre los amigos. Quizás, eso valga.

El señor Schicchi, en señal de autoridad, alzó la mano. Su rostro, en ningún caso, se perturbó. Mirando al carcelero, respondió:

—No se preocupe por ello. Quedará complacido.

II

Al cabo de una semana, Paolo Schicchi salió de prisión con lo puesto: en mangas de camisa y un pantalón fino que apenas le protegía del frío de las primeras horas de la mañana. En él, solo se veía desolación: en los arañazos y cardenales que coleccionaba, en la barba y el peinado desaliñado y en la delgadez de su cuerpo, que se había reducido hasta convertirse en una cáscara de piel.

Su padre y Maria Margales habían esperado impacientes en las puertas de la cárcel de Montjuic a que él apareciese y, cuando lo hizo, se abalanzaron sobre su fragilidad, intentado reanimarlo con su amor. Pero Paolo, en realidad, estaba más vivo de lo que parecía a simple vista. Y, enseguida, lo demostró, volviéndose hacia aquella masa compacta y oscura, que llamaban presidio, para lanzar sobre ella los más bajos y depravados exabruptos en su italiano natal.

Pronto, el señor Schicchi reprobó su conducta y se lo llevó lejos, con temor de que lo regresaran, de nuevo, al agujero que lo había privado de libertad durante tantas semanas.

Ya en la habitación del hotel, y agotadas las muestras de cariño que había almacenado para él en aquellos días de espera, el señor Schicchi le aseveró:

—¿Cómo eres tan poco juicioso? ¿No has tenido suficiente con lo que has vivido? ¿Por qué te pones a insultarlos en las puertas de la cárcel?

Paolo estaba dando buena cuenta a un bocadillo de jamón y a una botella de vino que su padre había ordenado llevar al servicio, mientras espiaba el trajín de la calle apoyado con los codos en el alféizar de la ventana. Por su parte, Maria permanecía a su lado, sentada en el suelo y reclinada, con ternura, sobre sus rodillas. Lo observaba con una beatitud, una expresión que rayaba lo devocional y sagrado.

—Dime —continuaba su padre—, ¿cómo se te ocurre meterte en estos problemas? ¿Te imaginas en que estado de nervios se encuentra tu madre?

Era tal su indignación que el señor Schicchi no soportaba estar sentado. Por lo contrario, se estaba paseando por la estancia, dando

vueltas en zigzag.

—No solo tu madre, ¡tus hermanas también están preocupadas! ¿Qué pasa?, ¿no dices nada?

—La lucha por la libertad es más poderosa que todos los hombres juntos —fue la respuesta de Paolo.

El padre se encolerizó:

—¡Tu no estás luchando por la libertad, sino por la falta de ella! ¡Y, de verdad, que estabas teniendo éxito, si no llega a ser por mí!

Las voces retumbaron en las paredes y se apoderaron del espacio. Hasta lograron turbar a Maria de la ensoñación mística en la que sus sentidos se habían hundido.

—Ahora, lo que haremos será volver a Italia —dijo el padre.

El hijo negó con la cabeza.

—Todavía me quedan asuntos que resolver.

—¡No digas sandeces! Eres casi un fugitivo. ¿Te piensas que puedes andar por la calle tan tranquilo? ¡He pagado por tu libertad, pero no íntegramente! Solo lo justo para atravesar los muros de tu celda y cruzar la frontera... Por cierto, cualquiera diría que tu razón se ha quedado al otro lado.

—No te pedí que me ayudaras.

Parecía que Paolo sabía que teclas pulsar para hacer enfurecer a su progenitor.

—¿Te has visto en un espejo? ¡Estás lleno de cicatrices! —Un silencio de luto les sobrevoló—. Hijo, eres un ingrato... Y sin embargo, no voy a dejar que derroches tu vida. Nos iremos quieras o no.

Maria, a pesar de haber escuchado al señor Schicchi con atención, no lo había entendido completamente, pero comprendía el punto de dramatismo que, para ella y su enamorado, encerraban sus palabras.

—¿Qué te ha dicho?

Paolo se cambió al español, sin dejar de aguantar la mirada a su padre:

—Que nos apoya y que la policía y los jueces son unos cerdos.

Ahora le sucedía al señor Schicchi. Aunque no desentrañó el significado de la frase de su hijo, se había fijado en su musicalidad y, lejos de sonar a paz, las palabras repicaban como tambores de guerra.

—Voy a pagar la cuenta y preparar las maletas.

Bajó al vestíbulo, sospechando que su ausencia de unos pocos

minutos propiciaría una fuga por parte de Paolo. Pero, en el fondo, sentía que tenía que poner a prueba su confianza en él. Por eso, cuando volvió a la habitación, después de abonar la factura y pedir un coche, no se sorprendió al verla vacía. Únicamente, le devoró una ira muda.

A decir verdad, Paolo había entrado en razón y regresaría al hotel aquella misma noche. Tan solo quería visitar a Adela, antes de marcharse para siempre a su país, y decirle cuánto le había echado de menos y cuánto le iba extrañar en adelante. Maria era hermosa y, Paolo, le tenía aprecio. No obstante, ni la deseaba ni la amaba del mismo modo que a Adela. El amor que por ella sentía era mucho más grande.

Paolo no encontró a Adela en su apartamento, y no se pudo despedir. De buen seguro, no habría regresado a Italia de haber sabido que ella llevaba en su vientre a un hijo suyo.

III

En el café de París sonaba el incesante barboteo de las conversaciones y las risas de los clientes. El inspector Vinicio Palacios estaba en una mesa apartada, divirtiéndose con dos compañeros más de la policía, bebiendo cerveza y fumando, cuando una sombra pequeña y desfigurada se le acercó por la espalda.

—¡Enhorabuena! ¡Han vencido al miedo y han logrado cruzar las puertas de este local!

Un hombre de estatura enana, nariz semítica, perilla de cabritilla y jorobado les obsequió con una sonrisa desportillada. El más joven de los tres inspectores fue el encargado de contestarle:

—¿A qué tendríamos que tenerle miedo, Gepic?

El hombrecillo se pegó renqueando a la mesa.

—A la bomba que colocaron hace cuatro días en la plaza y que iba para ustedes.

Los inspectores se sonrieron. Vinicio cogió su jarra y bebió.

—¿Quién ha dicho eso?

—No sé… La gente.

—No debes hacer caso a todo lo que dice la gente, Gepic. Hay una afición insana en este país por contar mentiras.

—Y no les falta razón —repuso Gepic, haciendo una reverencia—. No sé por qué doy crédito a cualquier tontería que escucho, ni por qué me entretengo divulgándolas. Yo solo venía a explicarles cómo se come una almeja.

El policía joven alzó las cejas; Vinicio y el otro soltaron risas ahogadas.

—Si al acabar, les ha gustado mi intervención o creen que ha sido instructiva, aceptaré cualesquiera que sean las dádivas que, generosamente, quieran ofrecerme.

—Empieza ya, Gepic, que se nos hace tarde —dijo, en chanza, el inspector que todavía no se había pronunciado.

—Lo haré —advirtió el jorobado, estirando el índice, largo y huesudo, de su mano derecha—. Primero deben saber que, una

almeja, un preciado manjar es. El mar está lleno de ellas, pero tendrán que buscar ya que algunas infectadas hallarán. Una vez encontrada, la que más os satisfaga, abran bien sus valvas.

Gepic juntó los brazos y los separó a la vez.

—La almeja tiene que estar lubricada para notar bien su sabor. ¿Y qué hago si no tengo a mano un limón? No se preocupen, yo les doy la solución: arrimen la punta de la lengua y chupen y chupen con fruición.

Vinicio, el Vinagret, le interrumpió:

—Venga, Gepic. Sabemos, perfectamente, como se come una almeja. A lo mejor el inspector de la Vega, por ser el más joven de nosotros, aún no ha tenido ocasión de probarlas. En cualquier caso, es algo que se aprende sin necesidad de enseñanzas.

De la Vega lanzó un puñetazo amistoso en el hombro de Vinicio.

—En ese caso —insistió el jorobado—, puedo cantarles una hermosa canción.

Gepic no esperó a que le dieran permiso. Su voz nasal y pastosa atravesó los arabescos de humo que los puros y cigarrillos habían formado en el cielo de la cafetería.

—Caminito de la Andalucía me dijo un gitano si la quería…

En ese preciso instante, se escuchó el sonido brillante y fuerte de un organillo al otro extremo de la sala. Gepic pasó de la sorpresa a la indignación en muy pocos segundos, mientras pugnaba por hacerse oír.

—… para los gitanos no me peino yo. Yo me peino para los toreros que matan los toros con mucho primor.

Vinicio sacó una moneda y se la entregó al jorobado.

—No te esfuerces. Nos ha encantado, de verdad.

Al recogerla y comprobar su valor, Gepic quedó satisfecho.

—Gracias, inspector. Es usted siempre muy generoso.

—Ahora, vete a sablear a los de otra mesa.

—Gracias, inspector. Es usted un caballero de los pies a la cabeza.

El organillo siguió tronando su alegre música y Gepic se apartó a una mesa de estudiantes ruidosos, hasta que desapareció de la vista de los tres policías del cuerpo de vigilancia.

Mientras tanto, en el otro extremo, se abrió la puerta del local y entraron Andrés y Gabriel, sin que ninguna mesa reparara en ellos

dos. Era mayor el interés que tenían las charlas despreocupadas y amenas de los clientes, llenas de recuerdos y divertidas anécdotas, que la aparición de los recién llegados.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Estás seguro de que servirá de algo? —planteó su duda, Gabriel a Andrés; igual que Santo Tomás a Jesús.

—¡Claro que sí! —exclamó el periodista—. Déjame a mí hacer mi trabajo y tu, entretanto, reserva la extremaunción para el canalla que puso la bomba que dejó sin brazo a María Rosa. Me da igual quien sea, como si es el francés al que proteges, que lo pagará bien caro.

Se sentaron en una mesa que había quedado libre, sin dejar de mirar en derredor suyo. En la mirada de Andrés brillaba la excitación, como si intuyera que dentro de la cafetería París estuviera la solución al misterio que trataban de desentrañar.

—Repasemos los hechos —dijo—. El pasado 9 de febrero estalla una bomba en la plaza, a pocos metros de donde estamos sentados. Iba dirigida a la policía secreta, que frecuenta esta cafetería. Por cierto, ¿identificas a algún policía entre los clientes?

Gabriel arrugó la frente, extrañado. ¿Cómo iba a reconocerlos? No obstante, se giró a observarlos.

—¿A qué policía quieres que identifique? Ni que se contaran entre mis feligreses.

—Bueno, ¿no es verdad que fuiste a la comisaría hace poco?

—Sí... —balbuceó Gabriel, recordándolo súbitamente—, pero fue una visita fugaz. Tan solo, conocí al inspector al cargo de la investigación y a dos de sus hombres de confianza.

—Conociste al jefe Freixa, ¿te parece poco? Es el azote de los criminales.

Gabriel no supo si se escondía la ironía en las palabras de Andrés. El camarero vino a atenderlos y ambos pidieron un café.

—Amigo mío —le dijo Andrés a Gabriel—, jamás te tendrías que haber metido a cura. Lo tuyo no es la psicología humana y, por si no te acuerdas, tenías un gran porvenir en el mundo del deporte. No he conocido a nadie que corra como tú, y el boxeo tampoco se te daba mal. De haber seguido la práctica del atletismo ahora estarías compitiendo.

—Te equivocas en algo: sigo corriendo.

—Seguro que has perdido facultades.

—¿Quieres ponerme a prueba?

Estaban enzarzados en esa riña amistosa en el momento que se les acercó a la mesa un jorobado.

—¿Les canto una copla? —Gepic bajó la cabeza en señal de respeto hacia Andrés y se persignó cuando le llegó el turno de saludar a Gabriel.

—Se lo agradecemos —contestó el primero—, pero no estamos de humor para canciones. —Iba a despacharlo, pero su instinto de periodista le sobrevino—. ¿Acude mucho a este lugar?

—El suficiente para saber que no son clientes habituales.

—Entonces, le podemos considerar, a usted, un parroquiano de esta congregación, ¿no?

Gepic miró a Andrés y, luego, a Gabriel con una expresión divertida en sus ojos saltones.

—Llevamos un temporada horrible, ¿verdad? —dijo el hombrecillo, ignorando la pregunta o, tal vez, intuyendo su calado—. Con esas pobres criaturas, víctimas de la injusticia...

—Me imagino que habla de las víctimas de la plaza.

—¡Por supuesto! —exclamó Gepic—. ¿No es de eso de lo que quieren hablar? ¡Cuánta ignominia y cuánta maldad! Si estuviera vivo Canonge, no lo soportaría… En su plaza, donde fue limpiabotas y se convirtió en el mago más famoso…

—Canonge, claro... —murmuró Andrés—. Dicen que los anarquistas colocaron la bomba en la plaza porque en esta cafetería vienen policías. Así se vengaban, de alguna forma, de los ajusticiados de Jerez.

Gepic tomó una silla que estaba desocupada en la mesa de enfrente y se sentó con ellos. En el trámite, Gabriel y Andrés se fijaron en su cojera.

—Sí, aquí vienen muchos policías. —Había una expresión ávida en el rostro del jorobado—. ¿Qué desean, exactamente? Estoy seguro de que están buscando algo. ¿Por qué, si no, tanta pregunta encubierta?

Andrés no pudo evitar sonreír.

—Es usted listo.

—Mi madre me decía que era muy vivo.

—¿Qué policías vienen? —insistió el periodista.

—Allí hay tres —Gepic se volvió hacia el lugar en el que estaban Vinicio y los otros dos inspectores, pero ya se habían ido. En su lugar había una mesa y tres sillas vacías—. Al parecer ya no están, pero

había tres... —se corrigió—. De vez en cuando se pasa por aquí uno que me dejó esta pierna fina.¡Ojalá la bomba le hubiera explotado a él!

—¿Por qué le pegó?

—¡Por ninguna razón! ¡Él es un sádico! Es curioso... El detective Nogués quería hacer carrera en la iglesia, por eso le llaman el Novicio. —Se giró, esta vez, en dirección a Gabriel—. Hace cincuenta años, la Rambla estaba llena de conventos. ¿Sabía que la Plaza Real era un antiguo convento capuchino?

—No estoy seguro...

—Soy viejo, y mis ojos han visto mundo. El inspector Nogués no es trigo limpio. No hubiera entrado en ninguno de ellos.

—¿Cómo sabe que quería ser religioso?

—Él no se cansa de repetir que estuvo a punto de entrar en una orden.

—¿A usted también se lo dijo?

—Antes de que estuviera a punto de romperme la pierna. Y, además, es impotente. ¡No miento! Alguien lo vio comprando el Herculex eléctrico.

—¿Qué es eso? —preguntó Andrés.

—Es una faja que suelta descargas eléctricas. Para que se te ponga dura —susurró Gepic.

A Andrés le estaba agotando aquella conversación. De hecho, estaba a punto de despacharlo cuando Gepic captó su atención:

—Le puedo dar una información sobre el atentado, pero tiene un precio.

—¿Por qué cree que le iba a pagar por una información sobre el atentado? —le interrogó Andrés, haciéndose el interesante.

—Porqué es un periodista y los periodistas se nutren de carroña como la que yo tengo para usted. Eso sí, a cambio de dinero.

¿Resulta tan evidente que soy periodista?, se preguntó Andrés para sus adentros. Aunque no estuvo demasiado tiempo entreteniéndose con aquel planteamiento. Sacó unas monedas de su bolsillo, dispuesto a arriesgarse a escuchar una tontería de los labios aquel astuto personaje.

—No está mal —comentó Gepic, contándolas en su mano—. Hay un tipo, que anda suelto por ahí, asegurando que su amigo era el trapero muerto en la plaza.

Los ojos de Andrés y Gabriel se agrandaron.

—¿Cómo dice? —le soltó el periodista—. ¿La policía lo sabe?

Gepic se encogió de hombros.

—¿Y quién es ese tipo?

—Déjame recordar..., tengo una memoria... Es como si estuviera a oscuras, pero con algo de luz, quizás, lo viera más claro. Esas monedas que guarda en el bolsillo reflejan muy bien los brillos del sol.

Ahora sí que se le planteaba un dilema. ¿En serio sabía algo o le estaba tomando el pelo? ¿Era mejor parar aquella farsa o continuar vaciando la bolsa? Fue Gabriel quien lo solucionó:

—¡Váyase a otro lado, haga el favor!

Gepic sonrió como una hiena y, acto seguido, abandonó la mesa, sabiendo que no valía la pena perder más tiempo allí.

—¿Y si decía la verdad y conocía algún dato importante? —pensó en voz alta Andrés, una vez se hubo marchado.

Gabriel sacudió la mano en el aire.

—Ese tipo era un mentiroso. Seguro que nada de lo que ha contado era cierto.

Se tomaron el café y salieron a la plaza. Sus pesquisas como detectives aficionados no habían dado sus frutos y emprendieron, desanimados, el camino, cruzando los soportales en dirección a la calle Fernando VII. Estaba lloviznando. Andrés dijo:

—El cojo no era un mentiroso, más bien era un artista. Pensaba que yo tenía talento para tejer historias, pero hoy me han dado una cura de humildad...

En ese momento, Gabriel paró en seco su marcha. Andrés se detuvo al instante con el fin de averiguar si le sucedía algo a su amigo.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó, aunque no muy convencido—. Es por lo que has dicho.

—¿El qué? ¿Que el jorobado me ha dado una lección de humildad?

—¡No! ¡Lo de que es un artista!

—¿Y?

Andrés se fijó en que a Gabriel le resplandecían los ojos. Solo entonces supo que algo grande se le había ocurrido.

IV

El lienzo estaba cubierto de pinceladas gruesas y planas, que sobreponía el pintor con rapidez y furia, como si tratara a golpe de color arrancar una forma, solo que por el momento lo único que se veía era una masa indefinida. Andrés acercó la nariz a la tela, comparando la representación con la realidad. Frente a él tenían el basto mar y un cielo tormentoso. Claramente, se observaba la influencia de los maestros impresionistas de Francia en el dibujo.

—Me gusta la atmósfera que creas —sentenció.

Apel·les, su amigo y colega, ilustrador de *La campana de Gràcia*, sonrió satisfecho con el comentario. A pesar de que lo escuchaba, no dejaba de aplicar aquellas pinceladas poderosas en el cuadro, que estaba fijado sobre un caballete. Tenía las manos salpicadas de pintura y, a sus pies, había desplegada una maleta llena de tubos de pintura, pinceles de diferente grosor y disolventes.

—Supongo que no has venido hasta aquí para valorar mi obra —contestó, al cabo.

Estaban casi en la cima de la montaña de Montjuic, asomados a un desfiladero y era un día de perros, de modo que cabía pensar aquello. Andrés se encendió un cigarrillo, a la vez que seguía con la mirada una bandada de pájaros que se alejaba tierra adentro, haciendo filigranas en el aire húmedo y espeso.

—Tienes razón. No me disgusta ver como pintas, pero me traen otros menesteres. Necesito tu ayuda.

—¿Quieres un retrato?

—Tal vez, en otro momento. En realidad, me gustaría averiguar hasta donde llegan tus contactos en el mundo del arte.

—¿Has pensado en exponer tu obra? ¡Ni siquiera sabía que pintabas! ¿O, quizás, te dedicas a la escultura?

Andrés no pudo evitar soltar el aire de sus pulmones en una breve y sonora carcajada.

—¡Estás equivocado, no es eso! Ando en busca de alguien.

—Ya me extrañaba a mí... ¿De quién?

El periodista, de perfil picudo, suspiró, expulsando una nube de humo que disolvió el viento en el acto.

—¿Recuerdas que en el atentado de la Plaza Real murió un trapero?

—¡Sí, claro! Cubrimos la noticia en el diario, hasta hice un boceto del tipo tendido en el suelo que, por cierto, Innocenci rechazó.

—Pues puede que no fuera un trapero.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre Apel·les que detuvo lo que hacía.

—¿Quién afirma tal cosa? ¿La policía?

Andrés estuvo a punto de decirle que la ocurrencia la había tenido su amigo Gabriel, el cual era cura. Pero temió que aquel detalle restara credibilidad a la teoría. Era probable que se lo hubiera tomado a broma o como una revelación mística sin fundamento.

—Estoy trabajando en esa hipótesis. La policía no tiene nada que ver. Si quieres que te diga la verdad, dudo que la policía esté interesada en descubrir lo que sucedió.

—¿Y qué te hace pensar que no era un trapero? ¿Acaso, crees que era un artista? ¿Por qué?

—¡Fácil, tanto que se nos ha pasado por alto! Entre las posesiones del muerto se encontraron lápices de la marca Faber, de distinta dureza.

Apel·les se quedó dudando unos segundos. Sostenía el pincel sin vigor, como una flor marchita.

—¿Solo por eso crees que era un artista?

—¿Por qué, no? Es la pista más firme que hemos encontrado hasta la fecha. Ningún trapero de la ciudad ha identificado el cadáver y lo único que lo relaciona con tal ocupación son las vagas impresiones de algunos de los vecinos del barrio, que ni siquiera se muestran consistentes. Además, el muerto guardaba en el bolsillo un peine y una pastilla de jabón. ¿Dime cuántos traperos tienen cuidado de su aseo personal?

—¡Y yo que sé! Es más, ¿qué te hace pensar que un trapero no tendría interés en su aspecto físico? No te parece una opinión demasiado clasista.

—Tenemos que trabajar con estereotipos para avanzar en la investigación, ¿no te das cuenta?

Apel·les bufó desesperado.

—¿De qué investigación me hablas? ¿Estás perdiendo la cabeza?

—¡Hablo de mi investigación, del reportaje que voy a escribir sobre la bomba de la Plaza Real, contando la verdad del asunto y haciendo justicia al daño que ha sufrido María Rosa!

—Otra vez esa tal María Rosa... ¡Lo que te pasa es eso! ¡Estás enamorado de ella!

Ahora era Andrés el que sentía que se impacientaba.

—María Rosa no es para mí; está enamorada de Ramón, su novio. ¡Se van a casar! Lo tengo asumido, Apel·les. Simplemente, quiero desenmascarar este misterio, para hacerle honor a ella y a las demás víctimas del atentado.

Pasaron unos treinta segundos sin que ninguno de los dos desvelara sus pensamientos. Transcurrido ese tiempo, Apel·les regresó a su cuadro, en el que trataba de hacer surgir un mar agitado.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres que haga?

—Necesito que averigües si hay algún artista de la ciudad que haya desaparecido en el último mes, alguien a quien se le eche de menos y del que no se sepa su paradero...

De nuevo, Apel·les opuso resistencia:

—¿Y qué importa eso? ¿Qué importa que el tipo muerto fuera trapero o artista?

—La pregunta que importa es: ¿por qué un artista se hacía pasar por trapero en la Plaza Real? Porque si hay algo seguro es que aquel individuo quería dar la impresión de que era uno: bajo los harapos, vestía ropa interior de punto.

Apel·les miró resignado el horizonte. No podía negar que algo raro había en todo aquello.

V

Gabriel se dispuso a vaciar el cepillo de la entrada de la iglesia, después de una semana sin hacerlo. En su interior, únicamente encontró aire, así que tuvo que conformarse con los pocos donativos que había recogido en el cajón del lampadario que había junto a la figura de Santa Mónica. Guardó el dinero en el armario de la sacristía y se dirigió al confesonario. Eran ya las seis de la tarde, media hora antes de la penúltima misa del día.

No esperaba que alguien se acerca tan pronto para recibir el sacramento de la reconciliación. Al otro lado de la celosía, se pronunció una voz grave, aunque juvenil:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —dijo, maquinalmente, Gabriel. Y añadió, en el mismo tono—: Que el Señor esté en tu corazón para que puedas arrepentirte y confesar con humildad todos tus pecados.

—¿Es usted el padre Gabriel, verdad? —preguntó el desconocido.

Al aludido se le erizaron los vellos de la nuca y su sistema nervioso se activó como por ensalmo.

—¿Quién pregunta por mí?

—Me llamo Matías —dijo la voz susurrando.

—¿Qué puedo hacer por ti, Matías?

—Creo que ambos podemos hacer algo por los dos.

Gabriel se fijó con mayor interés en el individuo. A pesar de que la luz no era muy buena, podía ver que estaba peinado al desgaire y tenía un bigote ralo. De pronto, Gabriel tuvo una corazonada. Hacía unos días que Andrés había hablado con un compañero suyo del diario que ejercía de ilustrador. Había hecho un llamamiento a través de él con el fin de conseguir alguna pista sobre la única víctima mortal que se había cobrado el atentado de la Plaza Real. Según Gabriel, éste nunca había sido trapero, sino un artista. Cualquiera que quisiera dar una pista estaba convocado a la iglesia de Santo Domingo, fuera cual fuera la hora. El anonimato estaba garantizado, tan solo, quien acudiera, tenía que acercarse hasta el confesonario, media hora antes de que se celebrara una de las cuatro misas del día.

—¿Qué quiere decir?

—Que yo tengo información que creo que es de su interés, mientras que usted puede explicarme qué pasó con mi amigo.

—¿Quién es su amigo?

—Aquel que afirman que era el trapero de la Plaza Real.

—¿Es amigo del trapero? —exclamó Gabriel.

—Él no es un trapero.

—Eso ya me lo imaginaba —repuso, de inmediato, cayendo en la cuenta de que se contradecía con sus propias palabras.

Acto continuo, se acomodó en el banco y se preparó para escuchar a su interlocutor.

—¿Por qué dicen que mi amigo murió en el atentado?

—No puedo asegurarle de que sea su amigo... El caso es que en los bolsillos de la víctima se encontraron los típicos utensilios que utiliza un artista. ¿Su amigo era uno?

—Mi amigo lo es —contestó con firmeza—. Me resisto aún a hablar de él en pasado, a pesar de que hará algo más de un mes que le perdí el rastro.

—¿Cómo se llama?

—No sé si hago bien hablando con usted... —su voz vibró, en ese punto, insegura.

—¿Por qué duda?

—Porqué no quiero correr la misma suerte que él.

Gabriel tuvo que controlar su agitación. No quería que su impaciencia lo asustara. A partir de ahora tenía que ir con pies de plomo.

—¿Quiere decir que no quiere acabar muerto?

Una lucha se estaba librando en el interior de Matías.

—Aunque le haya dicho, antes, que me niego a pensar que esté muerto, tengo que reconocer que desde el principio supe que algo malo le había sucedido.

—¿Un accidente?

—Es imposible prefigurar un accidente con tanta certeza como la que yo he tenido. Me imagino que detrás de todo lo que ha ocurrido esta ese policía.

—¿Qué policía?

—No sé como se llamaba. Mi amigo se refería a él como el Novicio.

Gabriel deseaba tanto tener un pedazo de papel y algo para escribir que miró ansiosamente sus manos. Acto seguido, sintió un escalofrío subiéndole por la columna vertebral. ¿Dónde había oído aquel nombre? Una imagen le golpeó la frente. ¡Era el jorobado del café de París! ¿El policía al que había acusado de haberle roto la pierna no se llamaba también así? ¿Qué había dicho acerca de él? Todos aquellos pensamientos se agolpaban en su cabeza, sin darle tiempo, apenas, a ordenarlos.

—Empecemos desde el principio —le dijo a Matías—. ¿Quién era su amigo?

—Ernesto... Ernesto era estudiante, como yo, de la escuela de Bellas Artes de la Llotja de Mar. Tenía un talento extraordinario y habría sido un gran pintor. Venía de un pequeño pueblo de Aragón, igual que Goya...

—Un momento —le cortó Gabriel—. ¿Su amigo era estudiante? ¿Qué edad tenía?

—Veintidós años.

—Sin embargo... —murmuró Gabriel, desilusionado—. Dicen que el trapero que murió alcanzaba los cuarenta.

Matías examinó muy concienzudamente la celosía que los separaba.

—Mi amigo llevaba muy mala vida... Oiga, ¿quién es usted? Pensaba que iba a llevarme a hablar con un periodista.

—Ayudo con la investigación al periodista al que alude. Por cierto, ¿era Ernesto anarquista?

El joven se rió ante semejante ocurrencia.

—¿Qué se lo hace pensar? Muy probablemente, si él lo hubiera sido, yo también lo sería, conque no hubiera cruzado las puertas de esta iglesia. No le interesaba la política en lo más mínimo. No creía en nada que no fuera su arte y Lucía.

—¿Lucía?

—¡Sí! ¡Era su amada, su musa! Pero ella lo abandonó por otro tipo con mayor riqueza material que él. Así que Ernesto se dio a la mala vida, como le contaba... Primero se emborrachaba hasta perder el control, luego empezó a frecuentar los fumaderos de opio del puerto. Yo mismo fui testigo de su decadencia... Verá, todos los artistas encontramos inspiración en el fango, aunque ese barrizal era demasiado para mí. Nunca quise acompañarlo. Y Ernesto siguió en ese estado hasta que la policía hizo aquella redada en la que lo

detuvieron. Fue cuando conoció al tal Novicio.

—Antes dijo que Ernesto murió tras conocer a ese policía. ¿Por qué cree que él tiene algo que ver con su muerte?

Capítulo 7

Llorarás por mí

I

—Responde al nombre de Fidel Nogués. Es inspector del cuerpo de vigilancia, y trabaja bajo las órdenes de Daniel Freixa. No obstante, todo el mundo lo llama el Novicio.

Andrés reproducía estos datos con la seguridad que le procuraba su cuaderno de notas, abierto ante él. Permanecía sereno y satisfecho, sentado en una de las butacas que había en el despacho de la redacción de *La campana de Gràcia*. A su lado, estaba el padre Gabriel, el cual era objeto de las atentas miradas de los dos hombres que los habían recibido aquella mañana: Josep Roca, director del periódico, y Innocenci López, el propietario. De alguna manera se preguntaban qué diablos hacía un hombre de la Iglesia allí, qué pintaba en todo eso.

—El origen de tal apelativo es curioso —prosiguió Andrés, con una sonrisa que podría haber pasado por beata—. Se cuenta que, antes de meterse a policía, había barajado vestir los hábitos sacerdotales.

A esas alturas del relato, decidió Innocenci que era oportuno desentrañar el motivo por el cual Gabriel se encontraba con ellos.

—¿Es usted amigo del policía o lo ha sido en algún momento?

Gabriel se sintió desconcertado por lo inesperado del interrogante.

—Yo... ¡No! ¿Por qué?

Andrés acudió a su socorro.

—Es amigo mío, de la infancia. Ha participado en la investigación, desde el inicio. Su contribución ha resultado clave para llegar a estas conclusiones.

Josep se encorvó sobre la mesa que separaba a ambos bandos. Su expresión era de todo menos amable:

—Andrés, déjame que lo entienda... ¿Estás acusando a un policía de estar detrás del atentado de la Plaza Real?

—Eso he dicho.

—¿Y cuáles son tus fuentes?

—Tenemos el testimonio del amigo del presunto trapero, el cual, en realidad, era un artista.

—Sí, sí... —le cortó Josep, con malos modales—. Eso me ha

quedado claro... El trapero guardaba en los bolsillos lápices y llevaba calzoncillos de seda...

—No eran de seda —apuntó Andrés sobre la voz de su superior, pretendiendo hacerse oír.

En cambio, Josep se lo impedía:

—Solo con ese detalle no se puede cerrar una investigación y, mucho menos, fundamentar las conclusiones a las que pretendes llegar.

—El policía se relacionaba con la víctima. Le pedía que se infiltrara en los ambientes anarquistas para conseguir información a cambio de droga.

—Eso es lo que te ha contado tu testigo, pero ¡podría ser mentira! ¿Acaso lo has contrastado?

—¿Dónde lo contrasto? —le preguntó Andrés airado, sacando a pasear su genio—. ¿Pretende que vaya a la comisaría y entreviste al tal Novicio?

—¡No extraigas de mi boca palabras que no he dicho! —gritó el director del diario.

El ambiente se estaba enrareciendo por segundos. Innocenci intervino:

—Sea cabal, Andrés —dijo, adoptando los aires de un decano—. ¿Qué interés iba a tener el policía en provocar un atentado? Soy algo viejo, pero creo que todavía pienso con claridad. Y en las ideas que nos trae y nos expone no veo un halo de luz.

Igual que el propietario del diario había relevado al director, Gabriel tomó las riendas de la conversación. Su voz era pareja a la de Innocenci en cuanto a solvencia y confianza, pero, además, en ella destacaba esa plena serenidad que solo otorga el saberse poseedor de la verdad.

—Fidel Nogués no actuó solo. Él, únicamente, es un fanático. Estoy convencido de que detrás se encuentran sus jefes, entre ellos Daniel Freixa. Se sirvieron de Ernesto, el tipo que hicieron pasar por trapero, para colocar la bomba. Éste la depositó en una de las jardineras de la plaza, frente al café de París, lugar de encuentro de la policía secreta. Evidentemente, ningún agente se encontraba en el local.

—¿Por qué iría a hacerlo?

—Ernesto por su adicción, subvencionada por Fidel Nogués. Pero fue cosa de la policía.

—¿Y por qué la policía quería que él lo hiciera? —detrás del gesto

de Innocenci había una expresión de profundo menosprecio hacia Gabriel.

—Porqué esa explosión, vista por la opinión pública como un atentado anarquista, serviría de pretexto para detener a un innúmero de simpatizantes de esa ideología. Recuerden que, tan solo unos días atrás, habían sido agarrotados siete anarquistas en Jerez. En algunas partes de la ciudad había una atmósfera prerrevolucionaria. Los diarios publicaban artículos contra el gobierno y las fuerzas del orden. Se necesitaba algo que hiciera girar las tornas y apuntara a los anarquistas como los malos de la historia.

—Resulta paradójico que usted, un cura, se haya erigido el abogado de esta causa —notó Innocenci, con una sonrisa socarrona.

—No soy abogado de nada —se defendió Gabriel—. Estoy solo tratando de esclarecer unos hechos. Después de la bomba, se produjeron detenciones por toda Barcelona. Uno de los detenidos fue Paul Bernard, francés de nacimiento, y su compañero de redacción, Paolo Schicchi, oriundo de Italia. Ninguna prueba se presentó contra ellos, salvo algunas faltas y costumbres indeseables. ¡Pero no importaba! Eran los sospechosos perfectos. Eso no impidió que durante unas semanas las prisiones estuvieran llenas de anarquistas. El objetivo se había cumplido. Ahora la población había olvidado el asunto de Jerez y estaba orientada hacía la nueva buena. Por si fuera poco, estaba toda la tragedia de esa joven que había perdido el brazo, María Rosa. Y la historia de amor entre ella y su novio, también víctima del atentado. ¿La aceptaría él tal cual era, incluso después de que su belleza hubiera quedado mutilada? ¡Perfecto! Ya no se hablaba de otra cosa en las tabernas y en las cafeterías. Al cuerpo de vigilancia le había quedado una jugada maestra. ¿Quién iba a sospechar de ellos, si habían sido el objetivo de los terroristas? Unos terroristas, a la postre, inexistentes. Y sin embargo, ¿quién va a contradecirlos? El único que podía decir la verdad está muerto. Y todos creyeron que era un trapero vagabundo, sin familia ni conocidos que lo reclamaran.

II

La defensa que había hecho por la causa Gabriel había sido insuperable y, a pesar de ello, no había servido para mover ni un ápice las posturas de Josep y, en último instancia, Innocenci. La noticia no iba a publicarse en *La campana de Gràcia*. ¿Cómo iban a acusar a la policía de un atentado? ¿En qué cabeza cabía? ¡Si ni siquiera existían pruebas que los apuntaran, más allá de conjeturas y alocadas teorías!

El ánimo de los dos amigos estaba por los suelos cuando salieron de la redacción.

—Ha sido un golpe duro, pero encontraremos otro medio que nos publique la noticia.

—¿Qué nos publique? —preguntó Gabriel a Andrés—. Yo no entro en juego. Solo quería que tu pudieras hacerlo.

—Y te lo agradezco, de veras. Has estado soberbio. Esa gente tiene el corazón de hielo y un instinto periodístico de pena. ¿En serio no se dan cuenta del hueso que acaban de dejar escapar?

—La acusación que hacemos es muy grave. Difícilmente encontrarás a alguien que se atreva a dar a luz esa crónica.

—¿Qué te pasa? ¿Te estás rindiendo?

—Nunca lo he hecho. Solo digo que, a partir de ahora, tendrás que picar tu a esas puertas. Al fin y al cabo, yo no soy periodista.

—Eres mucho más, amigo... ¡Eres un genial detective! Te subestimé, pero, si no hubiera sido por ti, jamás hubiéramos llegado a este punto.

Estaban caminando hacia la casa donde vivía el padre y la hermana de Andrés. Tenían la intención de visitar a Adela y contarle todo lo que habían avanzado en el esclarecimiento del caso. Gabriel estaba dispuesto a usar toda aquella información para liberar a Paul Bernard. No podía concebir que hubiera un inocente en prisión y una mujer embarazada desecha por culpa de todo aquello. Ahora debía buscar el modo de que Matías, el amigo de Ernesto, colaborara y testificara en contra del policía que respondía al alias del Novicio. Quizás fuera buena idea contar, también, con el jorobado de la cafetería que hacía esquina en la plaza Real. Con paciencia y dedicación, podrían hallar más testigos con los que apuntalar el caso.

—Voy a escribir esta historia: ¡una novela! —sostenía Andrés—. Ya veo la cubierta... Una encuadernación negra de cuero y con letras rojas la palabra "bomba".

El joven sacó la pitillera dorada del bolsillo y se la entregó a Gabriel. Quería que también fumara y celebrara con él los avances. En el instante de prender la punta del cigarrillo, alzó la vista. Estaban a pocos pasos de la vivienda.

—¿Qué ocurre? —murmuró Andrés.

Gabriel reparó en que los ojos de su amigo se dirigían al balcón del piso de su padre. En él estaba asomada Anita, su hermana, la cual trataba de llamarles la atención con grandes gestos. A Andrés le sobró tiempo para pensárselo. Rápidamente, corrió hacia la portería y, tras sus pasos, fue Gabriel. Algo les indicaba que las cosas no iban bien. Subieron las escaleras de dos en dos, hasta alcanzar el segundo rellano. El señor Mayol estaba apoyado en el marco de la puerta, con el rostro pálido y agotado.

—Han venido... Un par de policías se los han llevado, a ella y al niño. No he podido hacer nada para impedirlo.

El pobre hombre estaba temblando. Era increíble que se aguantara derecho.

—¡Adela! ¡Se han llevado a Adela y a su bebé! —gritó Andrés a Gabriel, que se les acababa de unir.

Sumido en un grave silencio, Gabriel no fue capaz de articular palabra. Parecía desorientado. En ese momento, Anita salió al encuentro de los dos. Tenía parte del vestido roto, a la altura del cuello. Se tapaba con pudor para no mostrarse en público.

—He intentado plantarles cara, pero eran unos salvajes. El rostro de uno de ellos era satánico.

Al oír aquello, Gabriel tomó contacto con la realidad. Estaba decidido a actuar.

Andrés se quedó en la calle, frente a la puertas de la prisión Reina Amalia, mordiéndose las uñas y mirando, carcomido por la impaciencia, las altas ventanas con barrotes del presidio. Era de noche, de modo que poco podía verse. Esperaba que su amigo, Gabriel, tuviera suerte y bajo su condición de clérigo pudiera encontrarse con Adela.

Lo que no sabía Andrés era que un carcelero hacía esperar a Gabriel

en el vestíbulo que conducía al pabellón en el que estaba cautiva Adela. Tenía que consultar a su superior si era conveniente que visitara a una reclusa a aquellas horas de la noche, sin que mediara aparentemente ningún motivo. Los minutos se estaban haciendo eternos y martirizantes.

Después de un largo rato de espera, se acercó el mismo vigilante que lo había atendido a su llegada.

—¿Es muy importante lo que tiene que hablar con esa mujer?

—Es de rigurosa necesidad —contestó Gabriel, con una familiaridad que hacía entender que se conocían de otras veces, en las que había visitado la prisión para desempeñar su obra evangelizadora.

—Mi jefe pide que venga mañana. ¿Qué puedo hacer yo?

—Sería un buen cristiano, si me dejara pasar... Esa mujer debe de estar desesperada.

—No vaya a creerse lo contrario... Pretendo ser un buen cristiano y ganarme el cielo, pero las órdenes hay que obedecerlas.

Gabriel echó la mano al bolsillo de su sotana. En su interior, guardaba la pitillera que Andrés le había prestado, estando a escasos metros del apartamento de su padre, y que no había recuperado por el disgusto. Acto seguido, se la ofreció al carcelero.

—Aquí tiene las llaves de San Pedro. Ahora, déjeme entrar.

Adela estaba aovillada en un camastro, de espaldas a la puerta de su celda. Cuando Gabriel penetró la oscura y sórdida estancia, ella ni siquiera se volvió para averiguar quien la visitaba.

Gabriel la saludó y ella se estremeció ligeramente. Movió un poco la cabeza, pero no terminó de hacer el giro completo para ponerse de frente al recién llegado. Continuó con el rostro emboscado.

El carcelero dejó la puerta abierta, así que un abanico de luz iluminaba su espalda encorvada y sus ropas maltratadas.

—En cuanto nos hemos enterado de tu detención, hemos venido. Andrés está en la calle, esperando a que le informe de tu estado. ¿Cómo te encuentras?

Se acercó a ella y puso su mano sobre el hombro. Adela sintió un calambre. Poco después, se puso a sollozar. Gabriel la giró. Tenía el rostro devastado a causa de una paliza. Ni siquiera se parecía a ella.

Gabriel se sintió horrorizado.

—¿Quién te ha hecho esto?

Adela trataba de desplazar los labios, pero era tanto el dolor que le

embargaba que no era capaz de hacerlo. Gabriel se fijó en que tenía el vestido apelmazada por sangre seca a la altura de las caderas.

—¿Has perdido el niño?

Ella asentía sin vigor. Intentaba decirle algo y no podía. Al cabo, Gabriel entendió que quería que se acercara a ella. Aguantado el llanto, le susurró al oído:

—Ha sido ese policía.

Con una mano, trazó en la cara una línea ondulante, que trataba de imitar la cicatriz que tenía en la boca el detective Fidel Nogués.

III

Un coche tirado por caballos cruzó la solitaria avenida donde se hallaba la comisaría del cuerpo de vigilancia. La oscuridad era total, solo rota por la luz que se filtraba de la puerta esmerilada que daba acceso al edificio de aspecto sólido. Se escucharon voces del interior y el vano de la entrada se abrió, desparramándose toda la claridad del interior por el empedrado contiguo a la comisaría. Dos siluetas a contraluz se perfilaron y, una de ellas, pisó primero la calle. Nada más poner el pie en la acera, lo asaltó con furia Gabriel.

—¡Hijo de Satanás! ¡¿Cómo te has atrevido a hacerle eso?!

Fidel Nogués apenas tuvo tiempo a reaccionar. Levantó los brazos para protegerse la cara y, así, logró evitar el segundo golpe. El primero se lo llevó de pleno, en la nariz. La sangre brotó como un manantial, a chorro.

Aquel clérigo no tenía suficiente. Su sed de violencia parecía no conocer límites. Arremetía con una fuerza sobrenatural, con unos puños de acero espoleados como por resortes.

—¿No bastaba con el daño que ya has hecho? ¿Tenías que matar su fruto?

¿A qué venía todo aquello? Fidel no era capaz de pensar con claridad. A duras penas, podía parar los golpes. Esquivó un derechazo, basculando su peso hacia el lado contrario. Luego, con el brazo extendido y firme, pegó en la cara lateral del abdomen de su oponente, provocando que éste perdiera, por unos instantes, el equilibrio. Gabriel hizo un rápido juego de pies para no caer al suelo, pero aquello le dio ventaja a Fidel, que supo aprovecharla. Velozmente, le devolvió uno a uno los golpes que le había estado dando. Gabriel no podía más que encajarlos con estoicismo.

—¡Maldita cucaracha! ¿Qué te has pensado? ¿Creías que podías jugar al gato y al ratón conmigo? ¿Quién es el gato, eh? ¿Quién es el gato?

Gabriel ni las veía llegar. Una tormenta de palos estaba cayendo sobre su cuerpo ultrajado. El compañero de Fidel, Vinicio, creyó que iba siendo momento de intervenir:

—¡Déjalo ya! ¡Lo vas a matar!

Lejos de derrumbarse, Gabriel se mantenía erguido, con una garra y un temple admirables. Los golpes lo zarandeaban de un lado a otro, pero no conseguían abatirlo.

—¿Quieres acabar con su vida aquí? ¡Estamos en mitad de la vía pública, delante de la comisaría! ¡Ya está bien, Novicio! ¡Déjalo!

Fidel hizo caso a su compañero. Dio un paso atrás y observó el paisaje desolado que con sus puños había dibujado. Gabriel lo observaba con los ojos entornados y expresión de cansancio. Hubo una luz de reconocimiento en el rostro del policía.

—¡Un momento...! ¿Este no es el cura aquel que vino a visitarnos, a la comisaría, hará unas semanas?

Vinicio avanzó unos pasos y examinó, como Fidel, al cura que resollaba y los miraba fatigado, como una res maltratada.

—¡Sí, es él! Acudió abogando por Paul Bernard.

Fidel sonrió. Su mentón estaba cubierto de la sangre que aún le salía de la nariz, no obstante todavía le quedaba a la vista su fea cicatriz, que le hacía un pliegue en la comisura del labio y le deformaba la cara.

—¿Cómo te llamas?

Gabriel parpadeó ante la pregunta. No le importaba que supiera su nombre, quería que lo supiera.

—Gabriel.

—¡Gabriel, como el ángel de la Anunciación!

—¿Dónde está el niño? —le preguntó Gabriel, ignorando aquel alarde de teatralidad.

Sin embargo, Fidel pensaba que le estaba siguiendo el juego:

—¿El niño? ¡En el vientre de María, Gabriel! El Ángel lo dijo, tu lo dijiste: "¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo... El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios".

—¡Tu has matado a ese niño! —gritó, entonces, Gabriel con voz poderosa—. ¡Tu has matado al bebé que ella guardaba en su seno! ¡Ella estaba embarazada!

Fidel quedó perplejo ante aquella información. Dio un paso atrás, igual que si lo hubieran abofeteado.

—Tu has matado al hijo de Adela —continuó Gabriel—. Lo has matado a sangre fría. ¿Qué has hecho con su otro bebé?

El policía retrocedía, al tiempo que Gabriel avanzaba. Cualquiera hubiera dicho que lo envolvía un cerco de fuego, y que Fidel intentaba alejarse de él para no quemarse.

—¡Eres un criminal y vas a pagar tus pecados en el infierno!

Gabriel se fue avenida abajo y Fidel se quedó callado, petrificado. Su mirada estaba vacía, sus ojos parecían un par de diques secos. Si hubiera podido, quizás, hubiera llorado.

Epílogo

Adela murió en la cárcel, según las fuentes oficiales, enferma de catarro bronquial. Paul Bernard sería liberado al cabo de un año, ya en 1893. Culpó a la policía de haber asesinado a su pareja y siempre mantuvo que fue detenido sin pruebas y torturado. Una vez en libertad, regresaría a Francia, donde se vería envuelto, un año después, en el famoso proceso de los Treinta, un juicio de carácter político y en contra del movimiento anarquista. Terminó sus días como sindicalista en Tannay.

Paolo Schicchi tuvo una larga vida y murió en 1950. Se mantuvo activo como pensador anarquista, dedicándose al mundo editorial y dando conferencias. Cuando consiguió la libertad de la prisión de Montjuic (mucho antes que su compañero Paul), regresó a su país natal y en 1893 planeó un atentado en Génova, en la embajada española. En medio de la faena, se dio cuenta de que la embajada estaba situada junto a una vivienda obrera, por lo que intentó minimizar la explosión, retirando cartuchos de dinamita del artefacto. Lo logró, puesto que la deflagración fue mínima, no obstante, fue detenido y llevado ante la justicia. En su declaración dijo que aquello lo había hecho por Adela.

María Rosa se casó con Ramón. Le regalaron un brazo ortopédico y, tiempo después, le concedieron un puesto de flores en el parque de la Ciutadella, junto al zoológico.

El inspector Fidel Nogués moriría en acto de servicio, a finales de 1897. Dejaría una viuda y un huérfano. Por su parte, Daniel Freixa i Martí, jefe de vigilancia de Barcelona, lo haría en 1910. Además de policía fue detective privado, diputado provincial y escritor. Su obra más conocida la escribiría en el año 1893, titulada *La policía moderna. Secretos de la criminalidad contemporánea.* Gozó de gran fama y fue considerado por algunos como el Sherlock Holmes catalán. Sin embargo, también sobrevoló sobre él la sombra de la sospecha y hubo quienes lo tacharon de mala praxis. En 1896 fue acusado por Tomás Ascheri, principal inculpado por la bomba de la Procesión del Corpus, de organizar el complot en el que murieron doce personas.

El padre Gabriel pasaría prácticamente toda su vida en misiones de África, mientras que Andrés trabajó en varios diarios. Nunca publicó un libro, pero cuando murió se encontró una obra manuscrita en el cajón de su escritorio. Se titulaba *Bomba*.

Otros títulos de la trilogía

6000 reales

1909, el domingo antes de la Semana Trágica de Barcelona. Esteve Horts está frente a la puerta de la cafetería *El Americano*, esperando a que salga alguien a quien tiene que matar. Si cumple con el encargo, recibirá el dinero que necesita para pagar la redención en metálico y librarse de ir a la guerra del Rif. ¿Lo conseguirá?